



Por JORGE LARCO

ESPECIAL PARA LA NACION

AGUATERAS



"Sí, señora, nada más que esto; no tiene que recurrir a remedios; comiendo galletitas Sandwich, en lugar de pan, pronto habrá normalizado su digestión".



Con queso, fiambres, manteca, etc., la galletita Sandwich Bagley es ideal para picnics.

Mejorada tres veces

Tres veces hemos mejorado nuestra Galletita Sandwich, y hoy nuestras ventas son simplemente enormes. Millares de señoras notan con satisfacción que pueden conservar sus líneas elegantes, si consumen Galletitas Sandwich Bagley, en vez de pan. Son altamente nutritivas y fáciles de digerir. Los hombres las prefieren y los médicos las recomiendan. Sandwich es la galletita ideal, y no hay otra que sea tan práctica y conveniente para tener siempre en casa.



SANDWICH

Bagley



OR muy importantes e interesantes que sean, ninguna de las tres obras de Keyserling que han sido traducidas al castellano: "El mundo que nace", "Diario de viaje de un filósofo" y "Europa", inicia al lector en lo más fundamental, en la esencia misma de la filosofía keyserlingiana. De acuerdo con ciertos principios y usando métodos que le son estrictamente personales, en esos tres libros vemos a Keyserling juzgando al mundo moderno, en múltiples de sus aspectos, con una sagacidad siempre admirable y muchas veces con una profundidad asombrosa. Se puede o no compartir su criterio y estar o no de acuerdo con su forma personalísima de ver las cosas; la lectura, sin embargo, resultará siempre estimulante y, muy a menudo, tanto más estimulante cuanto más hondas sean las discrepancias que Keyserling provoca en lo más íntimo de nuestro yo. Pero, de cualquier manera, si no se conocen más obras de Keyserling que las que se han traducido al castellano, la impresión global que su lectura deja a un espíritu amante de la claridad resulta un poco confusa. Keyserling parece siempre dar por conocidos los principios fundamentales de acuerdo con los cuales juzga a los hombres y a las instituciones contemporáneas. Los sugiere aquí y allí; no los expresa nunca sistemáticamente. En cuanto a sus métodos, Keyserling, como buen artista, se cuida mucho de no hacerlos demasiado patentes. Sólo el lector que nutre curiosidades críticas por develar los procedimientos técnicos que conducen a la realización de una obra de arte se cuidará de analizarlos. Pero esa clase de lectores es totalmente excepcional, y Keyserling mismo no busca tener tal clase de lectores. Desea que se le lea u oiga como quien escucha música, y es bien sabido que una cosa es oír a Bach y otra analizar el procedimiento de fuga y contrapunto de sus magistrales composiciones.

El público francés no se encuentra en mejor situación que el de los pueblos de habla hispana. Además de los dos primeros de los libros citados al principio, se ha traducido a la lengua francesa una de las obras más importantes de Keyserling: "Figuras simbólicas". Sin embargo, aun cuando este libro contenga nada menos que un profundo análisis psicológico del autor, hecho en forma de autobiografía, no hay en él, tampoco, una exposición sistemática de los principios fundamentales de su pensamiento filosófico, de las bases ideológicas sobre las cuales Keyserling ha levantado su obra literaria y constituyen la razón de ser de su Escuela de la Sabiduría.

Como Keyserling (que yo sepa) no ha sido aún traducido al italiano y al portugués, resulta así que, en el seno de los pueblos latinos, los estudiosos que no tengan acceso al original alemán de las obras de Keyserling, no conocen aún, en realidad, lo más profundo de su pensamiento. La única excepción que puede hacerse a esta constatación sería a favor de los estudiosos argentinos que hayan seguido con la debida atención las conferencias que Keyserling dio aquí, entre nosotros, en la Facultad de Filosofía y Letras y, en cierto modo, la que pronunció luego en el Jockey Club. En ellas expuso Keyserling, sintéticamente, las mismas ideas básicas que, desde 1920, venía expresando en los discursos pronunciados en Darmstadt en las sucesivas sesiones anuales de su Escuela de la Sabiduría, y que recopiló luego, para ser publicadas en inglés, en su libro "Creative Understanding", la más fundamental de las obras de Keyserling, la que nos da la clave de su pensamiento.

KEYSERLING Y LOS ESTADOS UNIDOS

Por JULIO NAVARRO MONZÓ

I

Keyserling toma de las admirables exposiciones que Ricardo Wilhelm ha hecho en alemán del viejo Taoísmo chino la traducción que Wilhelm propone para el vocablo "Tao", y adapta como nota básica de su filosofía ese mismo concepto del "Tao", que

ciudadano de dos mundos, el punto de coincidencia de dos planos de realidad (espiritual y material), la vida humana no puede tener más alto objeto que el determinado por un alto anhelo individual de expresar el sentido, único, que cada hombre representa o debiera representar.

Es este el objeto esencial de la Escuela de la Sabiduría, tal como Keyserling la ha concebido y de toda la filosofía que nos predica por medio de sus conferencias y de sus libros. Keyserling, como Sócrates, pero no por medio de la razón discursiva, sino de la comprensión profunda, de la intuición, quiere enseñar a los hombres a conocerse a sí mismos. Desea curar al mundo moderno del vicio de la extraversion, nuestro defecto esencial. Aspira a que, adentrándose hasta las raíces divinas de su ser hasta el germen divino cuyo desarrollo debemos ser,

hasta lo que los grandes místicos cristianos llamaron "synteresis", la chispa divina que cada hombre lleva adentro, cada ser humano resulte capaz de expresar el sentido cósmico de su personalidad, la "idea" (en el sentido platónico de la palabra) a la cual corresponde.

El Cristo había enseñado ya el valor absoluto del alma humana. Cada ser humano, por el hecho de llevar en sí un germen divino, por ser la encarnación temporal de un principio inmortal, está revestido de un valor que no admite parangón con ningún otro valor terreno. El Cristo había enseñado, asimismo, que la única cosa verdaderamente necesaria consiste en que cada alma establezca con Dios la relación correcta, la relación filial implícita en la enseñanza fundamental de Jesús de que Dios es nuestro padre. Keyserling, aun cuando opine que el Cristianismo ha agotado todo su dinamismo y, ocupando la comprensión el lugar de la fe, nos hallemos viviendo ya en la época post-cristiana, está en absoluto acuerdo, en este punto, con el criterio fundamental del Cristianismo.

Muy a menudo lo dice y gustosamente lo repite. Sin embargo, el proceso de introversión que Keyserling preconiza no tiene por objeto, como ocurre en el Induismo y en las formas extremas del monasticismo cristiano, llevar al hombre a trascender y huir del mundo de los fenómenos, integrándose en la unidad inefable de la superexistencia divina.

Es ese el ideal supremo de nuestro gran místico San Juan de la Cruz, inconscientemente de acuerdo con el Induismo clásico que, en los Upanisads, no acierta a definir más alto anhelo para el hombre que alcanzar el estado de indiferenciación absoluta al cual designa con el nombre de Ananda. También el Buda nos habla del "principium individuationis" como siendo el origen de todo el dolor que comporta la vida, y hace de la aspiración a libertarse de él el ideal supremo que deba abrigar todo ser humano, si quiere obtener como premio la beatitud absoluta, el Nirvana.

Pero Keyserling es precisamente la antítesis de un budista, un budista al revés, como Nietzsche fue la antítesis de Schopenhauer. Aun cuando aprecie

al Buda, como a ningún maestro espiritual del género humano, por haber acentuado como ningún otro que los factores espirituales son los determinantes y decisivos en la formación del sino de cada hombre, el ideal preconizado por Keyserling es exactamente el contrario del preconizado por el Buda. Donde este dice: no, Keyserling afirma: sí.

Keyserling es, ante todo y más que todo, un discípulo de Nietzsche y, por lo tanto, uno de los representantes más conspicuos de vitalismo, conten-

(Continúa en la pág. 41)



Norah Borges De Torre. 1929.

Bohemia

Cinco años de vida. La noche se asoma y esconde sus algas, hechas de un conjunto de entruinos, negro y verde.

Tal vez sonrías; si no, lloro. O pueda ser que aguarda incrustada en el tiempo como una esperanza; hábito final de un canto.

Hoy he cumplido cinco años rosados que encierra mi mano; los dedos crecieron cuando sea grande.

¿Quieres ir al teatro?

Bueno.

El teatro es un gran cardenal, esfera de sonrisas, eclipse de pianos donde los niños, en las balaustradas, hacen sus conciertos de palmas.

Las luces impiden ver claro...

Comienza el preámbulo, el acto, reparten cornetas en un barrio de ciudad extranjera. Alguien quedará soplando en el aire, alguien bajo la nieve.

Después hay una pausa, mal presentimiento que se convierte en ansiedad. Cuatro amigos bajan sus frentes, y la Bohemia, como una azucena, se aleja a un reino de lirios oculto.

"No lloras, pequeña, ¿cuo ves que saluda?"

Sí, pero Mimi murió una vez más.

Elvira de Alvear

Ilustración de Norah Borges De Torre

Lao-Tzé creó allá por el siglo VI antes de nuestra era, o que transformó tomándolo del viejísimo Libro de las Mutaciones. El "Tao" es la recondita entidad espiritual de la cual todo brota y a la cual todo vuelve; la matriz de los mundos; lo que da sentido al devenir universal, a los fenómenos que se desarrollan en el mundo empírico. El "Tao", según Wilhelm, según por Keyserling, es el "Sentido" del universo. Es la "Idea" que trata de expresarse en todos y cada uno de los fenómenos cósmicos y como el hombre, según ya lo había dicho Platón, es

EL DICTADOR FRANCIA EN UNA NOVELA NORTEAMERICANA



Al entrar en la vinería del doctor Bargas, don Guillermo Hawthorne vio que un hombre corpulento, ataviado de extraña manera, se acercaba a él.

—¿A quién buscaba usted, señor?

—Al doctor Bargas, propietario de esta vinería y una de las personas más significadas de la Asunción del Paraguay.

—Yo soy él — dijo el hombre grande, con voz lenta y pastosa—. Supongo que usted es don Guillermo Atorno, recientemente llegado a esta ciudad.

—Ese es mi nombre, doctor, y traigo para usted cartas de presentación de don Luis Aldao, de Santa Fe; de su tío don Francisco Candiotti, y de don Esteban María Perrichon, jefe de correos de Corrientes.

—Todos mis buenos amigos — gritó el robusto personaje — tanto como el incomparable Marqués de Torretagle, en Lima. Usted es mi amigo, es mi hermano, señor don Guillermo Atorno.

Al decir estas efusivas palabras, el doctor de los vinos estrechó la mano del forastero y le hizo penetrar en el vasto salón de la vinería. Hawthorne advirtió la presencia de varias personas que permanecían casi inmóviles en la escasa luz.

—Caballeros — exclamó el doctor Bargas — tengo el honor de presentarles al amigo de don Luis, de don Francisco, de don Esteban, mío y de todos nosotros, el señor don Guillermo Atorno, de los Estados Unidos de la América del Norte, y del cual nos habló don Tomás.

Se interrumpió para respirar ruidosamente, y prosiguió:

—Señor don Guillermo, tengo el honor de presentarles al general don Fulgencio Yegros, el vencedor de Paraguay; el Padre don Lisardo Bogarín, lumbrera del clero paraguayo; a don Gregorio de la Cerda, el hombre más bueno de la Asunción.

Continuaron las presentaciones. Todos aquellos hombres, graves y corteses, saludaron ceremoniosamente al extranjero.

Y fué allí, en la famosa vinería del doctor Bargas, licenciado en leyes y amigo del Marqués de Torretagle, de Lima, donde William Hawthorne conoció a los personajes más eminentes y más extraños del Paraguay de 1816.

Así da comienzo "El Supremo", que su autor, Edward Lucas White tituló "Un romance del gran dictador del Paraguay" y dió a la estampa en Nueva York exactamente un siglo después.

Edward Lucas White, de cuyas obras anteriores y posteriores no tenemos referencia alguna, escribe en la primera página de "El Supremo":

"A las escandalizadas e indignadas sombras de—Roberto Parish Robertson y William Parish Robertson — está este libro irónicamente dedicado".

A lo largo de las setecientas páginas nos ha sido imposible comprender la ironía de esta dedicación.

El Paraguay de la primera época de Francia que describe White, es el idéntico Paraguay que vieron los célebres hermanos Robertson antes de 1816, aquellas gentes ingenuas, indolentes, hospitalarias, en la cual los hombres, aun los de seis años, vestían como hidalgos castellanos y como hidalgos castellanos vivían ceremoniosamente, aun en medio de su pobreza y su ignorancia, y las mujeres pasaban su virtuosa y monótona existencia como las damas españolas del siglo anterior.

No así la figura impresionante y enigmática de José Rodríguez de Francia.

Seguramente el novelista norteamericano no ignoraba, al escribir su vasto y pintoresco romance, que Carlyle colocó al

sombrio paraguayo entre los grandes hombres, y José María Ramos Mejía entre los dementes o semidementes de su famosa galería; que fué comparado con Tiberio, con Luis XI, con Robespierre con el cual tenía una extraña semejanza física. Que según un criterio histórico, fué un gran estadista, el fundador de una nacionalidad, el autor y conservador de la autonomía del Paraguay. Que según otro, fué un maniático mezquino y egoísta, un espíritu estrecho y perverso, consagrado a las minucias ruines, a los detalles triviales.

Ni que, de acuerdo con un tercer criterio histórico, fué un iluminado que tuvo la visión de las cosas grandes sin la aptitud para realizarlas; que soñó con una patria independiente, pacífica y respetada, y al intentar la grandiosa obra sólo consiguió quebrantar y paralizar durante una generación el espíritu del pueblo que gobernó y retardar su evolución política.

Que organizó un ejército fiel y disciplinado y lo destinó a luchas sin gloria, en oscuros encuentros con los indios, mientras los demás pueblos de América derramaban ríos de sangre generosa por la libertad.

Para evitar la prohibición de ideas subversivas difundió hasta el intercambio comercial, aunque Mr. Edward Lucas White, en un capítulo inverosímil de su romance, lo hace proclamar la libertad de los ríos y clamar contra la avaricia de los porteños, que el déspota odiaba con todo su torvo corazón. Destruyó la fortuna privada con multas y contribuciones; destruyó la vida social organizando el espionaje, y esto lo explica el novelista relatando en bellas y dramáticas páginas los innumerables atentados de que el dictador salía ileso milagrosamente.

El mismo, según cuenta White, disfrazábase de mendigo leproso y recorría desde el anochecer hasta las altas horas, como un Harún Al Raschid guaraní, las lóbregas calles de la Asunción colonial para cerciorarse de la fidelidad de sus espías.

Soñó en embellecer la ciudad y la cubrió de escombros, demoliendo catorce iglesias y los edificios que circundaban su residencia oficial. Sin auxiliares, sin amigos, sin cortesanos rodeado de sus "bopis", sus indios y chinos fieles como canes, sin delegar jamás un ápice de su autoridad, ejerció un poder ilimitado durante una generación.

Así impuso su voluntad de hierro y doblegó al pueblo altivo y turbulento de las crónicas coloniales, haciéndolo víctima de su fría e implacable crueldad.

En medio de la exuberancia de los trópicos surge este duende callado y misterioso. Con su mano de espectro sujeta durante más de veinticinco años a un pueblo valeroso y viril, y lo gobierna en el misterio. La espada de Bolívar golpea en vano las herméticas fronteras del Paraguay: el doctor Francia no quiere saber nada de libertadores, él, que ahogó en sangre la misma libertad.

"Hawthorne lo encontraba siempre absorbido en el cálculo de los eclipses, cuando, al llamado oficial, concurría a la residencia de Francia, de quien habíase hecho gran amigo", escribe White.

Y en estas visitas frecuentes, interminables, el dictador abría su misterioso corazón al extranjero, que había pisado los campos de las guerras napoleónicas y había combatido con las legiones de Bolívar:

—¿Sabe usted lo que significa gobernar el Paraguay, señor Hawthorne? Hace apenas cinco años que somos un pueblo libre, una nacionalidad. Por una parte, los orgullosos y am-

biciosos españoles, la minoría aristocrática e insolente que al conspirar contra mí en la vincería del doctor Bargas, conspira contra la República. Usted los conoce a todos. También a los paraguayos consulares. Estanislaw Machain, Fernando de la Mora, Antonio Recalde, fray Dalmacio Taboada, los Bedoya, Zeballos, Decoud, López, Narváez, Caballero, Gamarra, Iturbé, Peña, Bogarín, Yegros, Loizaga... Todos sueñan con mi caída. Pero yo estoy con mi pueblo guaraní, insignorante, pobre, infeliz, engañado todavía por los tormentos del gobernador Lázaro Espinosa, y que en mí ha depositado toda su fe. Casi no transcurre una semana sin que se intente asesinarme. El último fué Venan-



José Gaspar Rodríguez de Francia, dictador del Paraguay, cuya sombría personalidad de hombre y de gobernante sedujo a Thomas Carlyle, a quien se debe un ensayo sobre la vida y hechos de "El Supremo". (Reproducción de un antiguo grabado)

cio López, el hombre más hermoso y arrogante del Paraguay. Lo hice fusilar en el acto. En mi quinta solitaria de Ibirá, anoche mismo, una muchacha desesperada quiso acribillarme a puñaladas, porque yo, hace un mes, a pedido suyo, hice fusilar al hombre que la había engañado. Un señor Rodríguez, de Buenos Aires, amigo o agente del general Alvear, vino al Paraguay con el único objeto de exterminarme. Anda fugitivo, pero su mujer está en la cárcel pública hasta que él aparezca.

Así hablaba Francia durante horas enteras con Guillermo Hawthorne, en el vasto patio colonial aromado por los naranjos florecidos.

Afirma Edward Lucas White en el curso de su libro, y por boca de "don Guillermo", que Francia es uno de los hombres más trágicamente grandes que hayan existido.

El doctor Parlett, un médico inglés a quien el tirano había prohibido abandonar el Paraguay por ser necesarios sus servicios profesionales, y que se hallaba siempre en estado de semi-ebriedad, estaba de acuerdo con ello, pero insistía, entre copa y copa, en la vinería del doctor Bargas, sobre ciertos aspectos personales, por demás odiosos, del "Carai".

—Los paraguayos le temen. Los españoles le odian. Sólo le aman los guaraníes descalzos. ¿Ha visto cómo trata a los generales que conquistaron la independencia del Paraguay en los campos de Paraguay? Como si fueran "bopis". Dicen que

su gran amor fué Petrona Zeballos, pero ella se casó con un Machain, y él lo guarda en su rencoroso corazón.

El desesperado facultativo continuaba bebiendo, y Hawthorne pensaba en aquella mujer rubia que languidecía en la cárcel pública. Francia le permitió visitar la cárcel, llena de paraguayos y españoles de ilustre prosapia, presos y enjillados por sospecha.

Era la esposa del fugitivo Rodríguez. Y Hawthorne la amó. Supo Francia la pasión del joven extranjero por la hermosa prisionera; le permitió que visitara la prisión con frecuencia, y que aliviara en lo posible su penosa situación. Pero negóse terminantemente a darle la libertad.

Pasaba el tiempo. Sucediábase los meses. En la vinería de Bargas se conspiraba sin cesar. Hawthorne, que soñaba con la explotación en grande de los vastos yerbales paraguayos, decidió internarse en las soledades misteriosas del país guaraní.

Francia accedió a regañadientes. Le obligó a aceptar una escolta militar.

—Va usted a internarse en las tierras de los indios salvajes, don Guillermo, y yo debo velar por su preciosa existencia — fué el pretexto del dictador, y allá fué Hawthorne a hundirse en las selvas y las llanuras inmensas, vigilado día y noche por los soldados de Francia, llegando hasta las fronteras del Brasil.

Es al regreso de este viaje, lleno de mortales peligros y de terribles aventuras, cuando asiste a la fiesta de Itapúa, en la estancia de doña Juana Velarde, la matrona más ilustre del país, que a los noventa años demuestra la agilidad mental y física, de una muchacha de veinte.

Todas las clases sociales acuden a esta fiesta magna, empujando por el dictador Francia, ahijado de la vivaz nonagenaria, el único ser viviente a quien respeta y hacia el cual experimenta cierto temor filial. Todas las clases sociales, desde los "bopis" hasta los más encumbrados personajes, inclusive el anciano y bondadoso don Bernardo Velasco, último gobernador español del Paraguay, que vive melancólicamente sus postreros años en Asunción, rinden homenaje al "Carai".

La rústica estancia de Itapúa es una corte por unas horas, y allí, mientras los jóvenes bailan ceremoniosamente, los viejos cericheon y los frailes juegan a las cartas, Francia, deslumbrante en su uniforme de general, ve surgir ante él el bello y pálido semblante de Petrona Zeballos de Machain, la mujer que amó y por la cual fué desdeñada años atrás, cuando sólo era un obscuro abogado del Cabildo.

Pero, al parecer, en su extraño corazón ya no quedan ni cenizas de aquella pasión desvanecida.

Ahora, según el novelista norteamericano, es cuando otra mujer se cruza en la dramática existencia del tirano del Paraguay. Ella es Ventura Velarde, la nieta de doña Juana.

La bellísima Ventura, cuya familia posee inmensos bienes, acaba de regresar de un largo viaje por el extranjero. Inteligente y culta, conversa largamente con Francia. Le habla de sus visitas al presidente Madison, en los Estados Unidos; al secretario Monroe; al presidente Jefferson; sus conversaciones en Inglaterra con Lord Castlereagh y Canning.

Disgusto ante "las visiones" de las conversaciones del príncipe Napoleón, en París.

El hosco ermitaño de... el megalómano de las... siente nacer súbitamente una pasión avasallante por Ventura

Velarde. La sombra de Petrona Zeballos se borra definitivamente de su alma.

Se lo dice una mañana ardiente de los trópicos, en la verde margen del Itapará, semanas más tarde. Y ella, la bella paraguaya que conoció a los hombres más grandes de su tiempo, lo rechaza con horror.

—Mi admiración por usted, excelentísimo señor, es profunda. Usted es el hombre que nació para realizar la libertad y la gloria del Paraguay. Pero, casarme con usted, ¡jamás, jamás!

Se aleja en la canoa, dejando al gran hombre sombrío y atónito en la ribera del pequeño mar indio, la voz de cuyas ondas no ahoga la tempestad que ruge en su corazón.

Mientras tanto, Hawthorne prosigue sus visitas a la cárcel y a la vinería del doctor Bargas, donde la conspiración llega al período crítico. También conspira el extranjero, hasta que se le intima ejecutar el asesinato de Francia, cuya puerta está siempre abierta para él.

"Don Guillermo" rechaza con ira la intimidación. Y se aleja de los conspiradores.

Los acontecimientos se precipitan. Ventura, acosada por las circunstancias, accede finalmente a unirse con el "Carai". Y una noche, Beltrán Recalde, uno de los oficiales favoritos de Francia, que lo ama como a un hijo, trata de asesinarlo en su propia morada.

—He criado un cuervo—, exclama el "Carai", desolado—, hasta Beltrán...

Pero no es el odio lo que arma la mano del asesino. El gallardo coronel de la guardia ama desesperadamente a Ventura, y sólo ve en su jefe, protector y amigo, al rival poderoso que se la lleva.

Francia, que ha salido ileso del nuevo atentado, después de una noche de insomnio y de una entrevista de varias horas con Hawthorne, decide indultar al que casi fué su matador. Pero ambos, Beltrán y Ventura, deben abandonar para siempre el Paraguay.

No termina aquí el romance del dictador.

Hawthorne ha descubierto que la prisionera de la cárcel pública no es la esposa del fugitivo Rodríguez, a quien buscan con afán los secuaces del tirano, y el cual ha permanecido oculto en un astillero del puerto.

Doña Cecilia, que así se llama la presa, no es Cecilia Balcarce de Rodríguez, la mujer del hombre que fué al Paraguay a matar a Francia. Su nombre es Cecilia Nesbit, anglo-porteña. Y no sólo es prima hermana de aquella, sino que con ella tiene una semejanza física extraordinaria. Su prisión y su heroico silencio en los calabozos de Francia son un acto de sacrificio para salvar a la Balcarce y su esposo de la venganza implacable del "Carai".

La vasta novela de Edward Lucas White llega a su término.

Con generosidad inaudita, el dictador firma los pasaportes de ambas enamoradas parejas. Hawthorne, que ha renunciado a sus sueños de los yerbales, celebra una breve y postrera entrevista con el sombrío y grandioso paraguayo.

—Vaya usted con Dios, Guillermo...

—Quede usted con Dios, Gaspar...

La ballenera se los lleva, río abajo. El murmullo de las selvas misteriosas del Chaco llega hasta la casona colonial donde José Gaspar Rodríguez de Francia, solo, con sus pasiones formidables, torvo en su grandeza, implacable como el destino, frío como la fatalidad, continúa soñando sus sueños de dominación sobre su pueblo.

Torre Gaspar—, murmura Hawthorne al oído de Beltrán, mientras doña Ventura y Cecilia, con los ojos humedecidos, ven desvanecerse a lo lejos, para siempre, las verdes riberas del Paraguay.

HECTOR
PEDRO
BLOMBERG

En la Argentina a la época de los hermanos Robertson, puede apreciarse bien a este personaje.



I
AVID Augusto Casal, escultor, menor de treinta años, llevaba una existencia silenciosa y activa en una vieja mansión de los alrededores de la ciudad. Esta morada en que habían vivido sus padres, semiderruida por su antigüedad venerable, inspiraba al espíritu fiel del artista la emoción familiar de una reliquia. Sus muros, animados por desvanecidas y remotas estampas, conservaban aún, en la intimidad de su ambiente, el vestigio de esas dos existencias unidas, desde su primera juventud, por el amor y la fe. David Augusto Casal no se había desprendido de ninguna de las reliquias que enriquecían este vetusto santuario. Cada uno de esos objetos le comunicaba, en las horas perezosas del crepúsculo, la dulce nostalgia de un recuerdo. Reveía a su padre. Recordaba que todas las tardes, al morir la luz en el cielo, su padre solía narrarle, sentado a su diestra, historias maravillosas, que él escuchaba con el asombro de los corazones ingenuos. Eran relatos de princesas bondadosas y de hadas encantadas. Los ojos azules del niño se posaban, absortos, sobre la faz expresiva del anciano. Este delicioso contacto había participado a la criatura como un soplo de esa alma que recordaba, para dirigirse a su hijo, el corazón sin amargura de los niños. El artista perpetuaba en su espíritu las cualidades primordiales de este hombre a la vez indulgente y severo. Tenía el corazón comprensivo y el alma vehemente de su padre. Era, además, como todos los artistas, obstinado en la tarea, pues poseía sin confesarlo la seguridad de su esfuerzo y la vanidad de su obra. Desde hacía diez años, insensible a los rumores del mundo y a las voces de los hombres, modelaba la arcilla con la gracilidad del orfebre que experimenta, en la intimidad de su estudio, la voluptuosidad de su arte. Los seres encantados que había evocado su padre se congregaban aún en su espíritu como las figuras aéreas de un ensueño. A veces, en las noches de estío, permanecía sentado ante el espectáculo de la ciudad luminosa y lejana, rodeado del perfume de las rosas y de las alas ligeras de la brisa, concibiendo las formas de sus imágenes, poblando su estudio de seres imaginarios. Imaginaba cabezas de mujer, torsos desnudos, cabelleras flotantes y doradas. Su imaginación dibujaba una línea, esculpía un relieve, hasta que un rumor importuno o la voz de un amigo lo substraía al delirio animado de su sueño.

Una tarde benigna, a principios de octubre, se le anunció una visita. Al tener a su frente a Mabel Hebe Millán experimentó la ansiosa fruición con que renovamos una amistad interrumpida por los acontecimientos casuales de los días. El artista había iniciado su amistad con Mabel Hebe Millán hacía tres años, en el estudio de un pintor italiano. Asiduos al recinto de los museos y a las salas de las exposiciones, se comunicaron, por una afinidad natural, sus impresiones del arte antiguo y moderno. Se vieron todas las tardes a la sombra de los árboles, en canoas fugitivas, sobre el agua silenciosa de los lagos. El artista no profirió jamás una palabra que obligara una confesión de Mabel. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿A dónde se dirigiría después? Estas preguntas, que se formulaban en la intimidad reservada de su alma, daban a Mabel el prestigio de una aparición misteriosa. Había tenido hacia ella impulsos pasajeros y vehementes. Muchas veces, inclinando la frente, Mabel ofrecía a la contemplación del artista su grave y puro perfil. Sus cabellos dorados devolvían la luz. Era una mujer irresistible por la armonía de sus líneas y por la proporción de sus formas. Esta alma, que se recogía con frecuencia en sí misma, parecía ocultar bajo sus pupilas apagadas y leves una indefinible ansiedad. Su corazón tenía la gravedad del ensueño imperioso y obscuro. Cierta día, el artista hizo un esbozo de su rostro. Mabel se apasionó por la obra. Pero una semana después llegó una tarde al estudio a anunciar su regreso. David no supo en definitiva quién era Mabel. Ella le escribía desde París con frecuencia. En cada una de sus cartas

formulaba siempre el mismo propósito:

—Yo iré a la Argentina. He estado allá cuando niña. Recordaba a David que le debía la promesa de la obra inconclusa. Esta promesa se cumpliría. Pero el artista sólo conservaba de Mabel Hebe Millán una imagen lejana, que los días hicieron incierta como la figura desvanecida de un ensueño.

II

Mabel Hebe Millán no había cambiado. Era la misma. No había perdido la gracilidad de su figura y la gravedad de su palabra. Se mostraba como hacía tres años bajo las cúpulas de Roma, animada por una secreta ansiedad y retraída a la vez por un temor instintivo.

—Quiero que cumpla su palabra.

to de su alma. Es lo que nos devuelve el recuerdo, es lo que nos inspira el ensueño. Es lo que nos hace presente el ademán y el acento. Si; David no tuvo entonces sino una conciencia confusa de sus actos. Se vio a su lado, advirtió sus ojos entornados, su rostro brillante. No supo si sonreía o si lloraba. Era un beso puro, silencioso, inolvidable; era un beso de amor.

A medida que pasaban los días, el artista concluía su obra. Sería sin disputa una obra gloriosa. ¿No la había modelado con un instinto seguro y una gracia exquisita? ¿No la había concebido, como se conciben las cosas perdurables, en la inconsciencia de un sueño de amor? David experimentaba por su obra un cariño entrañable y un orgullo juicioso. Descubierta a la mirada de todos sus amigos, la con-

Conoció de esta manera la dulzura exquisita y la gravedad del amor. Conoció la ternura imperiosa, la bondad humilde, la cólera ciega de los celos. El amor profundo es celoso porque es excesivo. David ocultaba sus celos. A veces, mientras Mabel permanecía en la calle, David recibía sus cartas sin abrirlas. La escritura del sobre fijaba sus pupilas. Por espacio de una hora, hasta que Mabel regresaba, permanecía vacilante, adelantando a veces la mano, retirándola con premura. El contacto de sus cartas le producía la atracción irresistible del vértigo. Pero Mabel adelantaba hacia él con el sobre en la mano:

—Toma, léela.

David se negaba, porque tenía, sobre todas las cosas, la dignidad del amor. Otras veces, en los jardines lujosos, seguía con atención la mirada de Mabel. Mabel adivinaba esta inquietud en sus ojos, en su voz, en su rostro. Los celos la halagaban. Pero no tenían secretos. La única reserva en aquella familiaridad de corazones pertenecía al artista, que experimentaba el deseo de exponer a los ojos de los hombres esa muestra perfecta de su arte. La ansiedad era día por día irresistible. De noche, en su alcoba apacible y obscura, sufría la alucinación de la gloria. Se concebía a sí mismo rodeado de un prestigio inmenso y ruidoso. Había llevado hasta entonces la existencia meditativa y laboriosa de un monje. Soñó con ser un día glorioso. Este deseo había sido desde las horas de su infancia su ansiedad secreta y profunda. No existía en el mundo sino la gloria. A la gloria había sacrificado la fortuna, el esfuerzo y el mundo. El destino le otorgaba, sin embargo, el amor. Era por momentos intensamente feliz. Pero si experimentaba la dicha interior del amor, sufría a la vez el vacío de sus afanes perdidos. ¿Cómo hacer comprender a la ternura violenta de Mabel este ideal de su espíritu? Mabel manifestaba su decisión irrevocable:

—No, no quiero. Que sea sólo para nosotros, para nosotros dos.

Sus amigos quebrantaban poco a poco la firmeza de su ánimo. El triunfo de uno de ellos hería su orgullo. Bajo la tortura constante se disipó la alegría de las primeras semanas, y a través de sus conversaciones con Mabel manifestaba el dolor reservado de su alma. Si; el amor es sagrado, venerable y augusto. El amor encantaba su espíritu, pero no colmaba sus días. Su alma sufrió desde entonces la ansiedad, la impaciencia. Se sintió humillado. Y una tarde que Mabel se encontraba en Montevideo, después de una lucha de horas y horas, se decidió.

Declinaba el otoño. Los árboles del jardín mostraban ahora la sombría desnudez del invierno. Sus hojas habían tomado una lividez desvanecida. Las tardes eran breves, las mañanas lluviosas. El sol se ocultaba entre las sombras espesas y las nubes fugitivas del cielo. El otoño había pasado.

David no se había engañado. Esa obra suscitó todas las expresiones del elogio. Mientras Mabel le anunciaba su regreso, David manifestaba, en el mundo de la gloria, una alegría ingenua y brillante. Era esto, sí, era esto lo que había deseado vivir. Tenía la gloria, poseía el amor; el mundo era generoso y la vida feliz.

Una tarde, como si Mabel hubiese esperado que le dejasen sus amigos, la vió de nuevo a su frente. ¿Era acaso que su corazón complacido la veía más hermosa que nunca? Su rostro tenía la palidez de una imagen religiosa. Sus pupilas se posaban sobre el artista con furor y con lástima. Habló. ¿Qué había hecho? ¿Y su amor, su promesa?

—Mabel, sé razonable.

—¿Era por dinero? Toma, toma.

Sus manos extraían de la cartera y arrojaban sobre la mesa dinero, dinero. Su furor aumentaba su belleza.

—Mabel, Mabel, sé razonable.

Pero su mano le detuvo con un ademán digno y sereno.

—No, David, ya no te amo.

—Escúchame.

Mabel Hebe Millán mostró hacia el artista una inquebrantable firmeza. ¿Cómo devolver a su alma el ardor del ensueño desvanecido? David Augusto Casal vivió a su lado, como todos los seres, su historia de amor. Se cumplió de este modo la ley ineludible de la vida, que nos cobra el bien que nos da en el bien mejor que nos quita.

UNA HISTORIA DE AMOR



Yo he cumplido mi promesa de venir.

David cumplió fielmente su palabra a través de las horas. La cumplió con la unción del artista que transmite su alma a la materia inerte y pesada. Durante días y días, en la penumbra liviana del estudio, se aplicó sin fatiga, absorto en la armonía naciente de las líneas. La tarea le comunicaba la alucinación de un vértigo activo y glorioso. ¿Acaso veía a su frente los ojos velados, la cabellera desprendida y radiosa de Mabel? Sólo se le aparecían las curvas, las líneas, los rasgos, la belleza exigente de la forma. Pero la tarea concluía y la realidad le hacía sensible el acento de Mabel. Una tarde, cuando la luz se desvanecía en el cielo, David y Mabel contemplaban el esbozo escultórico. Su perfume envolvía al artista en un halo fresco y penetrante. El perfume de una mujer es como el alien-

templaba en verdad como una parte de su vida, desde que era una parte de su alma. ¿No quería Mabel que fuese la representación visible de su amor? Esta obra no se exhibiría en la sala de exposiciones; no sería vendida. ¿Se profanan acaso las reliquias? Esa escultura se incorporaría a sus reliquias familiares y sería, en el humilde santuario de su morada, sagrada y venerable como todas las reliquias.

Mabel asistía diariamente a la tarea de David. El artista abandonaba entonces el trabajo. Su amor y su dicha desconocían en verdad el paso de los días y la mirada de los hombres. Ella había aludido con frecuencia a su vida pasada, a su familia, a su infancia. Vivía en París. Había nacido en Montevideo. Pero David interrumpía el relato de Mabel, porque deseaba asegurar a su cariño la dicha sin sombras que nos procura la ignorancia.

ARMANDO TAGLE

Ilustración de Ernesto Arancibia

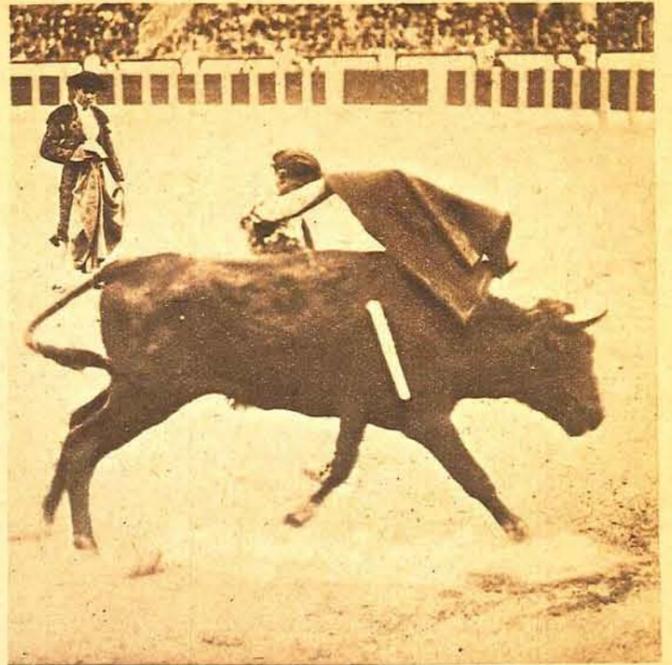
UN TORERO ARGENTINO



Un pase natural



ANTONIO LAFARQUE



Un pase de pecho



El diestro argentino Lafarque haciendo el paseo el día que debutó en la plaza de toros de Valladolid



Lafarque recibiendo las ovaciones del público después de una faena en la plaza de toros de Valladolid



Un lance de capa

CON verdadera extrañeza el público español y extranjero recibió el anuncio de la actuación de un torero norteamericano en los campos de toro sevillanos. Un torero norteamericano era, en verdad, motivo de estupor para esos públicos convencidos de que la tauromaquia es un arte solamente accesible a quienes llevan en la sangre el entusiasmo por las lides transmitido a través de varias generaciones y arraigado en sus predilecciones por razones de ambiente y de temperamento racial. Por ello no causó asombro que la actuación de este torero yanqui, considerado como un verdadero contrasentido, fuera no solamente deficiente, sino también desgraciada. América, habrán pensado los buenos sevillanos, no es tierra propicia para toreros.

Pero ahora, las plazas sevillanas vuelven a contemplar el espectáculo del torero americano. Un nuevo torero de estas tierras de América ha vuelto a probar fortuna y a afrontar el juicio severo del público, que es tan despiadado con los toreros sin suerte o sin ciencia.

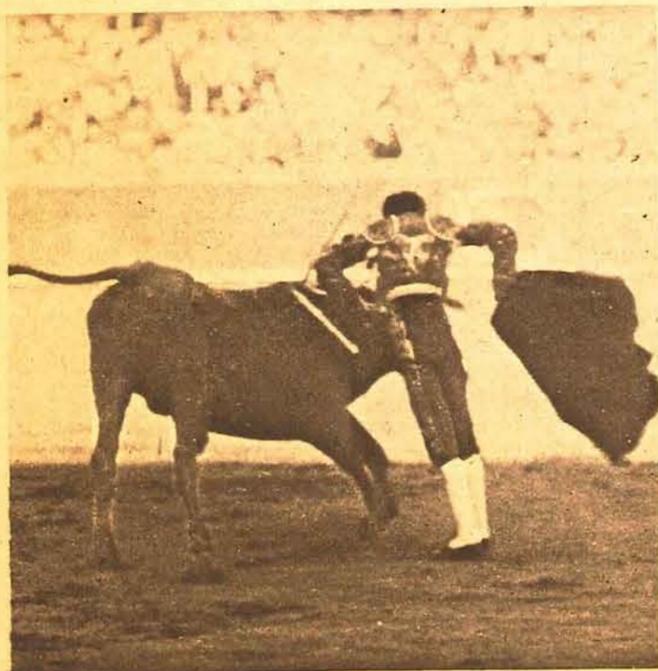
Y lo más extraordinario para nosotros es que este nuevo torero es argentino. Se llama Antonio Lafarque. Su nombre es conocido y ha sido coreado ya con simpatía y admiración en las corridas donde ha tomado parte. Lafarque no ha llegado aún a la edad de la ciudadanía y debió suspender su actuación hasta hace poco a causa de la real orden que prohibía torear a los menores de 16 años.

Ahora reanuda su vida torera embarcando de Cádiz para Colombia, adonde debe haber llegado en el vapor Orazio. Atenderá allí un contrato por diez corridas y después volverá a España, donde dice que, como buen argentino, primeramente cumplirá con la ley de enrolamiento. Para después tiene contratos para actuar en las plazas de Barcelona, Bilbao, Valencia, Sevilla, Valladolid y otras. Abriga también la esperanza de actuar ante público argentino.

La nota gráfica que publicamos nos ha sido remitida por nuestra agencia en Sevilla y es exclusiva de LA NACION.



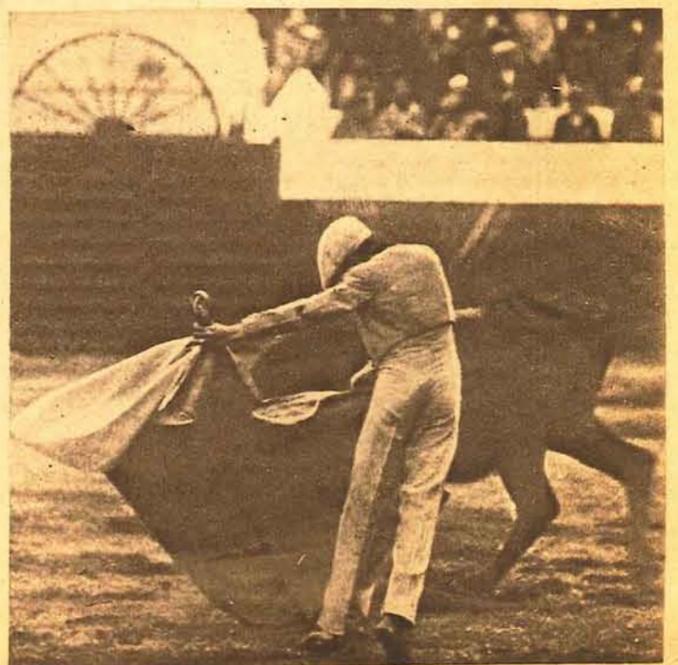
Otro pase natural



Un natural con la derecha



Un lance de capa de Lafarque en una corrida de beneficencia, en la Escuela Taurina de La Pañoleta, de Sevilla



Otro lance capa en la misma corrida

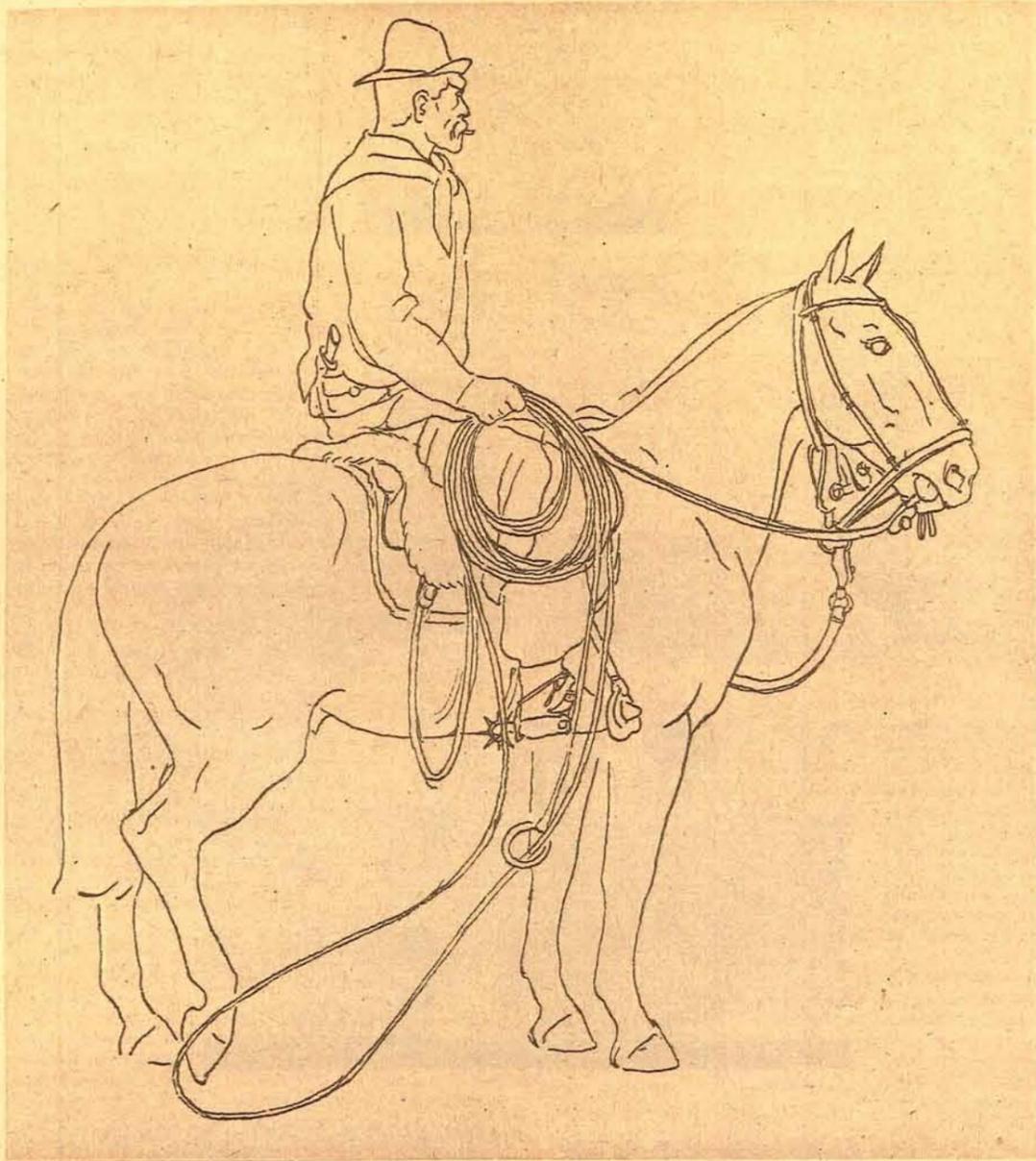
"DON SEGUNDO SOMBRA" EN EDICION DE LUJO

GUILLERMO
DE TORRE

piritu abnegado custodiador de su memoria.
La elección de Alberto Güiraldes no

solamente por vínculos familiares sino espirituales y de sensibilidad afin — podía haber llevado a término con tan feliz identificación una obra de ese linaje. Ningún otro dibujante hubiera sabido recoger

bado. Los últimos ejemplos de ellos están constituidos por la celebradísima edición de "La gloria de Don Ramiro", con los dibujos de Alejandro Sirio, y por la reciente edición suntuosa de otra obra excepcional: "Don Segundo Sombra" de Ri-



cardo Güiraldes, con 102 dibujos de Alberto Güiraldes.

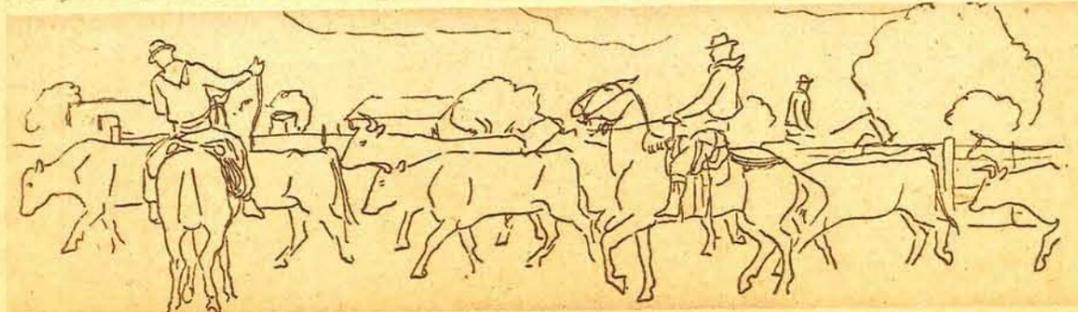
Uno de los dibujos que ilustran la edición de lujo de "Don Segundo Sombra"

con tanta perfección plástica y con tan escrupulosa fidelidad el ambiente espiritual y los elementos nativos, pintorescos, que atesora el libro. Alberto Güiraldes siente de un modo íntimo y ahincado el espíritu duro, elemental, bravo que es la medula de "Don Segundo Sombra". La mano del dibujante debe haber experimentado una fruición singularísima al ir traduciendo a líneas sobre el papel los tipos gauchos, los paisajes camperos y la atmósfera entrañablemente vernácula de la novela. Ha dado cima a unos dibujos que en su simple dintorno lineal contienen el alma de la pampa, la vastedad de sus horizontes. Los personajes, los animales y las cosas inanimadas están traducidas con un relieve y una ingenuidad que los torna nuevos y fragantes aun para los que estén muy habituados a verlos. El artista ha sabido infundir calidad plástica y significación estética hasta a los elementos más simples y cotidianos: un "cabezal", unas riendas de caballos o



Alberto Güiraldes, ilustrador de la edición

raldes para ilustrar "Don Segundo Sombra" es ya, en principio, un acierto absoluto. Ningún otro como este artista — li-



umas boleadoras son cosas que adquieren por virtud de su lapiz una evidencia asombrosa imprevista. Todos estos dibujos de Alberto Güiraldes tienen, en definitiva, las mismas cualidades expresivas que caracterizan la prosa de Ricardo: simplicidad de líneas, economía de medios expresivos y una viril sobriedad. De ahí su belleza impávida, su quieta luminosidad, su remota reminiscencia "ingriana".

Resultaría difícil filmar artísticamente estas ilustraciones. Pero ya que hemos aludido a Ingres, y puesto que desde hace pocos años, por virtud de las tornátiles predilecciones picasianas, la manera dibujística de aquel antirromántico goza de nuevo predicamento, agregaremos que los dibujos de Alberto Güiraldes, al igual que los del maestro ochocentista, atienden eminentemente a los valores táctiles, poseen una configuración tectónica. Wölfflin ha elucidado sagazmente esa cualidad tectónica del dibujo, contraponiendo el arte de Durero — dibujístico — al de Rembrandt — pintoresco. El estilo dibujístico — explica — ve en líneas, esto es, buscando en el contorno el sentido y la belleza de las cosas, mientras que el estilo pintoresco substrahe la atención de los bordes y la proyecta sobre las manchas, mediante el color o el claroscuro. No hay duda de que las ilustraciones de Güiraldes pertenecen al primero de dichos estilos. Poseen una configuración neta y rigurosa; su fuerza expresiva, su valor emocional reside en la precisa delimitación de los contornos, en la clásica elocuencia de lo lineal, antípoda, por ejemplo, de la vaguedad a que equivale el arte del claroscuro o de la caprichosa verbosidad impresionista. Por ello, tales dibujos dicen y sugieren, dentro de su limitación lineal, más que muchas composiciones coloreadas. Su contemplación facilitará un buen argumento a cuantos creen en la preeminencia de esa técnica dibujística, en la virtud absorbente de lo lineal, con eliminación de la mancha o color. "Le dessin comprend les trois quarts et demi de ce qui constitue la peinture... Le dessin comprend tout excepté la teinte." Citada sin ejemplo esta apreciación de Ingres — con la cual él enmascaraba su torpeza de colorista — parecerá desmesurada. Pero al contemplar dibujos como los de Güiraldes — tan perfectos y suficientes a sí mismos — llega a tornarse nos verosímil.

En compensación, aceptamos sin vacilaciones — al comprobar una vez más en este caso a cuánta belleza puede conducir la fidelidad de la línea — aquella otra frase de Ingres que corroboran enteramente estos dibujos: "le dessin est la probité de l'art". Pero no se crea — por ligereza en la asociación de conceptos — que esta probidad de Güiraldes implica la menor sequedad. Al contrario: ya hemos explicado antes cuán fragantes y vivientes son sus dibujos, con qué fino donaire y sutil vaivismo recogen los personajes y los ambientes más típicos de la novela. Hasta el punto de que, a más de los precitados, poseen un innegable valor documental y el folklorista de mañana podrá encontrar en ellos datos inestimables. Sin embargo, los dibujos de Güiraldes son verídicos pero no realistas, — distinguo que consideramos esencial, pues la segunda denominación no puede sonar sin cierto acento peyorativo en los oídos de los artistas modernos. Poseen un espíritu interpretativo que supera la anecdota o punto de partida y les dota de autonomía propia, vivificados además — como están — por un soplo poemático elemental: el mismo que anima y enaltece las páginas de "Don Segundo Sombra".

L'auge editorial de la trasguerra, el extraordinario desarrollo adquirido por la bibliofilia europea en los últimos años ha multiplicado el libro de lujo, originando, a la vez, una confusión desvalorizadora. Basta, para comprobarlo, entrar en una librería extranjera y ver la gran cantidad de textos recientes, poseedores de un valor literario muy relativo en la mayoría de los casos, presentados con un suntuoso indumento tipográfico, como si fuesen obras de un valor cierto y perenne, cuyos presuntos lectores pudieran durar tanto como la firme nitidez del papel. La confusión denunciada es evidente: por el simple añadido del exorno editorial o tipográfico se pretende adjudicar categoría de obras maestras a muchas que no rebasan el nivel medio de la producción corriente. Se antepone, lo adjetivo y externo al valor intrínseco del libro, trastroncando los términos normales de la bibliofilia. De acuerdo con éstos, la edición lujosa debe ser una consecuencia pero no un taimado antecedente. Una consagración en cierto modo de méritos ya reconocidos y no un artificio coactivo que desorienta a los incautos, o más bien a los snobis, sobre el valor de cada libro en sí mismo. Claro que tales costumbres solo perjudican a aquellos últimos y, en este sentido, la sofisticación, por prevista, deja de ser vituperable.

Más, por otra parte, desde el punto de vista del autor, del productor, ¿no será preferible congraciarse, en lo que tiene de plausible, con este espléndido desarrollo de la bibliofilia selecta y moderna, con esta incesante multiplicación de las ediciones lujosas aplicadas a libros contemporáneos? Sin duda: el libro representativo, la obra perfecta no tiene por qué aguardar largos años para abandonar la vestidura uniforme o elemental con que nació, adquiriendo otra más cuidada o individualizadora. El hecho de que hoy ese plazo se abrevie extraordinariamente, y aun se suprima, ofreciéndose nos impresiones lujosas de libros en primera edición — y cuyo valor, por consiguiente, permanece incógnito, pudiéndose juzgarlo únicamente con referencia a los anteriores del mismo autor — no puede más que satisfacernos y llenarnos de confianza. Confianza que sufre una mengua inevitable cuando nos percatamos de que, en muchos casos, la edición de lujo, numerada y restringida, sólo tiende a un propósito de especulación lucrativa. Un signo más de los tiempos, que ningún aficionado a estas cuestiones ignora: se especula hoy, en ciertos medios, tan activa y hábilmente con los libros de lujo como con los valores de Bolsa. Un ejemplar en papel japon — cifrado con algún guarismo impar de esa complicada numeración que es peculiar en estas ediciones — de algún autor favorito, es tan cotizable en el "mercado" como el más próspero título bancario. Estas costumbres han creado ya un género especial de bibliófilos que siguen astutamente los pasos a ciertos semiclandestinos Valery, con la esperanza — agiotista — de ver multiplicado a los pocos meses su valor, o que acechan — por puro afán coleccionista — alcanzar un ejemplar de la primera edición prohibida, el "Ulyses" de Joyce.

Costumbres, procedimientos europeos? Ciertamente. En la Argentina, la bibliofilia de lujo por lo mismo que es muy limitada e incipiente — no hay riesgo de que llegue a tales extremos. Tampoco esta incursión en la debilidad de extenderse a libros corrientes, habiéndose manifestado únicamente en obras de valor pro-



OS tratados elementales de Geografía nos dicen en su primera página: "La Tierra es redonda y el agua cubre casi las tres cuartas partes de su superficie".

¿Cuántos de entre nosotros no hemos pensado, ante esta afirmación, que esas "tres cuartas partes" están perdidas para el bienestar de los hombres! Pues todo lo que nos es útil, como son los minerales y los metales, los extraemos del seno de la corteza terrestre y todo lo que nos sirve de alimento nos lo proporciona la tierra vegetal que cubre esta corteza. Quiere decirse que las tres cuartas partes del globo terráqueo, cubiertas por el agua de los mares, deben considerarse como una superficie inútil, buena para llevar barcos, para proporcionar algunos peces a nuestras necesidades alimenticias... y para nada más.

Nada más exacto que este modo de pensar. El mar no sólo es útil, como medio de comunicación entre los pueblos, no sólo nos proporciona por medio de la pesca una alimentación sana y abundante, sino que constituye al mismo tiempo una reserva increíble de riquezas para la humanidad, sobre la cual quiero insistir un tanto.

En primer lugar, ¿cuál es la importancia del mar?

Si nos limitamos a evaluar su extensión, comprobamos que de los 510 millones de kilómetros cuadrados que constituyen la superficie terrestre, los océanos ocupan 366 millones, al paso que la tierra no ocupa sino 144. De esto se deduce que la superficie de las aguas representa 72 centésimos de la de nuestro planeta y que es 2,54 veces más extensa que la de las tierras emergidas sobre la superficie líquida.

Una cosa aun más importante es el volumen de las aguas marinas comparado al de las tierras que se elevan sobre el nivel del mar. Los trabajos de los geógrafos nos han dado a conocer el volumen de estas tierras, que es de 100 millones de kilómetros cúbicos; y los trabajos de los oceanógrafos, resumidos y compendiados en el magnífico "Mapa de los Océanos", compuesto de 24 páginas y publicado por el príncipe Alberto de Mónaco, nos permiten afirmar que el volumen total de las aguas oceánicas es de 1330 millones de kilómetros cúbicos. En una palabra, el volumen de las aguas es casi 13 veces y medio mayor que el de las tierras (fig. 2).

El agua de los mares representa, pues, una enorme masa, y si contiene cuerpos en estado de disolución, constituye una reserva inapreciable de dichos cuerpos para los habitantes de la Tierra.

Un experimento fácil nos demostrará al punto que el agua de mar es rica en toda clase de sales. Si sobre una lámina de vidrio hacemos evaporar una gota de agua de lluvia, comprobaremos que la evaporación no deja ningún residuo sólido. Pero si hacemos lo mismo con agua de mar, hallaremos en la superficie del vidrio un residuo sólido que, examinado al microscopio, nos mostrará "cristales" transparentes de formas geométricas. El agua de mar contiene, entonces, cuerpos sólidos en estado de disolución (fig. 1).

Los químicos se han planteado,

como es natural, el problema de analizar el agua de mar y de buscar cuáles son los cuerpos disueltos que contiene.

De este modo, han encontrado que entre 84 cuerpos simples (o elementos) conocidos por la química actual, se encuentran 35 en el agua de mar. Es cierto que algunos están allí en cantidades mínimas; los otros 50 se encuentran también, "deben" encontrarse, como lo veremos, pero su proporción demasiado insignificante hace que escapen al análisis químico.

¿Cuál es el origen de esa salinidad del mar?

La Tierra fue en sus comienzos un pedazo desprendido de nebulosa que dió origen al Sol y a todos los planetas que circulan a su alrededor. Este pe-

do, en el momento en que se separó de la enorme masa, que luego formaría el Sol, tenía un volumen mucho menor que el del núcleo principal y, por consiguiente, se enfrió mucho antes que él. Es cosa sabida que si en el mismo horno se calientan dos bloques de hierro, pesando uno de ellos 100 kilogramos y el otro 1, si se les pone al aire para dejarlos enfriar, el bloque de 1 kilogramo estará completamente frío mucho antes que el de 100.

La Tierra se ha enfriado entonces rápidamente, puesto que su masa es 325.000 veces menor que la del Sol. Al enfriarse, las materias incandescentes que la componían se solidificaron en su parte exterior, como sucede con la superficie de un recipiente de plomo fundido; esta solidificación cubrió a nuestro globo de una corteza sólida relativamente delgada que en el curso de enfriamientos ulteriores se ha llenado de pliegues semejantes a los de la cáscara de una manzana asada. Pero, entretanto, esta corteza guardaba en su superficie todos los cuerpos residuos de los vapores que constituían su atmósfera primitiva. Esta atmósfera separada de su núcleo ardiente por medio de la corteza recién formada, se enfrió paulatinamente. Los vapores metálicos fueron los primeros en condensarse, y fueron el sodio, el magnesio, el calcio, el potasio, etc. Luego, el hidrógeno y el oxígeno disociados por la alta temperatura, pudieron combinarse para formar el agua en el momento en que esta temperatura hubo en enfriado suficientemente.

Esa agua, entonces, condensada en estado ardiente, se derramó sobre la corteza terrestre, llenando sus cavidades, después de haber discurrido por toda su superficie, y al correr así disolvió todo lo que halló que se podía disolver.

Téngase en cuenta que no hay cuerpos absolutamente in-

LA RIQUEZA DEL MAR

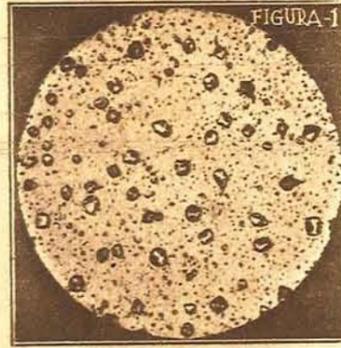


Fig. 1: El residuo de la evaporación de una gota de agua del mar, visto a través del microscopio

FIGURA-2

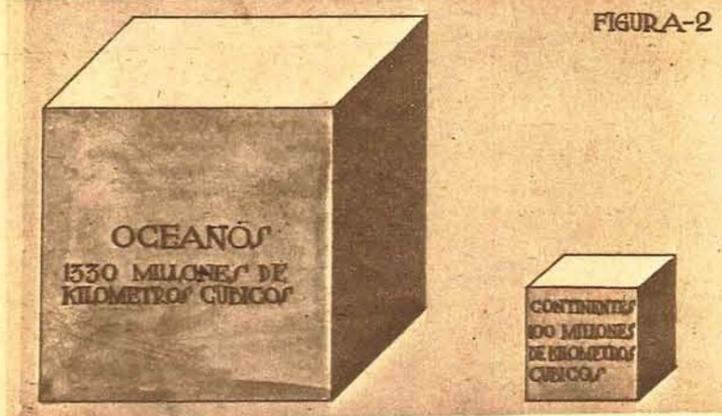


Fig. 2: Volúmenes comparados de los océanos y de los continentes

solubles; todos son solubles, en mayor o menor grado; podemos, pues, estar seguros de que esas aguas primitivas, acumuladas en las cavidades de la corteza, que luego formarían los océanos, contenían, en proporciones más o menos grandes, todos los cuerpos simples cuyo estudio constituye el dominio de la química.

Es sumamente interesante conocer la cantidad de las diferentes sales contenidas en el agua de mar.

Llámanse salinidad al peso total de las sales contenidas en un kilogramo de agua de mar. De todos los análisis resulta que el promedio de salinidad del agua de mar es de 35 milésimos; lo que quiere decir que un kilo de agua de mar contiene 35 gramos de diversas sales. De estos 35 gramos, 27 están formados por cloruro de sodio, o sea el cuerpo tan conocido que se llama sal marina, sal de cocina o simplemente "sal". La sal sola constituye, pues, las tres cuartas partes de la salinidad del mar. Luego tenemos el cloruro de magnesio en cantidad de 4 gramos, más o menos; el sulfato de magnesio, con un gramo y medio; el sulfato de calcio, con un gramo y cuarto y el sulfato de potasio con 9 decigramos. Las otras sales se encuentran en proporciones mucho menores (fig. 5).

Esta salinidad de 35 milésimos es el valor medio de todos los mares del globo. Ciertos mares muy cálidos, por ejemplo, el Golfo de Méjico y el Mar Rojo, tienen una salinidad mucho mayor. Esta llega hasta 40 milésimos en el fondo del Mar Rojo, cerca de Suez. Por el contrario, otros mares, como el Báltico, de aguas muy frías y donde numerosos ríos vierten

cantidad gigantesca de sales que contienen los mares; indicaremos su "volumen" total.

Este volumen es de 21.800 millones de kilómetros cúbicos (casi 22 millones). Recordemos que un kilómetro cúbico equivale a 240 veces el volumen de la gran pirámide de Egipto, o también a 2333 veces el de la gran Opera de París.

Si se extendieran estos 22 millones de kilómetros cúbicos de sal sobre la superficie del globo terrestre, formarían sobre él una capa de 47 metros y medio de espesor (fig. 3).

Con este volumen sería posible construir tres veces el continente europeo, con sus Alpes, sus Pirineos, sus sierras, sus Balcanes y sus Cárpates, o si se prefiere, se podría construir dos veces todo el continente africano y aun sobrarian dos millones y medio de kilómetros cúbicos de sal. Y si recordamos que la sal marina (cloruro de sodio) constituye las tres cuartas partes de la salinidad de los mares; si pensamos que el cloruro de sodio forma la gran reserva de cloro de la industria química, veremos que el cloro no faltará nunca a la industria humana.

Cuando se hace el análisis químico completo del agua de mar se comprueba que contiene un promedio de 50 miligramos de oro por tonelada; igualmente contiene 10 miligramos de plata por tonelada; y es interesante conocer el volumen total que de estos dos metales preciosos contienen las aguas oceánicas. El cálculo es fácil, dado que ya se conoce la masa total de las aguas marinas.

Encuétrase así que el peso total del oro contenido en el mar es de 69.000.000 de toneladas. Si esta masa colosal se repartiera entre los 1500 millones de habitantes de la tierra, podría darse a cada uno de ellos, es decir, a cada uno de nosotros, un bloque de oro de 46.000 kilogramos, que ocuparía un volumen de 2 metros cúbicos 300, lo que vendría a formar un cubo de 1 metro 35 de lado (fig. 4). Con el valor actual del oro (10 francos el gramo) constituiría una fortuna de 460 millones de francos para cada ciudadano del globo terrestre.

He aquí el modo de resolver la cuestión social por medio de la igualdad en la riqueza: ¡todo el mundo multimillonario! Es verdad que en estas condiciones, dejando de ser un metal raro, el oro perdería su valor monetario y ya no serviría sino para fabricar cacerolas y utensilios de cocina, a causa de su inoxidabilidad, lo cual vendría a ser quizá la más moral de sus aplicaciones.

En cuanto a la plata, cada habitante de la tierra recibiría un bloque de 9200 kilogramos. La totalidad de la plata contenida en las aguas del mar representa una cantidad diez veces mayor que la extraída de todas las minas del globo desde el descubrimiento del siglo XX.

Para terminar con la enumeración de los tesoros encerrados en el Océano, diremos que sus aguas son radioactivas y contienen torio y radio. Es cierto que en muy pequeña cantidad, pero, sin embargo, ha sido posible dosar esta proporción infinitesimal: en un gramo de agua hay alrededor de una cincuentava parte de miligramo de torio y el radio encuen-

(Continúa en la pág. 41)

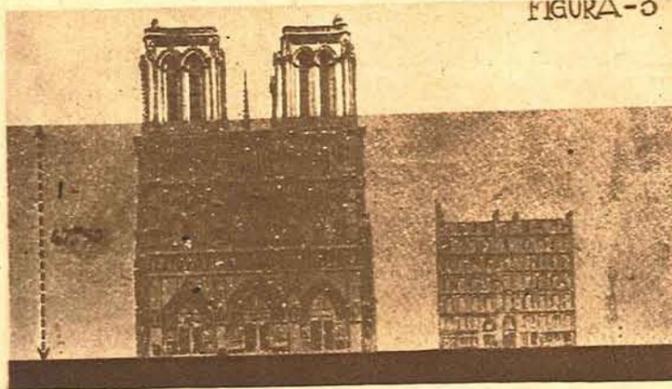


FIGURA-3

Fig. 3: Si las sales del mar se extendieran sobre la tierra, Notre Dame de París, a la izquierda, y una casa de seis pisos, a la derecha, quedarían completamente cubiertas.

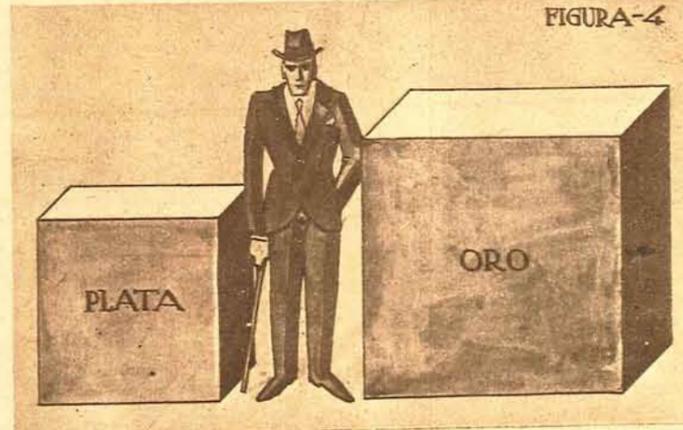


FIGURA-4

Fig. 4: Lo que nos correspondería por habitante repartiendo el oro y la plata que contiene el mar.



Fig. 5: Volúmenes de las principales sales contenidas en un metro cúbico de agua del mar. (La respectiva altura de los cubos se indica en centímetros)

ALPHONSE
NET

enormes cantidades de agua dulce, tienen salinidad mucho menor; en ciertos puntos del Báltico esta propiedad desciende a 20, a 10 y aun a menos de 5 milésimos; pero lo notable es que las proporciones relativas de las diversas sales son siempre las mismas. La sal marina constituye siempre el 27 por ciento de la salinidad total, ya sea ésta de 40 milésimos o sólo de 10.

Cabe preguntarse qué volumen formarían todas las sales contenidas en el mar si se hiciera evaporar completamente el agua que las tiene en disolución.

Este volumen es algo colosal. Si queremos expresarlo en "toneladas" tendríamos la siguiente cifra: 48.400.000.000 de toneladas.

Por su misma enormidad, estas cifras no impresionan el espíritu, pero encontraremos otra forma de dar una idea de la



E L HOMBRECITO DE SOMBRA

mamá del papá—la llevó a un colegio de hermanas. Allí le pusieron un traje azul de colegiala. Aquella noche, en el sueño, un angelito rubio se llevó de la mano la infancia de Morelia al cielo. Desde entonces su corazón tendría inquietudes de mujer.

El colegio era una jaula de corazones. Había chicas de los cinco continentes del mapamundi. Italianas que recitaban a Dante como si fuera un poeta futurista que tuviese automóvil y jugara al football. Escocesas rubias, siempre pensativas. Una paraguaya verde como un mate lavado. Francesas, rusas, yanquis. Todas tenían un novio lejano y un amante a diez kilómetros del colegio. A las mañanas se rezaba en seis idiomas distintos el mismo padre-nuestro y un pajarito, por cada colegiala, era el mensajero de un beso. Morelia también enviaba su alado mensaje a un muñeco de trapo que se llamaba Toni y que la mamá le había regalado.

Los domingos, el colegio se abría y las chicas iban de paseo. Morelia se hizo amiga de una escocesa vivaracha y charlatana. Ella fué quien, por primera vez, la llevó al cinematógrafo. El papá de Morelia era tan puritano que jamás permitió que su hija entrase a un teatro que no fuera de titeres.

Al volver aquella tarde al colegio, Morelia sentía que su corazón palpitaba de otra manera. Una dulzura triste le hacía sonreír. Los ojos tenían una luzecita ballarina. Y a la mañana siguiente el pajarito llevó su mensaje a un hombre lejano. El muñeco de trapo—Toni—al verse olvidado, se pegó un tiro con un revólver de juguete.

El chopo, que buscaba el cielo en el patio del colegio, tembló una mañana en mil hojitas verdes. La primavera bailaba en cada baldosa con un alma distinta. El sol era un león amarillo en el cielo limpio.

Morelia, en su habitación, soñaba con su hombrecito lejano. Su compañera, la escocesa charlatana, escribía, en kimono azul, su cotidiana carta de amor.

De pronto una flecha negra se clavó en el corazón de Morelia. Un telegrama anunciaba la muerte del papá. Todas las colegialas, en fila, fueron a la casa del muerto a llorar con su compañera.

A los diez días era millonaria. El testamento la consagraba única heredera. Unas horas después la escocesa—cabeza aventurera—le ofrecía huir del colegio. La ruta la elegiría su compinche. Morelia, pensando en su hombrecito de cinematógrafo, propuso California.

A la noche siguiente, la luna con cara de niña boba acompañaba, desde el cielo, a las dos colegialas que huían por un sendero de manzanos en flor.

Morelia me contó cien veces esta historia como a un niño mimado. Pero jamás me dijo una palabra de su vida en Hollywood. Era aquello como un libro de estampas maravillosas al que una mano traicionera le hubiese arrancado la mejor página. Si yo protestaba, me sorbía mis interrogaciones con un beso siempre nuevo y distinto. El amor me alejaba de mis afanes. Era un "ritornello" sabroso y doloroso como una manzana con el corazón de acibar.

Algunas tardes la hallaba pensativa. Esa noche los álamos tenían un perfil más sombrío y los sauces triplicaban la retórica de melancolía. Yo repovaba mis celos. Iba con ansia de pegarle, de abrazarla hasta que llorase. La garganta se me secaba como a un explorador del Sahara. El corazón me mordía el pecho como un tigre salvaje. A su lado me sofocaba, incapaz de levantar un dedo. Cuando me resolvía a hacer una locura, una caricia suya me dulcificaba. Sin embargo, al dejarla, cuando no había dado aún diez pasos, ya necesitaba correr como un loco para no retornar a su lado y matarla. Acechaba sus sueños y sus pensamientos como un traidor de cinematógrafo. Ja-

más pude descubrir quién era aquel hombrecito lejano de su primer amor. Un día, alevoso, le brindé tantos "cocktails" que se embriagó. Parecía que iba a decirme su nombre. Un odio gozoso, grande como la luna nueva, me hacía reír de alegría. De pronto enmudeció. Se puso pálida, pálida como una virgen de cera. Tuve miedo. Parecía muerta. La besé temblando. Estaba desmayada.

La convalecencia fué historizada como la vía crucis de las iglesias. Sus manos azulosas me acariciaban. Los hilos del telégrafo decían afuera una música de perdón. Las lechuzas cruzaban el cielo silenciosas y ningún perro profanaba, con su latir, el callado gozo de la estancia. Los ojos de Morelia dormían en la sombra cálida de las ojeras. A veces, con mimo de muñeca de estampa japonesa, me pedía que le contase cuentos como a una niña enferma. Yo jamás supe un relato infantil, pero inventé historias con reyes, príncipes y gigantes. Otra tarde le leí, en francés, a Perrault. "Le petit chaperon rouge". "Barbebleue", "Cendrillon", brincaron por el cuarto como en un retablo de marionetas.

Ella me contó entonces sus amores con Toni, el muñeco de trapo. Me dijo que era de paño azul, con pantalones rojos y bonete amarillo. Narigón y tonto como algunos hombres.

El corazón me dió un "looping-the-loop". Le apreté la mano enflaquecida.

—Dime, Morelia, ¿quién es el hombrecito del cinematógrafo?

Calló. Un gorrión—viajero curioso—se asomó a la ventana. Los ojos de Morelia se hicieron borrosos.

—¿Para qué quieres saber una historia triste? Consuélate pensando que el único hombre que ha hecho suya a Morelia eres tú. Lo demás fué un sueño.

La escena tenía un romanticismo de 1850. Casi de "La Dama de las Camelias".

Jamás habíamos ido con Morelia al cinematógrafo. Una noche—estrenaban "La quimera del oro"—me envió un mensaje.

"Querido: Te espero. Quiero que vayamos esta noche al cinematógrafo. Trabaja Charlot.—Tuya, Morelia".

Yo pensaba ir al club a jugar al "bridge" con las amigas de siempre, cuando el "groom" me entregó el recado. A los diez minutos un taxi me llevaba a casa de Morelia. Esperaba más hermosa que nunca. Al besarla, sentí miedo de perderla. Casi me da un vahído. Antes de salir coqueteó aún ante el espejo. Tenía un aire misterioso y encantador. Debussy hubiera escrito un poema sinfónico en su homenaje. Mi corazón le cantaba un aleluya y mis dedos hacían pajaritas de papel, mientras ella se miraba una vez más en el espejo.

En el cinematógrafo nos sentamos, en las mismas butacas en que nos besamos aquel primer día, cuando nos conocimos. Por casualidad astronómica, esta noche era también viernes, como entonces. Al pensarlo, tuve un vago presentimiento y le apreté el brazo. Morelia me miró con sus ojos verdes. Allá lejos le bailaba una llamita de gozo.

Volvieron a apagarse las luces. Se iluminó la pantalla. Apareció la leyenda: "La quimera del oro". Comenzó la película. Carlitos apareció seguido por el oso. Morelia tuvo un vago estremecimiento. Todo el mundo reía. Yo me desternillaba.

Al terminar el primer acto, Morelia estaba pálida. Distruido con la jocosidad del bufo, no me di cuenta. Continué el espectáculo. Las risas hinchaban el cinematógrafo y hacían temblar la pantalla. Carlitos seguía en la tela haciendo payasadas. Morelia tenía los ojos humedecidos y su corazón era un reloj descompuesto.

Llegó la danza de los panecillos. A mi aquello me hacía reír como un loco. Los chicos y los grandes repicaban sus risas como un pandero. La orquesta tocaba un "fox". Morelia me dió un pellizco y me dijo:

—Te odio. Eres un imbécil... Me voy con El.

Cuando yo quise acordarme, Morelia y Charlot huían de mi alcance como dos muñecos de trapo. En el techo del cinematógrafo una estrella compadrita me guiñaba el ojo.



ALMERAS azules. Cocodrilos estilizados en esmeralda. Estrellas pentagonales en cielo violeta. Ríos de cobalto con sirenitas de plata. Este paisaje, arbitrariamente indostánico, se repetía, estereotipado en el papel del saloncito, cien veces exactas.

Afuera los clavecines del otoño tocaban su elegía de oro. Adentro la primavera fruteaba el cuerpo perfumado de una muchacha. El pijama amarillo, estampado con dalias negras, delimitaba con pitagórica precisión un cuerpo perfecto. Los maitines de aquellos veinte años musicalizaban el aire de la estancia. La "chaise-longue" sostenía aquella languidez tropical con una docilidad de brazo de hombre. Un cigarrillo, olvidado en un cenicero chino, disimulaba su hastío pintando, en la penumbra del velador, volutas blancas.

Aquella mujer era mi amiga. Su sabiduría en "cocktails" sumaba más letras que el abecedario. En los "courts" de tennis su agilidad me enorgullecía. No existe árbol cuyo nombre ella no supiese. Su corazón predecía el tiempo con la exactitud de un barómetro suizo. Sus manos inventaban caricias nuevas para cada uno de nuestros encuentros. Las noches sin luna entonaba canciones hawaianas, y, de pronto, rompía a llorar, pensando en una muñeca de ojos azules que perdió a los cinco años.

Nos conocimos un viernes—día poético en mi calendario—en un cinematógrafo. Ella apareció en la pantalla. Su papel: ni siquiera el de protagonista. Estaba en tercer plano. La miré. Me sonrió con timidez. Le guiñé el ojo. Al terminar la escena escapó de la tela y se sentó a mi lado.

—I Love you—me dijo su boca pintada.

En el cielo raso del cinematógrafo anochecido se encendió una estrella compadrita.

Tenía un nombre rojo. Rojo como las tunas de los nopales mejicanos y la escarlata de los obispos. Se llamaba Morelia.

Cuando llegó al mundo, todas las mujeres de la ciudad cantaban madrigales y una alondra se posó en su cuna.

Por JUAN MANUEL VILLAREAL

ILUSTRACION DE JORGE LARCO

El papá, pensando en el nombre, no descolgó del árbol genealógico ninguno de aquellos que ya llevaban la mamá, o una tía o la abuela. No miró tampoco en el calendario el santo del día. Se encerró en su escritorio y abrió un Atlas Jackson. Quiso que la Geografía—materia que jamás estudió en la escuela—le diese el nombre a su hija. La punta del eversharps fué carabela para todos los mares. Recorrió Asia. Entró por el Mar Rojo. Incidentalmente tocó Assab. Por el estrecho de Bab-el Mandeb llegó a Adén y desde allí a Bombay no hizo escalas. Pensó internarse en la India, pero los nativos, capitaneados por Gandhi, andaban de revuelta. En China halló nombres de dos sílabas. Ellos estaban bien en mujeres pálidas de ojos rasgados, pero su hija debía ser morena y tibia, como una muchacha del Brasil. Japón con sus tifones le alejó de la costa y se encontró derribada en las Islas Kuriles. Allí ya desesperaba hallar el nombre buscado, hasta que bajando por la Península de California llegó a Méjico. Entonces no había revoluciones y Morelia, la hermosa Morelia, le ofreció sus tres sílabas, como tres manzanas maduras. Su hija tendría un nombre heroico y mejicano. Y la llamó así: Morelia.

Morelia cumplió quince años. Sus miradas tenían transparencia de cielos dominicales. En sus ojos verdes se adivinaba una infancia de glicinas y almendros en flor. En las mejillas todos los atardeceres de la niñez habían dejado un "rouge" melancólico. Su voz tenía modulaciones rojas, azules, amarillas, pero sus silencios eran siempre del color de sus ojos. Aun jugaba con las muñecas. Su vida tenía entonces una pureza de primera comunión en domingo de provincias. Norah Borges la hubiera pintado con una paloma en la mano.

De pronto alguien dió un tijeretazo. La mamá desapareció. El papá le dijo que había muerto. Ella lloró una y otra vez más. Un día la abuela—la

UN NUEVO AUTOR DRAMÁTICO

(POR LA NACION)



SUPONGO que a estas horas la Argentina y los países americanos de habla castellana tendrán noticia de Valentin Andrés, el afortunado autor de "Tarari".

Pero Valentin Andrés es asturiano de cuna y de corazón, y yo quiero hacer extensiva esta crónica a los asturianos residentes en esas repúblicas hablándoles en la intimidad del hogar patrio, de este joven literato que con su primera obra teatral se ha destacado en la literatura española mereciendo de la crítica la más franca y entusiasta acogida.

Figura literaria de actualidad, parece ya incorporado a la aristocracia de las letras, abriéndose plaza en sus círculos los más prestigiosos maestros.

Tan rápido encumbramiento ha sorprendido no poco en nuestro mundillo; mas nada tiene de maravilloso, porque Valentin Andrés se había significado ya como escritor pulcro y profundo, de sano y emotivo humorismo, en la "Revista de Occidente", de la que es uno de sus más leídos colaboradores; luego, hizo un admirable ensayo de novela en su "Sentimental Dancing", y después publicó un tomo de poesías inspiradísimas. Perteneció al grupo vanguardista, la novísima familia literaria que ha encontrado para la belleza una nueva forma de expresión y que cuenta con no escasos prosélitos y admiradores.

Ramón Pérez de Ayala, nuestro insigne prócer de la novela, y su "peña" literaria constituyen el padrino de este neófito de Talía, y con tan honroso aval, Valentin Andrés arriba a la dramática, presentándonos su primera producción dramática, "Tarari", que ha constituido un clamoroso éxito de crítica y de público.

¿Y qué es "Tarari"? se preguntará el lector que por primera vez se encuentra con este título. Pues "Tarari" es sencillamente una obra vanguardista, es decir, puramente literaria y cerebral; así la define su autor, que se aparta de los moldes del teatro contemporáneo y también del teatro clásico.

Oigamos a Valentin Andrés contestando a nuestras preguntas, que van dirigidas para informar exclusivamente a LA NACION.

—Yo — dice — escribí esta obra sin esperanza inmediata de estrenarla. Sabía lo difícil que es introducirse en ese gran coto literario donde mandan y definen los autores mandados, y no me creía ni con autoridad ni con fuerza para imponer mi obra. Sin embargo, lo intenté con una de las compañías que me parecían más adecuadas para representar con éxito a "Tarari". Esa compañía, la que dirige Bonafé, se excusó muy discretamente, a pretexto de una



Una escena de la celebrada obra de Valentin Andrés, estrenada en el Teatro Lara, de Madrid

cosa tan nueva que difícilmente entraría en el público. Esta contestación me confirmó en mis pesimismo.

Pero no desespere y en mayo le busqué a V. para aprovechando la actuación en Oviedo de Valeriano León, leíle la comedia y ver lo que le parecía. Se encontraba V. en Madrid y no pudimos vernos. Una casualidad fortuita me hizo conocer a la actriz asturiana Margarita Robles, que se entusiasmó con mi farsa y la estrenó en uno de los mejores teatros de la Corte, en Lores, obteniendo el feliz resultado que todos conocemos.

Valentin se expresa con naturalidad y modestia, sin conceder extraordinaria importancia a su triunfo. Su sencillez conquista nuestra simpatía.

—¿Y ahora?, seguimos preguntando.

—Pues ahora, prosigue, ahora ya me tiene V. metido en el mundillo teatral dispuesto a seguir trabajando, consecuentemente con mis aficiones literarias, es decir, en plena vanguardia, y convencido que en el teatro el público aprecia, gusta y aplaude la literatura cuando es buena.

—¿Pero es que no hay más que literatura en "Tarari"?

—Y un poco de humorismo. Verá Vd. En "Tarari" no hay problemas amor, lo que equivale a decir que la mujer está ausente; tampoco hay emoción, me refiero a esa emoción a que estamos acostumbrados en el teatro, a fuerza de manejar pasiones humanas y barajías, buscando efectos de varia y prodigiosa truculencia. Todo se reduce a una casa de orates, en la que un día los locos se sublevaron y apoderándose de sus guardianes, desde el director el último loquero, invierten los términos, quedando ellos, los sublevados, en el lugar que antes ocupaban los cuerdos.

Este es el único episodio que ocurre, y sobre él, que se pro-



Valentin Andrés, cuya obra "Tarari" ha sido recibida con general elogio por la crítica madrileña

duce en el primer acto, se desarrollan los otros dos restantes. Los locos en su oficio de cuerdos reciben a los visi-

pruebas de un ingenio y de un humorismo acaso un poco mortificantes, pero... cosas de locos. Dicen que el diálogo es fluido y tan natural, que lo consideran como uno de los méritos más relevantes de la farsa.

—¿De modo que, naturalmente, todo el interés estriba en lo que los locos dicen a los cuerdos?

—Exactamente, y en alguna escena grotesca, a las que yo tenía gran pánico, sobre todo a una, y que fué, precisamente uno de los pasajes más afortunados de "Tarari".

—¿Cuál es?

—Aquella en que el loco que hace las funciones de médico del establecimiento trata de amputar una pierna a uno de los cuerdos, que se ha puesto enfermo. Este se queja de que le duele una pierna, y el loco, con atribuciones de cuerdo, le asiste y le dice: "Mire usted, amigo; los médicos de ahora no saben una palabra de lo

que se traen entre manos, bien es verdad que no lo supieron nunca. Yo he dado con la verdadera aguja de marear en medicina. Usted cree que la pierna que le duele es ésta; también lo creería un médico de esos que andan por ahí si le asistiese. Pues no, señor; a usted la pierna que le duele es la otra, de modo que como es la otra, hay que amputarla y la amputaremos.

—Calcule usted — sigue diciendo Valentin Andrés — el terror del paciente al ver que el loco prepara todos los instrumentos para amputarle la pierna sana. Y discurrendo el cuerdo, logra engañar al loco con su misma teoría, diciéndole: "¿Pues sabe usted que me ha convencido? Efectivamente, todo lo que yo creía es justamente lo contrario, lo que quiere decir que es una teoría de un gran resultado, por lo cierto. Así, pues, usted suponga conmigo que era yo el enfer-

Madrigal de mujer

*La fortuna le dió su raro privilegio,
Van sus cadenas árcas y tus manos prendidas.
Tu belleza embellece su raro sortilegio...
y tu ambición revela que es poco aun, mi vida!*

*Los honores doblaron en reverencia grave
su multitud de frentes a tu veneranda grava.
Besó tus pies la gloria con su gran beso suave
y tu ambición revela que es poco aun, mi vida!*

*En tus venas elásticas, la sangre azul circula,
Ni una gota bastarda halló en ellos cabida.
Tu escudo en campo azul, al de un infante emula
y tu ambición revela que es poco aun, mi vida...*

*Alabardas ha puesto, en tus cuarenta años,
la juventud, para salvaguardar erigida
tu frente, donde no hay sarcos de desengaños...
y tu ambición revela que es poco aun, mi vida!*

*¡Oh! y la belleza que claró el sol en tus ojos
y la luna en tus dientes, esa luz desvaída,
y el día moribundo en tus cabellos rojos,
y la potente eucina en tu pecho, mi vida...*

*Mi corazón estrajo tu mano despiadada,
y me es dulce y miel esta mortal herida.
Mujer, cómo una niña me muero curada
y tu ambición revela que es poco aun, mi vida!*

Maria Monvel

— que llegan al manicomio y surgen divertidas escenas que se deslizan en una naturalidad y sencillez inesperadas, en las que los locos dan

mente lo contrario, lo que quiere decir que es una teoría de un gran resultado, por lo cierto. Así, pues, usted suponga conmigo que era yo el enfer-

P O R
E M I L I O
G A R C I A
D E P A R E D E S

(VALIEDA) noviembre de 1929.



mo y consiguientemente al que había que operar, y es todo lo contrario; el enfermo es usted y voy yo a amputarle la pierna que, sin usted saberlo, tiene enferma". Pues esta estratagema fué una explosión de aplauso; el público había penetrado en la enjundia de la farsa y celebraba sin reservas su humorismo.

—¿Y cuándo la veremos representada en Asturias?

—Hasta febrero será materialmente imposible. Ahora estoy concediendo las exclusivas para provincias. Margarita Robles y Valeriano León han firmado ya sus respectivos contratos para representar "Tarari" en su tournée artística, y ahora, cuando regrese a Madrid, ultimaré los demás contratos con otras compañías que me piden la obra.

—¿Del extranjero recibió pedidos?

—En diciembre se estrenará en Portugal y puede que simultáneamente en Italia, teniendo anunciado envío de proposiciones de Francia, Alemania e Inglaterra. En cuanto a América, creo que Buenos Aires será la primera capital americana donde se estrenará "Tarari", probablemente por la compañía de Irene López Heredia, que tanto gusta del teatro vanguardista.

—¿Tiene en preparación alguna otra obra teatral?

—Sí; estoy a punto de terminar un drama, pero de esto será mejor no hablar hasta que lo haya terminado.

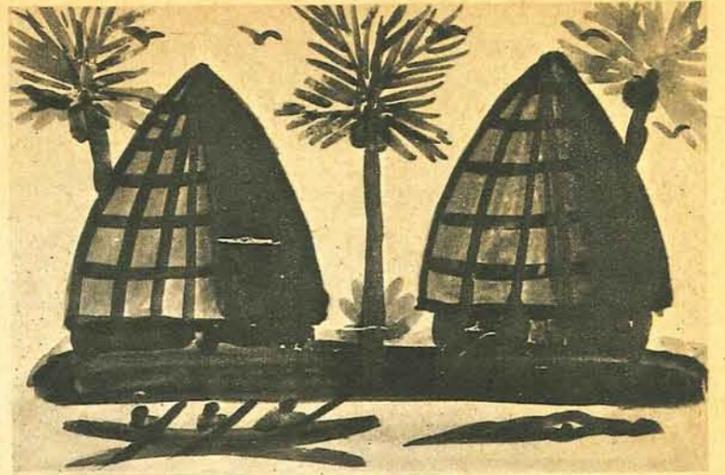
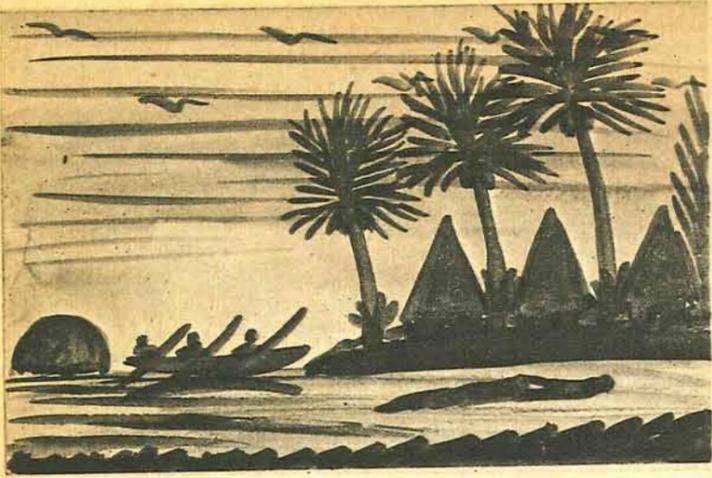
—Discrepo de esa opinión, amigo Valeriano; pues ya en el terreno de las confesiones sinceras, no debe usted regatearme ésta que, en fin de cuentas, no es sino un complemento obligado de lo que venimos hablando.

—En cierto modo, tiene usted razón. Pues mire usted, se trata, como le dije, de un drama en cuatro jornadas que llevará por título "Más allá del gran viaje". Es un muchacho tan parecido en lo físico y en lo moral a su padre, que la mujer de quien se enamora llega a corresponderle precisamente por aquella asombrosa semejanza, y cuando lo advierte el muchacho se plantea su terrible problema, pues él quiere ser amado por sí mismo, con exclusión del recuerdo que en ella despierta constantemente el parecido entre padre e hijo. Y cuando le suplica que desheche aquella semejanza y le ame sólo a él, ella le dice: "Es imposible, porque tú no eres tú, sino tu propio padre que sobrevive en ti y a quien yo amo".

—¿Y el desenlace?

—Perdóneme que lo reserve; aun no he decidido cuál ha de ser y podría cambiar el que tengo pensado. Naturalísima la reserva, agradeciéndole a Valentin Andrés, en nombre de LA NACION, sus amables atenciones y me apresuro a redactar estas cartillas, en mi deseo de no demorar su publicación.

EL
DESTINO
MELANCOLICO
DE
ABDOULAYE
ZAMBA
POR
ENRIQUE
MENDEZ
CALZADA



A llegada de Abdoulaye Zamba a Buenos Aires y su permanencia en nuestro país, tardarían poco en convertirse en hechos indemostrables, aunque rigurosamente históricos, si no nos apresuráramos a reparar esa fatal injusticia. Nadie, que sepamos, se ha ocupado de él hasta ahora entre nosotros. Abdoulaye Zamba, ciertamente, no es uno de esos personajes que ofrecen al "reporter" abundante materia prima, y ni siquiera es seguro que su modestia se allanase al reportaje. Este caballero, que ha venido a nuestro país sin ninguna misión especial, sin ostentar carácter oficial alguno, produce desde el primer momento la impresión de un hombre ajeno a toda clase de vanidades. Probablemente no se siente rebajado, no se siente disminuido viajando como viaja en calidad de agregado a una "troupe" de gentes de su misma raza, de su mismo color. Nosotros adivinamos en él un alma de pequeño filósofo, y queremos hilvanar una ligera glosa en torno a su destino melancólico de artista trashumante.

Uno de los dibujos del original artista negro: La aldea de Kyabé, a la puesta del sol

Le hemos conocido una de estas noches sofocantes de fines de diciembre. Sobre una tarima que circunda un precario seto de ramas, las "negras del plato"—ocho estatuas de ébano sudoroso—, marcan, hieráticas,



Abdoulaye Zamba, "artista pintor", sorprendido por el objetivo ante su mesa de trabajo

los pasos de su danza primitiva, con algo de perritos sabios que alargasen en el hocico la pandereta de los donativos. Frente a ellas—frente a la fila cerrada que forman—tres negrazos atléticos, formidables, golpean sus extraños instrumentos. Un cuarto negro, inactivo, fuma cigarrillos ingleses y, envuelto en un cobertor gris, tirit materialmente, con esta temperatura de treinta grados centígrados, a un paso de los espectadores blancos que se derriten de calor, que se abanicán con sus sombreros de paja, en trance de congestión. El cua-

La residencia del jefe "zara", en Kyabé, a orillas del Baha-Keita, afluente del Chari

dro desborda sugerencias tropicales: sugerencias visuales, auditivas. Hay, en torno, un despilfarro de paja, que imita pasablemente el bambú de las chozas palustres del lejano, del problemático Tchad. La luna es una gran tachuela de plata en la bóveda azul de un cielo sin nubes. Es, positivamente, la luna de siempre, la luna familiar, la de los poetas de Buenos Aires, "nuestra luna", si así puede decirse; pero no hace falta ser demasiado imaginativo para encontrarla transformada, distinta, sobre aquella decoración del más puro estilo negro. Se nos ocurre que es una luna exótica colocada allí ex profeso para completar el cuadro; tal vez una verdadera "luna del plato". La cúspide, nevada de luna, de la montaña del Parque Japonés, asomando sobre el seto facticio de bambú hipotético, no sólo no destruye el encanto de la escena exótica, sino que viene a completarla; y si el espectador prescindiera de los grandes letreros de tubos de Geissler que en el cercano Paseo de Julio anuncian alguna marca de cigarrillos, alguna ominosa bebida sin alcohol; si prescindiera de la gran manga de luz de un faro para aeroplanos, que riega el cielo a exactos intervalos, que lo limpia de inexistentes nubes, automática como ese aparatito que se acopla al parabrisas de los automóviles—si prescindiera de todo eso, decimos, poco le costará sentirse transportado a alguna remota isla perdida en



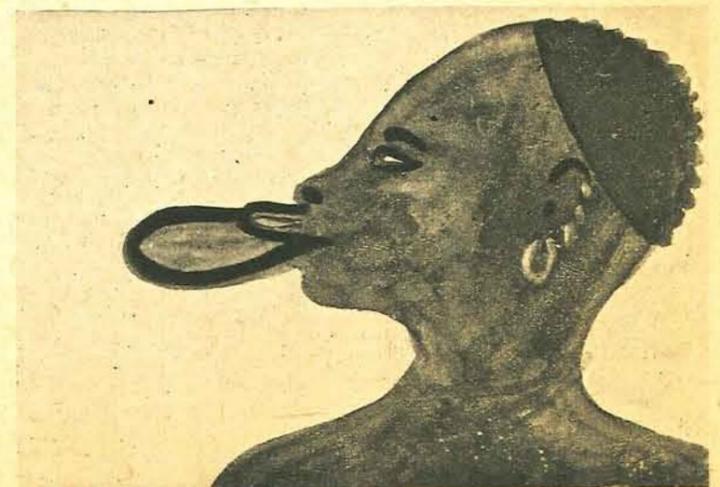
Chozas y palmeras: otro de los dibujos de Abdoulaye Zamba



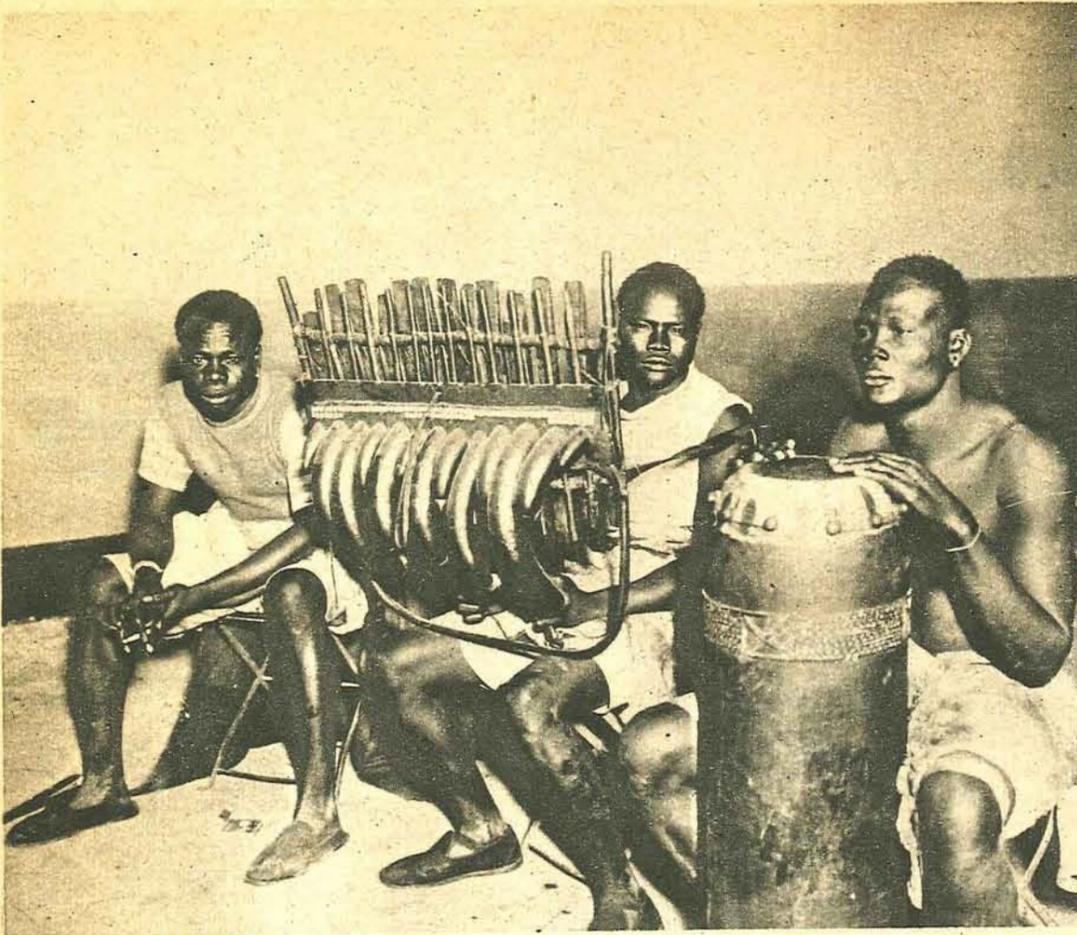
La pesca del caimán, en aguas del Baha-Keita



La montaña es nada menos que un gigantesco hormiguero de "termites", a cuyo pie se levanta una pequeña aldea



Guetika, sacerdotisa de "Las mujeres del plato", tal como la ha visto Abdoulaye Zamba



La reducida orquesta que acompaña a "Las negras del plato": Gatta, el Bohemio, virtuoso del "tam-tam", y Kossi, el Trovador, considerado como un excelente tocador de "balafón". A la izquierda, en la fotografía, Nabia, director de la "troupe"

El "tam-tam" se construye ahuecando una porción del tronco de una palmera "doum". La membrana sonora es nada menos que la piel de una oreja de elefante

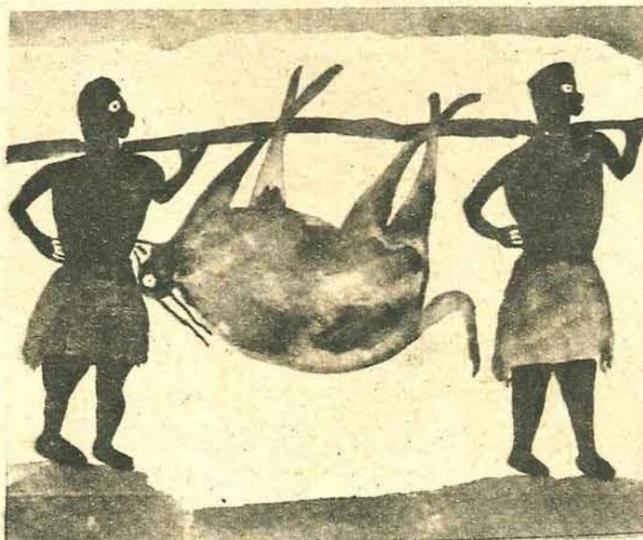
los mares del trópico. Al cabo de diez minutos, comenzará a experimentar el vago temor de haber perdido todo contacto con el mundo civilizado; y, semejante al desventurado protagonista de "The Emperor Jones", el ruido monótono del tam-tam acabará por exasperarle con su obsesiva insistencia de pesadilla.

Por fortuna, estarán allí, para disipar toda inquietud, unas cuantas personas perfectamente caucásicas, contemplando embebecidas el ir y venir de las ocho Venus acabadas de salir del chocolate; estará acaso allí, formando parte del público—nosotros, al menos, tuvimos la suerte de que estuviésemos—, un simpático Brummell negro, de lentes, de sombrero gris, de cuello palomita, de bastón de malaca. El espíritu del espectador se sentirá entonces perfectamente tranquilizado. Tendrá la evidencia de no haberse alejado del Congreso Nacional más de lo que aconseja la prudencia.

A pocos pasos de la tarima en que evolucionan las negras, en que percuden los negros su balafón y su tam-tam, tiene instalado Abdoulaye Zamba su somero "atelier". Abdoulaye Zamba se titula, modestamente, "artista pintor". Tiene ante sí un pequeño arsenal de pinceles, de botecitos de pintura. Abdoulaye, en efecto, es algo más que un hombre de color: es un hombre de colores. Con esos colores, va cubriendo, una tras otra, pequeñas hojas de cartulina, indiferente al rumor monótono del tam-tam. Es, presumiblemente, a juzgar por su pelo totalmente blanco, un hombre de edad proveya. Toca su cabeza un rojo fez. Hay una gran dulzura, hay una gran suavidad en sus modales, en sus gestos. Habla un excelente francés colonial, probablemente el mejor francés que se hable en el remoto Tchad.

Los dibujos coloreados de Abdoulaye Zamba desconciertan

tan un poco en el primer momento, pero no tarda en revelarse su gracia primitiva. Como lo primero de que nos enteramos es el precio de los trabajos—veinte centavos la pieza, con descuento de un céntimo en estampillas de las Posesiones Francesas del Africa Ecuatorial—un involuntario movimiento del espíritu nos induce a desdeñar las dotes artísticas de Abdoulaye Zamba. Ciertamente, en los últimos años hemos visto y oído alabar como geniales creaciones cuadros o dibujos que un marcado aire de familia emparenta con los de Abdoulaye Zamba; y a los lectores de M. Camille Mauclair nos consta que esos hechos, repetidos de una manera al parecer sistemática, como respondiendo a un plan perfectamente preconcebido, vienen causando al eminente crítico hondos desazones. Pero en todos esos casos, no nos hemos encontrado solamente ante un cuadro o un dibujo desconcertantes por lo antiestético, por lo inarmónico, sino también ante una mercadería de subido valor comercial. Nadie ignora que en esta gloriosa época el precio de las obras de arte suele estar en relación directamente proporcional con su fealdad. Por eso, justamente, cuando en una exposición nos encontramos con alguna de esas cosas raras que es obligatorio encontrar "muy interesantes", ya nos imaginamos que aquello debe costar un Perú. Los dibujos de Abdoulaye Zamba—debemos reconocerlo—no son cosas lo bastante raras como pa-



"Regreso de la caza": uno de los cuadros expuestos en la galería Girard por Lubaki, el pintor negro que empieza a hacer furor en París

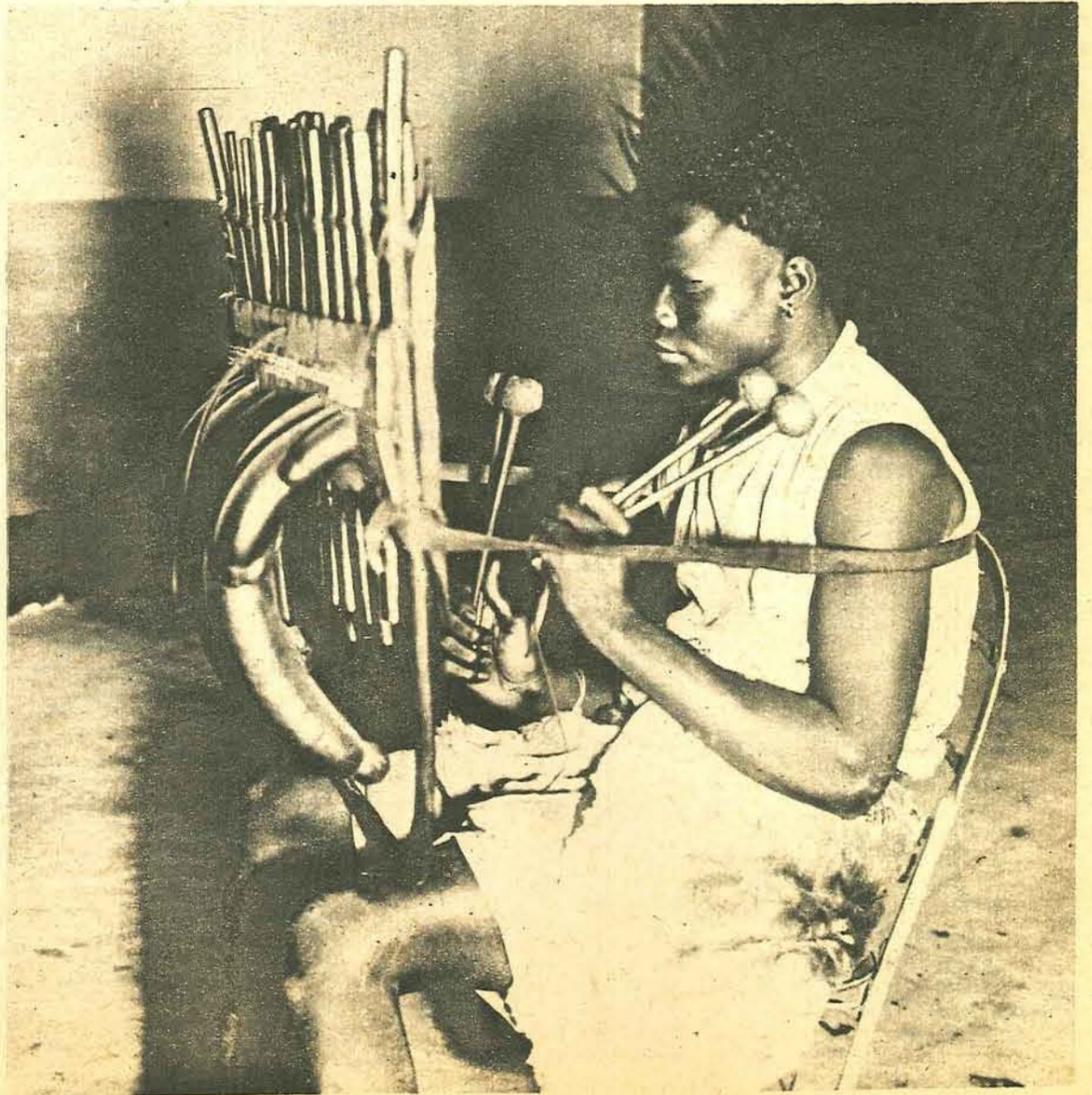
ra desconcertar a nadie, pero pertenecen indiscutiblemente al arte negro, y lo primero que a uno se le ocurre pensar es que deben costar mucho, que Abdoulaye Zamba debe ser algo así como el Josephine Baker del dibujo. Entretanto, nos enteramos en seguida de que no cuestan mucho, de que cuestan muy poco; de que son regalados, como si dijéramos. La comprobación nos deja desolados. No concebimos un arte verdaderamente grande a veinte centavos la postal, con descuento; y estamos a punto de alejarnos, defraudados, de la barraca de Abdoulaye Zamba. Es entonces cuando en el fondo insobornable de nuestro espíritu se levanta una voz honrada y justiciera, a cuyo influjo reaccionamos contra aquel impulso y nos detenemos con interés ante las postales coloreadas de Abdoulaye Zamba; ante esas postales donde se estilizan aspectos típicos de la vida en la "jungla" africana: escenas de caza y de pesca, pequeños caseríos indígenas perdidos entre los ríos inmensos, poblados de caimanes, y los bosques impenetrables, poblados, como en el drama de O'Neill, de "menudos terrores nocturnos".

Pensamos, entonces, que sobre este hombre obscuro—pues pocos hombres habrá más oscuros que Abdoulaye Zamba—pesa un destino adverso e injusto. Un hombre blanco, M. Paul Colin, cobra a un primitivismo falsificado, un arbitrariedad primitivista sorprendido en la rue Blomet. Entretanto, este buen Abdoulaye Zamba, que nos ofrece un primitivismo de primera mano,

un "art nègre" inofensivo, una mercadería noble, en suma, necesita exhibirse en una especie de barraca ferial, necesita excitar por ese medio la compasión pública para poder colocar sus acuarelas al precio de veinte centavos, y todavía regalar una bonita estampilla del Tchad.

París acaba de descubrir en Lubaki—un hombre de la raza de Abdoulaye Zamba—a un nuevo genio del color y del dibujo, que enloquece a los críticos de vanguardia "con su arte instintivo y extraordinariamente puro". Hemos visto reproducciones de los trabajos expuestos por Lubaki en la galería Charles-Auguste Girard y, francamente, nos quedamos con Abdoulaye Zamba, aun cuando sólo sea por aquello de que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Admitimos la posibilidad de que la gloria de Lubaki llegue a eclipsarle el sol a Foujita, ese japonés que se ha puesto los anteojos de carey de Harold Lloyd; pero seguiremos a Abdoulaye Zamba con nuestra simpatía y con nuestra esperanza. ¿Quién sabe si no le aguarda todavía la celebridad internacional, quién sabe si no conocerá aún las cotizaciones fabulosas! A lo mejor, todo depende de que se encuentre a mano un "marchand" providencial. Por de pronto, nosotros hemos adquirido un buen lote de postales de Abdoulaye Zamba. Si hemos hecho una buena inversión de capital, si la mercadería se valoriza, tanto mejor; si eso no sucede, guardaremos siempre esas escenas del problemático Tchad como guardamos esos números de las rifas de beneficencia que han debido sortearse hace ya años, sin que hayamos podido averiguar el número premiado, sin que sepamos siquiera quién diablos vivirá a estas horas en "nuestro" chalet, quién diablos andará por ahí paseándose en "nuestro" automóvil.

El rey del "balafón", complicado instrumento que se construye con láminas de "teck"—una madera preciosa de los bosques ecuatoriales—y cuyas cajas de resonancia están hechas con unas calabazas de la región del Tchad. Las membranas vibrantes son películas extraídas de la piel de las serpientes

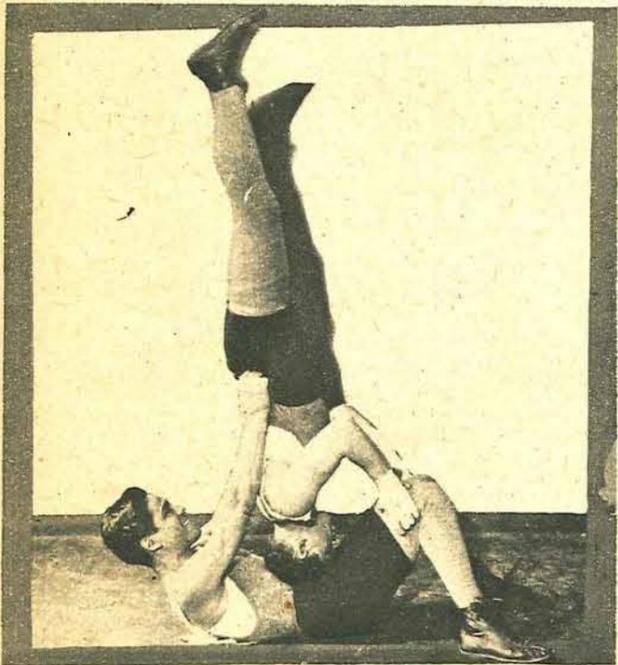




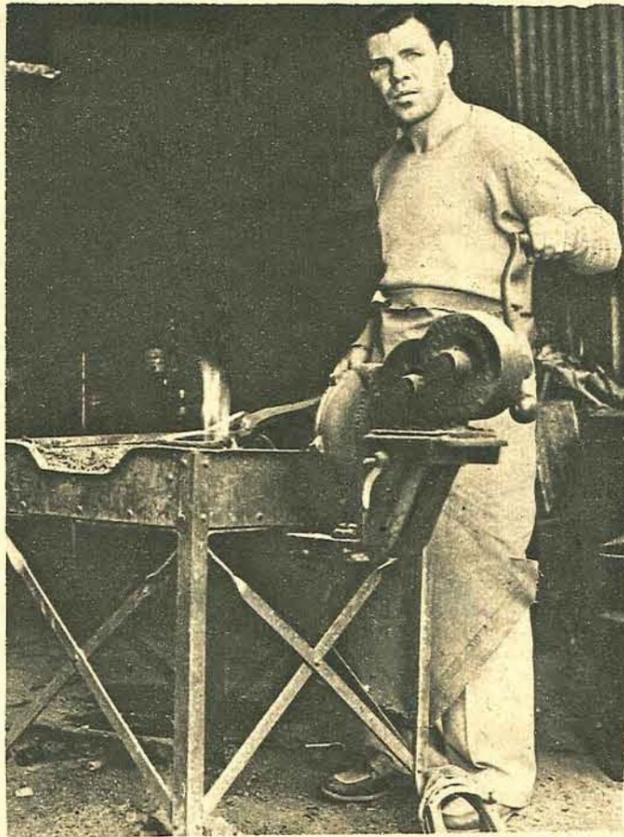
Un grupo de aficionados concurre a saludar a varios de los mejores tennismen del mundo a su partida para una gira por diversos países. De izquierda a derecha: Cochet, Sra. Cochet, Landry, Rodel y Brugnon. Sentado en el suelo: Jean Borotra. A la derecha puede verse al presidente de la Asociación Argentina de Lawn Tennis, don Horacio Bustos Morón (hijo), quien fué a saludar a los viajeros



Trofeo Presidente Hoover, que fué ganado por la tripulación alemana que se adjudicó recientemente la carrera de yates de 30 metros, corrida en Marblehead, Massachussets. La tripulación estaba compuesta por Richard Spelling, William Raatsch y Henry Rasmussens



El entrenamiento de los boxeadores también requiere, a veces, la realización de poses acrobáticas. En el suelo, la estrella chilena del boxeo, Estanislao Loayza, en una "posición muy rara para él". Aquel con las piernas levantadas es Sammy Dorfman, un peso pluma del Este



Sport Extranjero

Como una fase de su entrenamiento, Mickey Walker, el campeón mundial de peso mediano, incluye algunos trabajos propios de un herrero. Según lo manifiesta el propio Walker, esta labor le "permite mantener los músculos como el acero"

Una muestra del gran entusiasmo que existe en Gran Bretaña por el tenis entre el elemento joven es esta fotografía, obtenida al iniciarse el campeonato para juniors en Brinton-on-Sea. Más de cien competidores corrieron a través de las canchas antes de iniciarse la disputa del torneo



DOS JAPONESES TIMIDOS POR AGOSTINHO DE CAMPOS

(Para LA NACION) LISBOA, noviembre de 1929.

LO recuerdo haber tratado de cerca más que a dos japoneses, y ambos eran muy tímidos.

A uno de ellos, Yomaguchi, lo encontré hace treinta y cinco años en Hamburgo, y ambos éramos visitantes muy asiduos en casa del cónsul general de Portugal, el viejo y excelente Francisco Van Zeller.

Yomaguchi había llegado hacía poco a Alemania, y la única lengua europea que entonces hablaba corrientemente era el francés. Tenía poco más de veinte años, como yo, y había sido recomendado al cónsul de Portugal por un colega de éste, el escritor Wenceslao de Moraes, que entonces desempeñaba el consulado portugués en Kobe, Japón, y que hace poco falleció allí enteramente japonizado, a punto de que el ilustre crítico literario Fidelino de Figueiredo dió este título significativo al ensayo que le dediqué: "El hombre que cambió de alma".

Yomaguchi frecuentaba la Gevoerschule, o Escuela Industrial de Hamburgo y dibujaba bonitamente. Un día le pregunté, por curiosidad pedagógica, cómo se enseñaban en el Japón los principios del dibujo, y el joven estudiante me respondió lo siguiente:

—El profesor nos manda dibujar, por ejemplo, un ratoncito, y nosotros dibujamos un ratoncito.

—¿Es así cómo se comienza?

—insistió yo.

—Así es como se comienza—respondió Yomaguchi.

Y yo me quedé sin poder comprender cómo es que los niños japoneses principian a aprender dibujo—a no ser que ya nazcan sabiéndolo, lo que es muy posible en aquel gran pueblo que ya cuenta milenios de civilización artística.

Ocurrió que una noche, éramos muchos los presentes en el salón de madame Van Zeller, y entre la asistencia se contaban Yomaguchi, mademoiselle Cor, la madre de esta señorita y yo.

Mademoiselle Cor era francesa y había nacido en Constantinopla. Tenía, como se ve, un nombre feo, pero era muy bonita, de una belleza oriental, que le imprimió quizá el lugar de su nacimiento, pues sus padres eran francamente occidentales o europeos. Mademoiselle Cor cantaba muy bien. Y mi amigo Yomaguchi, que dibujaba tan bien, no entendía nada de música.

Muy tímido, el joven japonés se mantenía callado, aislado, contra una de las puertas del salón, o medio oculto entre los vanos de las ventanas. Habiendo notado esto, me dirigí al estudiante y le dije:

—¿Por qué no vas a conversar un rato con madame Van Zeller, que habla tan bien el francés y que está sentada sola en aquel sofá?

El pobre mozo siguió mi consejo y fué a sentarse junto a la dueña de casa, al mismo tiempo que madame Cor, sentada al piano, se preparaba para tocar, acompañando a su hija, que, de pie ante el teclado, tenía entre las manos un papel de música.

Yomaguchi se inclinó hacia madame Van Zeller y le dijo en voz baja y tímida este cumplimento:

—Cette soirée est charmante, madame.

Y la gentil señora, modelo de amabilidad y de bondad, le respondió en estos exactos términos:

—Si vous n'avez rien à me dire, ¿pourquoi venir auprès de moi?

Yomaguchi se estremeció, sonrió, se levantó del sofá y vino a hablarme.

—Me marchó inmediatamente, me dijo. Y me contó lo que le había pasado, con una cara todavía más pálida de la que Dios le diera y los ojos extraviados de un japonés que va a cometer el "harakiri".

Me costó mucho contener una enorme carcajada, completamente inoportuna, porque en ese preciso momento mademoiselle principiaba a cantar. Su voz dulce y cálida llenaba ya toda la sala, modulando "ipsis verbis" la frase horrible:

—Si vous n'avez rien à me dire, ¿pourquoi venir auprès de moi?

—¿Oyes, idiota?—le pregunté a Yomaguchi.

Y entonces le expliqué que madame Van Zeller era algo dura de oído y que, como él le había hablado en voz baja, y como mademoiselle Cor se estaba preparando para cantar, supuso que Yomaguchi le preguntaba el nombre de la pieza que iba a interpretar. La frase horrible era, en efecto, el título y el "leit-motiv" de una romanza muy en boga.

Espero que Yomaguchi viva todavía y que no haya tenido necesidad de cometer "harakiri" por algún motivo mucho más serio.

■ ■ ■

Al otro japonés tímido lo conocí en Seattle, en tiempos de la gran guerra. Seattle, en el Estado de Washington es hoy uno de los puertos más importantes de los Estados Unidos y del Pacífico. Situado en el extremo noroeste, sirve no sólo a esta región, sino también a la Colombia británica y al Canadá occidental. Además de esto, tiene fáciles comunicaciones marítimas con la China y el Japón.

Es sabido que en los grandes hoteles de los Estados Unidos no se acostumbra tomar el desayuno en las habitaciones. Todos bajan al comedor o al restaurante, y allí se hacen servir su café con leche o su compota matutina. Y otro buen sistema de los hoteles yankees consiste en presentarles a los clientes una lista conjunta de las cuatro comidas del día, de modo que en ella se pueden leer a cualquier hora todos los



PSIQUIS

Libre y perfecta,
Iluminada en su sonrisa clara,
Con los cabellos llenos de rocío,
Se levanta en el alba.

Sus brazos sienten la fruición del vuelo,
Sus pies emergen de la hierba tierna;
Le da la luz espiritual de arriba
Y la fragancia de la madre Tierra.

Limpia; serena, original, perfecta,
Será mujer o estatua.
Visible tiene, en las espaldas nobles,
Rudimentos de alas.

ROSA GARCIA COSTA

ILUSTRACIONES DE
JUAN CARLOS HUERGO

servicios de la mesa diaria, desde el primer almuerzo hasta la cena.

Me aconteció, pues, un día que estando tomando mi café con leche en el Astoria de Seattle, noté que estaba sentado, en una mesa próxima y frente a la que yo ocupaba, un japonés joven aun y muy bien vestido, con su chaqué negro de largos faldones y su pantalón obscuro listado, bien que aun no hubieran dado las ocho de la mañana.

Este japonés, tan bien puesto de ceremonia a hora tan matutina, tenía en su rostro la expresión de una persona muy afligida, y seguía con miradas curiosas y ansiosas todos los movimientos de los criados que servían a los demás huéspedes, y que a él no le daban nada de comer.

La confusión del pobre hombre era tan manifiesta, que mi atención se fijó en él, y no podía perder uno solo de sus gestos, tratando de comprender aquella situación, que duró largos minutos: un cliente que evidentemente tenía mucha prisa o necesidad de comer, al que nadie servía nada, y cuya fisonomía indicaba, no fastidio o indignación, lo que sería explicable, sino ansiedad y terror.

Por fin la escena cambió: un mozo se acercó y puso sobre la mesa del japonés una gran fuente metálica ovalada, cubierta con una especie de cúpula de la misma materia. Levantada esta cúpula plateada, apareció debajo de ella una enorme langosta, completa, entera, con todas sus patas y antenas, tal cual como antes nadara en el mar o se arrastrara entre las peñas.

Pero este espectáculo no produjo ninguna agradable modificación en el rostro del japonés afligido y ansioso. Por el contrario: el hombre miró la langosta, no con el placer de quien iba a saborearla, sino más bien con una expresión de desdicha o martirio—expresión que le hubiera sentado mejor a una langosta temerosa de ir a ser devorada por un japonés.

Y, con todo, el japonés comenzó a comer la langosta. Pero, a medida que le iba quebrando las patas, y llevando a la boca el meollo que les sacaba de adentro, el extraño comensal hablaba consigo mismo, a media voz, diciendo siempre la misma cosa:

—¡Ach, Gott!... ¡Ach, Gott!...

Informado así de que tenía frente a mí a un japonés que hablaba alemán, lengua en que yo podría entenderme con él, y viendo que ese japonés se lamentaba de estar comiendo aquello que él mismo sin duda había pedido, comprendí que estaba presenciando una trágica comedia, cuya trama tuve curiosidad de conocer, tanto más cuanto que al mismo tiempo podría prestarle alguna cristiana ayuda a aquel hombre afligido.

Le dirigí entonces la palabra hablándole alemán, y vine así a saber su historia, conmovedora y muy simple. Sessu Tagimura estaba estudiando mineralogía en Gotinga, en Alemania, cuando estalló la guerra europea. Sessu Tagimura, que no sabía hablar sino alemán y japonés, y que tenía gran temor de que fuera a creérsele espía, así que salvó la frontera alemana y entró en el territorio de los aliados, resolvió declararse mudo. Jamás volvió a comunicarse con sus semejantes más que por señas, y, para alimentarse, en los hoteles y restaurantes por donde pasaba, se limitaba a poner al azar el dedo sobre este o aquel renglón de los "menús" que le presentaban y que él no podía comprender.

Así recorrió toda Francia; así llegó a Inglaterra; así hizo en el transatlántico en que viajó desde Southampton al Quebec; así se mantuvo en la larga travesía ferroviaria, de lado a lado de la América del Norte, entre Quebec y Seattle; así acababa de proceder en el restaurante del Astoria, pidiendo langosta a las siete y media de la mañana, en vez de pan y compota.

—¡Ach, Gott!... ¡Ach, Gott!...

Para mayor aflicción y complicación, Tagimura tenía que ir a tratar un asunto de familia, urgente e importante, en Tokio, y como las comunicaciones marítimas entre América y el Japón eran escasas y difíciles durante la guerra, cualquier atraso imprevisto en su largo viaje podía retrasarle en dos o tres meses la llegada a su patria. Por eso exageraba las precauciones a medida que se acercaba al Japón, y porque había oído decir que los americanos detestaban a los japoneses, cada vez enmudecía más y se alimentaba menos.

Así es que el desgraciado mineralogista venía pasando hambres, o combinando con su dedo ciego, en las listas de las comidas, que no entendía, los "menús" más estrambóticos. En la mañana anterior había almorzado pickles, vino tinto y té puro; y ahora estaba allí, luchando con una enorme langosta para poder desayunarse.

—¡Ach, Gott!... ¡Ach, Gott!...

Cuando yo le dirigí la palabra en alemán, Sessu Tagimura quedó asombrado de mi valor.

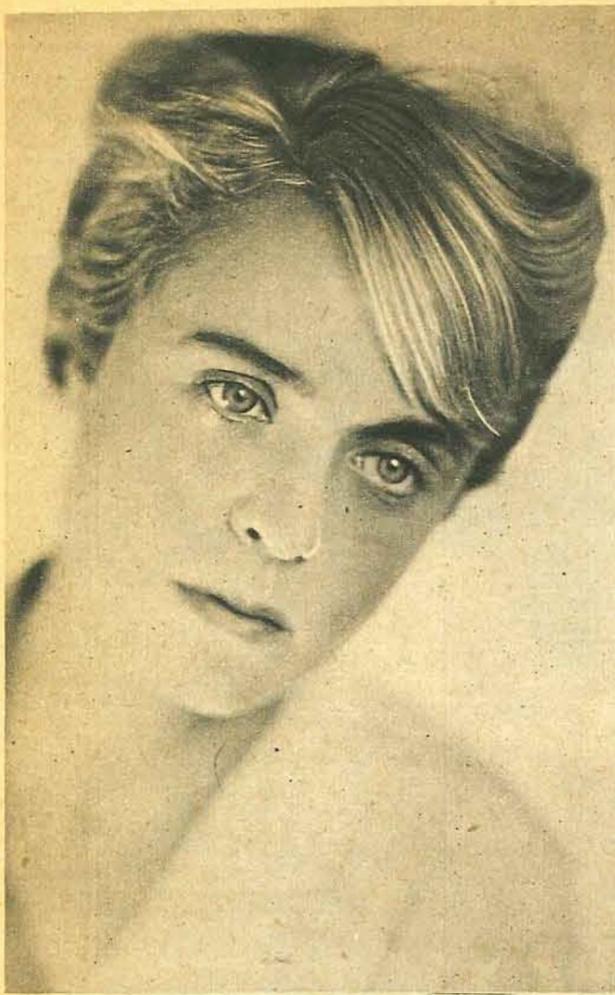
Le expliqué que en los Estados Unidos había millares de personas que hablaban alemán, solamente alemán, y que, a pesar de eso, no podían ser encarcelados como espías.

—Además—agregué—, usted mismo me denunció que hablaba alemán, diciendo varias veces delante de mí:

—¡Ach, Gott!... ¡Ach, Gott!...

El hombre me declaró entonces, asombrado y aterrado, que no sabía que hubiese pronunciado esa frase. Si la profirió, lo hizo inconscientemente, en la desesperación de no poderse alimentar como deseaba.

Y así fué como Sessu Tagimura, que no quería ser tomado por alemán, habló sin quererlo en alemán, además de tener, como le correspondía, una inconfundible cara de japonés.



Roura Balin, primera actriz de la compañía alemana de Urban, que actuará en esta capital en la próxima temporada

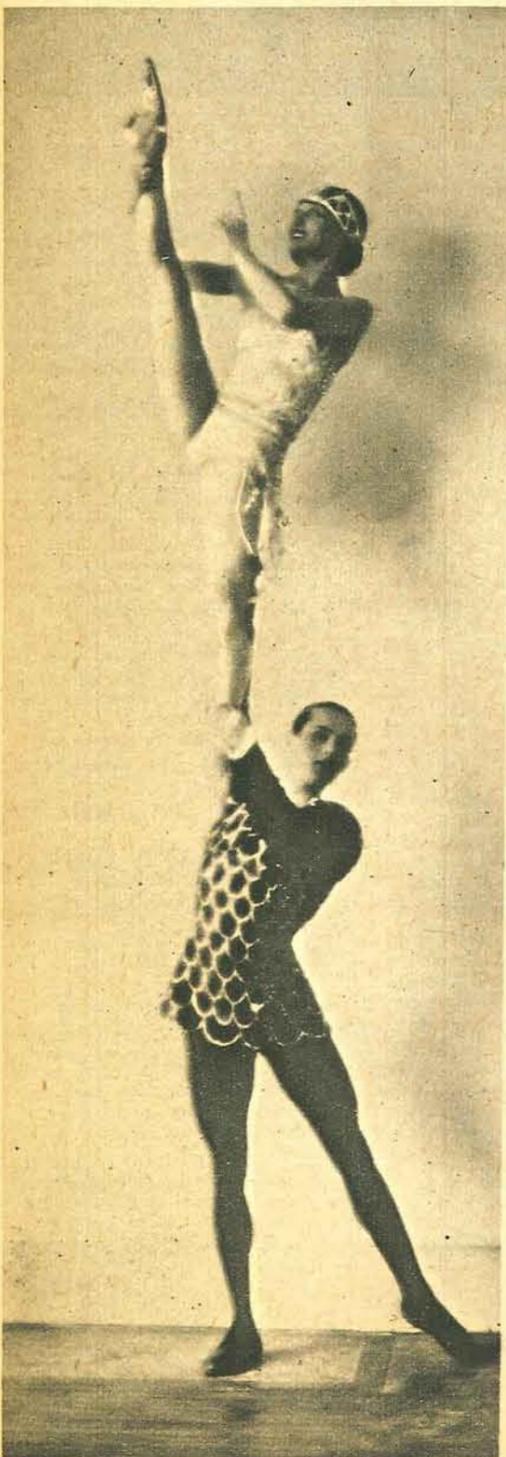


KODAK TEATRAL



Una de las figuras más populares del ambiente teatral, y, sin embargo, desconocida casi para el público: Luis Ghiglione, jefe de las "clagues" de los teatros porteños. Actúa hace más de 30 años. Las últimas instrucciones en una noche de estreno

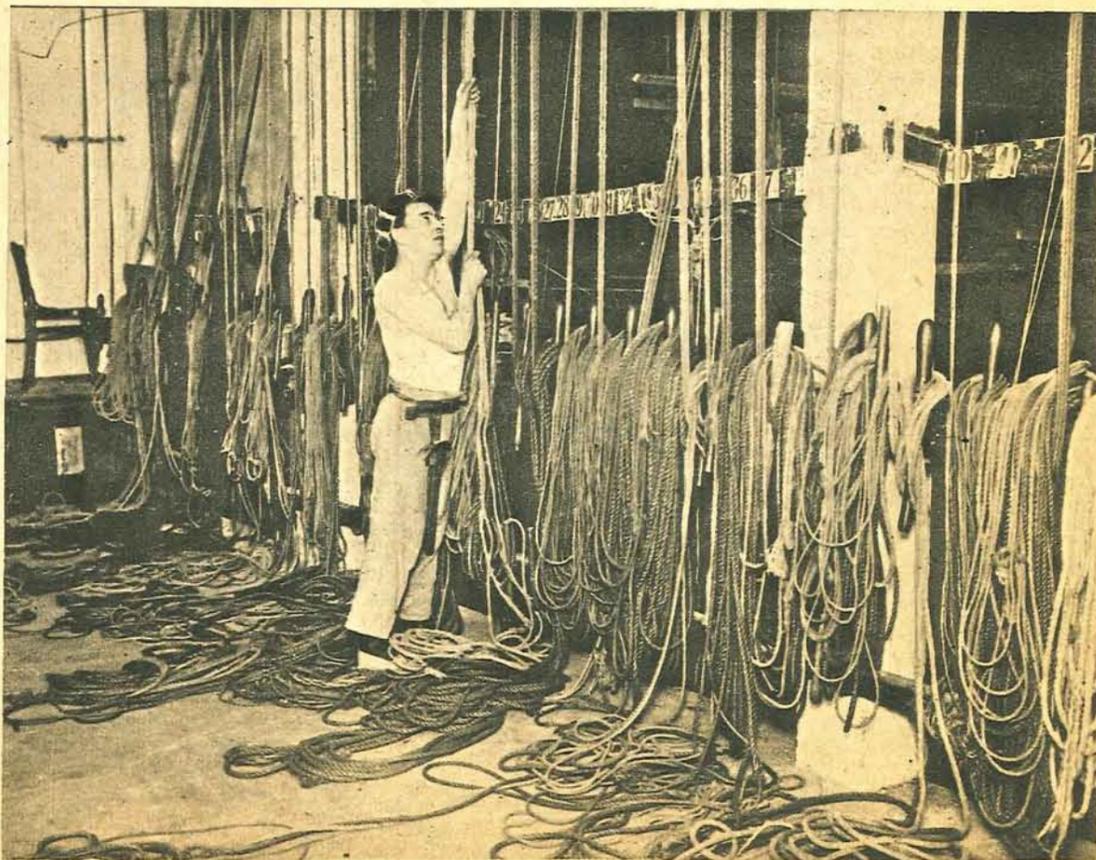
Las buenas obras para las "reprises" se encuentran en los quioscos. Enrique Arellano y Margot Segré ante el libretto buscado



Horam y Myrtil, los aplaudidos bailarines del Maipo



Chela Cordeiro, en "situación", en pleno hipódromo. A juzgar por la expresión, esta vez no hubo "furcio hipico"



Todo un laberinto de cuerdas que el maquinista del Marconi domina con facilidad



TIZIANO.—"VENUS"
(Museo del Prado)

VENEZIA, en la vida italiana del Renacimiento, representa el máximo hervor, el fausto más ostentoso, la prosperidad suma. Tiene sus guerras lejos y todas sus riquezas en casa. Alguien que lo sabía bien, Pedro Aretino, perfecto gozador de sus días, enamorado de Venecia hasta el punto de dejarse invadir por la melancolía más refinada en la mera contemplación de un anochecer, descrito precisamente en una carta dirigida al Tiziano en mayo de 1544, lo expresa, en otra, en 1537, enderezada a Francisco Bacci con estas palabras: "Hízome reír un florentino, el cual, como viene en una góndola ricamente aparejada una desposada bellísima, estupefacto ante los carmesíes, joyas y oros que relucían en ella, exclamó:

"¡Nosotros somos un montón de harapos!" Y no se engañaba, pues aquí las mujeres de panaderos y sastres llevan más pompa que las ricas hembras de otros países; ¡y qué rostros se besan y qué carnes se tocan! Grande ignorancia fué la del que primero buscó morada a Venus y Cupido en Cipris: "Aquí reina ella con todo el cortejo de sus hijos..."

"Ella regna qui": basta pasar los ojos por la sala del museo del Prado, consagrada a Tiziano Vecelli, en que están retratados emperadores, reyes y príncipes, para ver que entre todos resplandece con el imperio de su desnudez la diosa del Amor, a quien Pedro Aretino proclamaba señora de Venecia. No podía tener el museo madrileño representación más lujosa y cabal de la pintura italiana de asunto mitológico. Los ejemplares del Tintoretto y del Veronés—para no hablar de algún Parmigianino y de unas copias del Correggio—serían insuficientes para suplir a los Tizianos, y apenas necesarios los primeros con toda su hermosura,

para dar cortejo a este admirable conjunto.

Tenemos, en los cuadros del Tiziano, una representación de los asuntos mitológicos, tales como los refirió la fantasía del siglo de oro italiano, encarnados en lo que es al mismo tiempo reflejo de un vivir magnífico y encarnación de sus imágenes voluptuosas, prendida, como a pretexto incomparable, a la alegoría estudiada en el teatro de la antigüedad, que le revelaron, más todavía que las artes, las letras.

No se limita, ciertamente, a la pintura de mitologías la expresión de esa vida italiana. Todos los asuntos, aun la abundantísima pintura religiosa, le sirven para manifestarse en su grandeza y refinamiento. Desde el lujoso camarín en que la Virgen recibe el anuncio del Arcángel Gabriel hasta la terraza en que grandes señores, figurantes, siervos y músicos, arrancadas las bodas de Caná, arrancadas del más opulento festín veneciano, la vida de Italia palpita en los lienzos, se ilumina con los pinceles más ilustres; pero la inspiración en el asunto mitológico la completa y perfecciona de manera singularísima. Los dioses no han resucitado; han nacido otra vez.

Si en la escultura el genio de Donatello y de Miguel Ángel saltó por encima de la imitación, que fué quedándose agazapada para los días en que faltara el ímpetu inspirador de las nuevas creaciones, en la pintura faltaban los modelos del arte antiguo que hubieran podido trabar el libre movimiento de los más tímidos artistas. El estudio del natural para dar al hombre su rango trae esta floración soberbia que viene a formar el nuevo espíritu de las artes de Europa. Tiziano, y con él Giorgione

di Castelfranco, su camarada juvenil y su rival en las pinturas del Fódaco de Tedeschi, ocasión, según Vasari, de disgusto y apartamiento entre ambos artistas, son los jefes palatinos de esta Venus emperatriz dorada al sol de Venecia.

Giorgione, muerto en 1510, dejó una sola y estupenda ima-

la han de vestir. Y todavía el alma de este cuadro no es tan ardiente como la que se manifiesta en el reposo de "Venus recreándose con la música", cuyo tipo viene a corresponder, a través de los años, a la figura que ordinariamente se llama Ariadna en la "Bacanal", cuadro de juventud: ambos ofrecen un mismo contorno en las piernas y la mitad del cuerpo. La Venus es de 1545 a 1548. La "Bacanal" se pinta hacia 1518, es decir, treinta años antes.

Compañero este cuadro del que se titula, en el catálogo del museo, "Ofrenda a la diosa de los amores", pintáronse ambos para Alfonso de Este, Duque de Ferrara, y entraron en las colecciones reales españolas desde Felipe IV, a quien fueron regalados por el Cardenal Ludovisi. Un tercer cuadro de esta serie es el "Baco y Ariadna", que forma parte de la Galería Nacional de Londres y está inspirado en una poesía de Catulo.

Probablemente fué el Duque quien dió a Tiziano los temas, señalándole textos antiguos, que el pintor interpretó con fidelidad extremada de pormenor en la "Ofrenda", inspirada, como es sabido, en una de las descripciones de pinturas antiguas, reales o imaginarias, hechas por el sofista griego de la primera mitad del siglo II. Fabio Filostrato, en su obra titulada "Cuadros", o "Imágenes". No debió de creer Tiziano, al seguirle, que hacia pintura antigua, como lo creyó tal vez Botticelli al restablecer, según textos literarios, la "Calumniana", de Apeles, tan botticelliana como sus otras pinturas. Tiziano encontró motivo para crear una deliciosa galería de actitudes amorcillos en los innumerables amorficos que se agitan a los pies del simulacro de Venus; y olvidán-

dosele tal vez alguna demasiado descarada y familiar, la puso en el otro cuadro, en la "Bacanal", que corresponde, con menor sujeción textual, a otra de las descripciones de Filostrato; y una tercera le ha dado la idea de su Ariadna: "Vuélvete ahora a Ariadna—dice el sofista—y verás al Sueño mismo. Todo desnudo está el pecho. Tiene el cuello derribado, suave la mejilla. Expónese a la vista de todos la axila diestra, y la otra mano descansa sobre las vestiduras para que el viento no venga a revelar lo escondido. ¡Oh, cuán placido y suave su aliento, oh, Baco!"

El pintor, más poderoso que el viento temido por el sofista, ha tratado la figura con libertad; pero conocida la fuente de inspiración, no es posible dejar de advertir la semejanza de la durmiente descrita, con la pintada. El papel de música que una de las bebedoras tiene delante, en que está anotada una canción cuya letra también se lee, en francés, por cierto:

¡Qui boit et ne reboit
ne sait que boire soit!

transporta la escena en el tiempo, y le comunica una ráfaga de "Concierto campestre".

No podría soñarse mejor representación del arte de Tiziano joven en los asuntos mitológicos que la significada por estos dos cuadros. Tras ellos viene en el Museo de Madrid la "Venus recreándose con la música" (y su réplica de autenticidad dudosa, aunque tan fina en su paisaje, entonado como un tapiz, y en las ropas del lecho y en diversos puntos de ejecución). Ambos repiten, con el aditamento del músico, una composición del mismo carácter, conservada en el Museo de los Oficios de Florencia, donde la Venus, que tiene a su cabecera un amorcillo, como la dudosa del Prado, y a los pies un perro, distinto del que

(Continúa en la pág. 33)

TIZIANO EL PINTOR DE VENUS POR ENRIQUE DIEZ-CANEDO

(Para LA NACION) MADRID, noviembre de 1929

gen en la "Venus dormida", de Dresde, cuyo paisaje y una figura complementaria de Cupido, que la restauración ha hecho desaparecer, fueron obra de Giorgione. Tiene esta Venus de Tiziano, aparte de su excepcional valor propio, el interés de haber dado pauta a Tiziano para otra de sus Venus, la de la Galería de Oficios florentina; pero una y otra se diferencian en la sualidad.

Si el "Concierto Campestre", atribuido tanto tiempo a Giorgione, es de Tiziano, como se pretende con abundancia de pruebas, nada añade a la fisonomía esencial de Tiziano. La sensualidad, espíritu que se derrama de sus cuadros de asunto mitológico, lo mismo de los juveniles que de los realizados en edad avanzada, convierte la cándida criatura, totalmente desnuda, sin el más leve adorno, que reposa al aire libre en Giorgione, en la matrona tendida en su lecho, enjorjada y comenada a trenzar el cabello, en espera de que sus azafatas elijan las prendas que



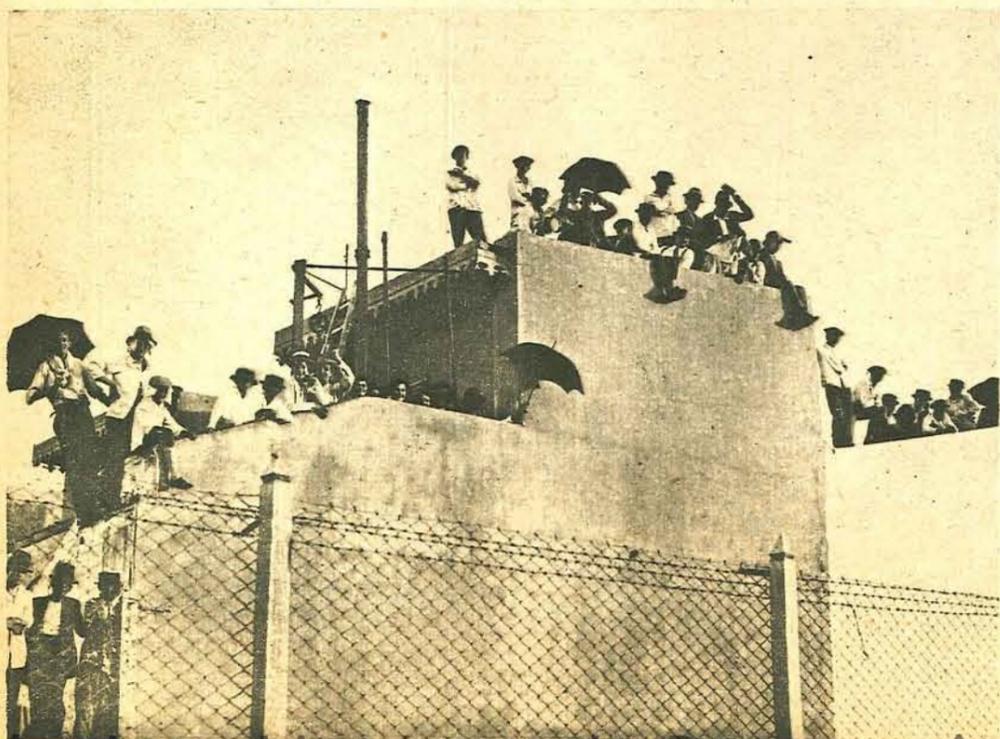
Muy a menudo la lucha entre varias embarcaciones ofrece momentos interesantes. Uno de nuestros fotógrafos ha sorprendido al Cautére, al Yagán y al Querandí navegando en una misma línea durante una regata reñida

MARCA PORTIVO

La Asociación Amateurs tiene un nutrido cuerpo de fiscalizadores para evitar que la gente vea los partidos sin pagar, pero hasta la fecha no ha podido evitar que el vecino "complaciente" rebaje un poco el precio de las entradas



El goalkeeper suele ser el mimado del público en las canchas de barrio. He aquí un grupo de niñas "dando de comer al hambriento" durante el intervalo





la distancia de los años, que, sin ser muchos, a nosotros que la vemos de lejos nos parece que ya fueran esfumándose, surge, de cuando en cuando, la imagen espectral de la Gran Guerra. Surge, sobre todo, cuando algún escritor nos envía, todavía envuelto en humo y lodo, su libro sangrante, o un autor nos hace llegar, encendida, su apasionada arenga escénica. Y ha surgido estos días con más fuerza que nunca, con motivo de un libro de repercusión excepcional. En realidad, en los anteriores, el recuerdo trepidante de la contienda no pasaba del grupo reducido de los que leen, y de los que leen los contados ejemplares que se adquieren en las librerías extranjeras. Pero este último ha ido mucho más allá. Ha llegado, directo, a la masa del público, a través, como es imprescindible, de las malas traducciones, en una edición apretada y ordinaria, al infimo precio que hace falta para que todos se crean en la obligación de leer. Es, como ya lo habréis supuesto, ese libro que se ve en todas las vidrieras, se vocea a todas horas, se ha dado en ensalzar como una cumbre de vida palpitante, de pintura exacta y fuerte, que se titula en la versión española "Sin novedad en el frente", y en la original alemana, traduciéndolo, más o menos, "Todo tranquilo en el frente Oeste", de Erich Marie Remarque, de quien no conocía ni el nombre hasta verlo escrito sobre la carátula de este libro. Pocos libros han tenido un éxito tan rápido y una extensión tan popular, y no lo ha tenido comparable ninguno de los salidos de la ertraña incandescente de las trincheras, ni siquiera "Le feu", de Barbusse, no obstante el nombre ya conocido de su autor y la época, más inmediata, de su aparición. De ningún libro se ha hablado tanto, con laudatoria tan incondicional, tan ditirámica, con tan dilatada tirada popular, como de esta novela, "Sin novedad en el frente", que se ve en todas las vidrieras y se vocea en las calles céntricas, trayendo, a través de los años de convaliente paz, la imagen demacrada de las trincheras, que se oye pregonar por los vendedores y cruza rápida, como una visión de hierro, en la tarde apacible, por la arteria alegre y rumorosa.



Fui a leer, como todos, el libro de que todos hablaban. No logré contagiarme del entusiasmo general, a pesar de que hallé en él muy apreciables valores. Había oído, comparándolo con la obra más semejante, estas dos opiniones encontradas:

—Es una repetición de "El fuego".

—Es infinitamente superior a "El fuego".

De las dos, disminuyéndole un poco su aseveración absoluta, me quedo, francamente, con la primera. Si no es una repetición, es muy parecido a "El fuego", con bastantes años de posteridad. Se le asemeja mucho en sus detalles, pero carece de la grandeza que da, de pronto, a la amplitud de un cuadro, la paleta más vigorosa de Barbusse; de la facultad de apoderarse de la multitud y mover las masas, de hacer desfilar miles de hombres en el brochazo de dos párrafos; del resplandor que a veces despierta sobre las ruinas del combate, abriéndose paso entre el humo de los cañones y las nubes del cielo, para poner una débil luz que dibuje más nítidos los contornos sombríos. He notado que a las personas les ocurre con los libros lo que a los niños con los juguetes: que se entusiasman con el último que les traen. Un chico tira un juguete costoso por tomar, ávido, uno de veinte centavos. Y lo mismo le pasa a la gente con los libros. El último es el que más deslumbra. "El fuego" ya es cosa juzgada. Hoy toca entusiasmarse con "Sin novedad en el frente" y decir que es muy superior a "El fuego", para probar hasta dónde se ha sentido en su ambiente la cerante y hasta dónde se le sabe apreciar en su arte moderno y rápido, directo y sin artificios. Así creen que deben hacerlo. Pero no creen del todo bien. Entre "Sin novedad en el frente" y "El fuego", con ser tan parecidos, no hay comparación posible. O por lo mismo que el parecido es tan acentuado resulta más fácil percibir la superioridad de uno sobre otro. Podría concretarse fácil y brevemente explicándola de esta manera. "Sin novedad en el frente" es el diario de un soldado, escrito por un soldado; "El fuego" es el diario de un soldado escrito por un artista. Crecí de entre la visión de un soldado y la de un artista, no se puede dudar. Aquella podrá ser muy fotográfica; pero es-

LA GUERRA SIN LIRISMO

ta es infinitamente superior. Otro de los cultos del "snobismo" es el de la fidelidad. Ahora quieren que las cosas se pinten exactamente como son. Pero esto, como todo lo "snobista", es de una graciosa ingenuidad. Es deseable que al pintarse un ambiente se le haya visto con penetración y se le refleje con verdad; pero en uno y otro momento la pintura será una chata fotografía si no la anima un soplo de arte. Remarque, como soldado, es un soldado más que inteligente. Podría afirmar desde aquí que era el soldado más inteligente de su compañía. Sabe ver las cosas, pulsar los sufrimientos, reflejar los dolores; y hasta le sale, de cuando en cuando, una imagen relativamente gráfica. Pero en la arquitectura de su libro y en los giros de su prosa, aun descontando los errores de la traducción, sólo comparables a los de la guerra, bien se echa de ver que no es un artista, sino un hombre con inteligencia evidente y con una sensibilidad más fácil que fina, que narra en un libro lo que ha sufrido y lo que ha visto, como podía, a la vuelta de la contienda, en rueda de amigos, entretener las noches de la cervicería contando, ante los semblantes azorados, las escenas desgarrantes, con cierto condimento pintoresco, que se aprenden en la tragedia del frente, mientras la rueda va ingiriendo sus "bocks" y el aire se va impregnando de salsas alemanas.

En cambio, notad, y notadlo los que vivís de la fidelidad a toda costa como del último pelele: Barbusse es, sin ninguna duda, un artista; pero es también incuestionablemente un soldado. Ha hecho integro el primer año de guerra en el frente y ha seguido después vinculado a ella en puestos de hospital, donde ha visto y palpado lo que luego ha descrito con tan poderoso relieve. Ha tomado el olor de la sangre, se ha encontrado envuelto en la pólvora y se ha bañado en el fango repulsivo y glorioso. Ha visto y ha sentido todo lo que ha pintado. Su relato es vivido y es fiel. Lo auténtica su año de trincheras y respira verdad en todos los detalles gráficos de sus descripciones y en el "argot" brutal de su diálogo. Pero junto a eso, que es la verdad del soldado, hay, aun sin trama, sin plan y hasta sin orden, algo que es el soplo y la armonía del artista; soplo que penetra como el viento por los boquetes de la trinchera; armonía recia como el cañonco isócrono.



Pero en lo que sin ninguna duda coinciden ambas obras, aun con medios a veces dispares y talla no siem- pre igual, es en la condenatoria de la guerra, y en su detallismo y dolor, con absoluta exclusión de todo arre- bato grandilocuente, de todo desplante de heroísmo, de todo

orgullo de hazaña. La epopeya de la guerra, que de guerras anteriores han forjado, a son de clarín, escritores entusiastas, no aparece en el libro reciente de Remarque, como está desterrada del monumento adolorido de Barbusse. La guerra que ambos han vivido y han pintado está escrita sin hazañas y sin desplantes, sin entusiasmos y sin himnos. Es una guerra vista y pintada sin lirismo, a ras del suelo enlodado de las trincheras. Sus héroes, si héroes puede llamarse a los seres anónimos que viven espiando desde las excavaciones la trayectoria mortal de las balas, son los soldados rasos, sin historia, ni condecoraciones, ni honores, que sobrellevan pesadamente, día a día, la tarea monótona de cumplir con su deber. El resplandor deslumbrante de los galones y los sables; la altisonancia de las proezas; el misticismo de la idea de patria; el empuje vibrante de los asaltos; el sensualismo de morir alucinado por defender una posición; el frenesí del ataque; la alegría del triunfo; la borriquería del sacrificio, no se ven en estas dos obras, como resaltaban, luminosas y enfáticas, en cantos anteriores de anteriores contiendas. En "Sin novedad en el frente", en "El fuego", en las últimas y más dilatadas trincheras que ha tendido la humanidad, el número ha reducido el hombre a máquina, la cantidad lo ha sumergido en el anonimato, y no se ven las hazañas aisladas, el héroe solitario, como no se pulsa el placer de triunfar sobre el enemigo en estos ejércitos que avanzan aplastantes e impersonales como tanques. No hay luz en los libros como no hay luz en el frente; todo es opaco en las enervantes páginas y en los cuatro años de combate que han transcurrido nublados como un eterno día de lluvia. No ha dado el sol sobre las trincheras de Remarque y de Barbusse, como parece no haber despuntado nunca sobre las líneas de muerte.



Y es la visión de la guerra, opaca, acritud y sin lirismo, que se recoge a través de los que han escrito sobre ella, encadenados a sus trincheras y llagados de sus sufrimientos. Al evocarla a la distancia, leyendo uno u otro libro, se me aparece una de las obras que me han dejado más honda y perdurable impresión: "Le tombeau sous l'arc de triomphe", de Raynal. Se anuncia pocas a años después de cerrada con el lacre artificial del tratado de Versalles la era luctuosa, como la primera pieza de teatro que traía sobre la catástrofe, borde de las carreteras de Francia, una compañía francesa. Fui a verla doblemente sugestionado por el giro pomposo del título y por el prejuicio de que debía ser una ostentación bravucona del heroísmo de los vencedores. Me sorprendió, desde un principio, al ver que había más dolor que triunfo, más censuras que desplantes, más desgarramiento que heroicidades. Comencé a sentirla más intensa cuanto más punzante comunicaba el dolor de vencer, y de regresar. Recién entonces entreví la verdadera tragedia de la guerra, la máxima tragedia para Francia. No eran los muertos, que al fin y al cabo ya se han ido; no eran las zozobras y las alternativas, que se concluyeron y fijaron aparentemente en el armisticio. Era los que volvían lisiados, a manejar un ascensor con una mano de ortopedia y la embarazosa cruz de hierro sobre el pecho sin brazos; eran los que habían sido suplantados en sus puestos y volvían ciegos, amputados o inservibles; era la tristeza de las familias que la guerra les había robado el hijo predilecto; era el desastre de las aldeas en ruinas, de los campos sin cosechas y el erario exhausto. Era el sufrimiento impotente de sentirse más tristes, más pobres y más rebeldes que antes de haber vencido. Era, en la pieza de teatro como en los libros, la misma opaca visión de la guerra, sin proezas, sin la alegría casi infantil de la hazaña, sin el orgullo de vencer, tétrica, lóbrega y anónima, sin luz y sin lirismo.



Y he notado en la literatura forjada con el dolor de la última guerra este rasgo común y sintomático: todos los episodios sentimentales y un poco ingenuos que habían sido con anterioridad buscados para arrancar las lágrimas fáciles y la ternura contagiosa, han sido invariablemente desterrados por un sentido más austero del arte y una fuerza más potente de los hechos. La espectacular y un poco candorosa sugestión del héroe vuelto de la guerra está suplantada por la modorra de los licenciamientos, la abulia de las calles y los cafés que no dicen nada y la curiosidad impertinente del público por el soldado, que acaba por ser más molestia que homenaje. La vuelta del frente es el aburrimiento y la pobreza del hogar en el libro de Remarque, cuando no el dolor lacerante de haber sido suplantado entre los vivos en "Le tombeau sous l'arc de triomphe". Nada de deslumbramientos, de ruidosas demostraciones populares, ni de cálidos abrazos de los suyos. Y ni siquiera queda, a los muertos vivos que regresan del frente, el homenaje, el consuelo y la invariable fidelidad de la mujer. Las postales cursis nos mostraban a la novia del soldado hilando como Penélope y saltándole al cuello al verlo regresar ileso. La verdad, la triste pero inevitable verdad que ha revelado la Gran Guerra, es que Penélope no es un personaje del siglo XX. Las mujeres suplantadas con más facilidad de la que esperan, porque a los hombres que se han ido les suceden los que llegan. De la mujer cuyo recuerdo se lleva a las trincheras, no queda más que el retrato prendido a la chaquetilla polvorienta; y la dama por la que un iluso se batía en la guerra estaba ya en brazos de otro. El protagonista de Remarque se solaza con una mujer del campo vecino cuyo hombre, seguramente, estaría sepultado en las trincheras enemigas. Un personaje de Barbusse aprovecha una oportunidad favorable para ver a su mujer y la encuentra sonriente entre dos oficiales adversarios. La novia de "Le tombeau sous l'arc de triomphe" ha rehecho su vida contando con la ausencia indefinida del prometido. Y ni los oficiales de aviación, la gloria de las alas, única gloria y única hazaña posible sobre el anonimato y la mecanización de la tierra, escapan al dolor de vislumbrarse suplantados. El héroe de "L'équipage", de Kessel, ha reducido a penachos de humo y cenizas muchos aviones enemigos; pero el puño férreo que maneja segura la palanca de comando no ha podido dominar a la esposa frágil, que lo engaña con su compañero de escuadrilla. La última Gran Guerra no se presta para tarjetas postales, porque su dura grandeza es más propia para aguafuertes.

Así ha sido esta guerra, así debe haber sido tal como la pintan los que la han vivido con horror y la han reflejado con desgarrada fidelidad: tan hondamente dolorosa que ha aplastado la ostentación de los heroísmos; tan penosa en su lucha diaria y lóbrega que ha dejado sin fuerzas para idealizarla en sus victorias; tan oscura y anónima que sólo perdura el recuerdo común de los soldados, sobre la fantasía personal de los héroes; tanto sufrimiento, que ha matado todo lirismo. Las hazañas no han podido remontar vuelo porque todo ha quedado adherido al suelo cenagoso de la trinchera.



Erich Marie Remarque, a quien ha valido una celebridad mundial su novela "Sin novedad en el frente".



Henri Barbusse, autor de "El fuego" y precursor de toda una pléyade de novelistas de la gran guerra

OCTAVIO RAMIREZ

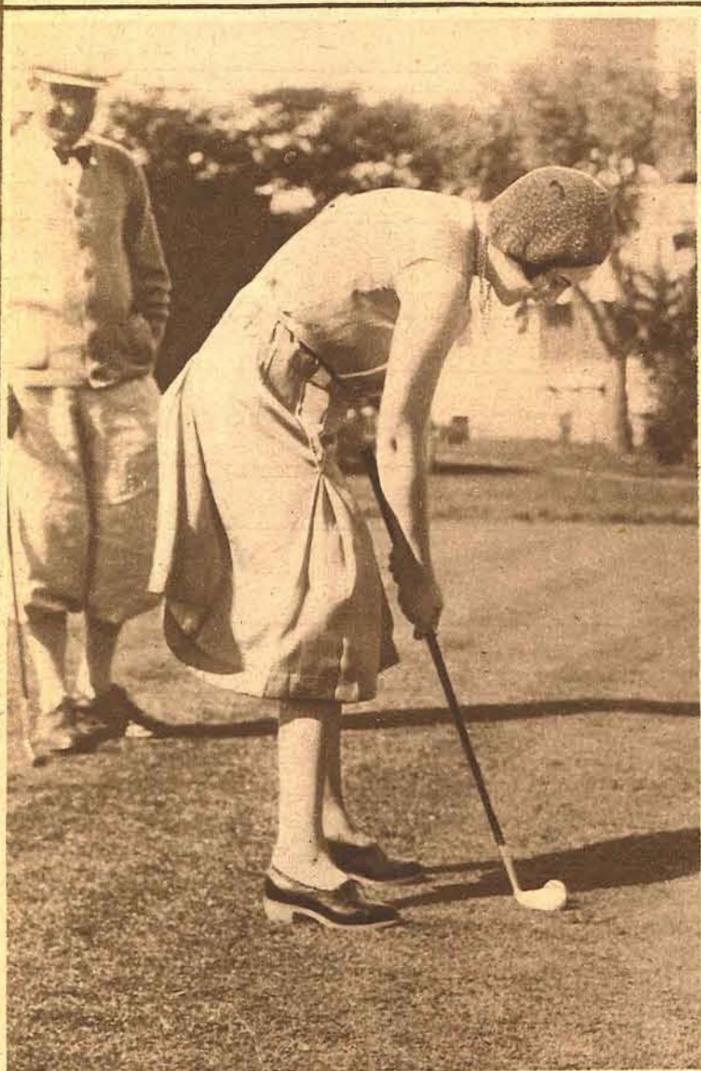


En el itinerario de su viaje a Egipto, el doctor Roberto Lagos y su esposa, doña Ana Avellaneda Santamarina, incluyeron una visita a las Pirámides, realizada con el séquito habitual en estas excursiones.



El Film Social

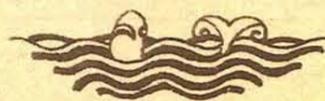
La señora Clara Becú de Bullrich y sus hijos Carlos y Eduardo.



La señorita Elvira Ayerza ha tenido, en las últimas reuniones del Golf Club de San Isidro, una actuación muy señalada.



Al iniciarse la temporada oficial del balneario San Fernando fué tomado este grupo en el que aparecen, de izquierda a derecha, Francisco Sáenz Valiente y las señoritas Alcira Lanusse Sastre, María Luisa Lanusse Sastre y Zulma Castro Cramwell.



En la comida con que los socios del "Golf Club Argentino", en Palermo, celebraron la eficaz actuación del presidente, señor Federico Elortondo, una de las numerosas mesas fué ocupada por las señoritas Mercedes Inés Leloir y Marta Bosch Alvear y los señores Julio García Victorica y Guillermo Leloir.



+ *Munoz, Card. Patriarca de Lisboa*

Después de la imposición del capelo rojo a los nuevos cardenales, el cardenal patriarca de Lisboa expresó al Sumo Pontífice la gratitud de sus compañeros por su benevolencia.

La prestigiosa intérprete del lied, doña María Pini de Chrestia, que ha tenido una lucida actuación en los diversos conciertos que ofreció durante la temporada del corriente año.



Los doctores Jaime Carrillo, Facondo T. Larguía y Telémaco Susini, que han cumplido sus bodas de oro como médicos.



El busto de formas perfectas

Con un sencillo tratamiento seguido en la reserva del hogar, los senos recuperan la bella forma clásica, juvenil turgencia, y a la vez que la piel se vuelve suave y aterciopelada. La cosmética moderna, auxiliada por la dermatología, le brinda a Vd. un medio fácil, seguro, para fortalecer los senos y darle la bella rigidez: "Senoxol". En la discreción de su hogar, sin que nadie se entere, Vd. se aplicará sobre los pechos este líquido modelador. El seno recupera, entonces, la posición que el sentido de la belleza aprecia como la más hermosa. Lo priva de toda flacidez, elimina las substancias grasas excesivas y en cambio fortalece los músculos. Con este tratamiento inofensivo y rápido los pechos adquieren la forma perfecta. No importa cuán caídos y mal formados fueren los senos. Se endurecen, recuperan el tamaño y posición justas que corresponden y se conservan firmes, lisos y juveniles a cualquier edad. "SENOXOL", PRODUCTO DEL INSTITUTO SAROWAL, DE PARIS, es la obligada receta médica para el tratamiento de los senos. Es de resultado eficaz, positivo, porque actúa no sólo sobre las células epiteliales de la epidermis. Llega a la capa profunda de la dermis, estimulando la renovación de los tejidos. Un médico argentino, especializado en dermatología, refiriéndose a "Senoxol", dijo: "He hecho ensayar ese producto. Sus componentes son inofensivos y es notable su influencia sobre los músculos y los tejidos de la dermis. La belleza del busto femenino exigía un producto de esa índole y de esos resultados. Aconsejo su uso hasta en los casos en que el busto posea la debida esbeltez". Esta autorizada opinión es definitiva. "Senoxol" es el producto indicado para que Vd. conserve o recupere el encanto de un busto bien formado. Recuerde: pechos rígidos, de forma clásica, de piel suave, lisa, libre de toda impureza, se consiguen con "Senoxol", el líquido que confiere juventud a los senos.



Se vende en las buenas farmacias y perfumerías. Adquiéralo en:
Laboratorios Vindobona Florida No. 8 (piso 10.) Bs. As.
Perfumería Wislowna Cabildo 1589, Bs. As.
Farmacia Inglesa Avenida de Mayo 900, Bs. As.
Farmacia L'Aiglon Callao y Cangallo, Bs. As.
Farmacia Del Pueblo Rivadavia 727, Bs. As.
EN MONTEVIDEO: W. Ellis, Andes 1338
EN MAR DEL PLATA: Farmacia Italiana, San Martín 3158
Farmacia Franco Inglesa Sarmiento esq. Florida, Bs. As.
Gath & Chaves Casa Central y Sucursales
Farmacia Chinllyo Sarmiento y Talcahuano, Bs. As.
Farmacia González Rivadavia y Centenera, Bs. As.
Casa Argentina Scherrer Suipacha 171, Bs. As.
EN LA PLATA: Tienda Las Novedades, 7 y 4.

"Gracias a mi piel sin vello puedo ahora afrontar confiada las miradas del público".

Las miradas curiosas pronto descubren cualquier vestigio de vello en la piel que dejan descubierta los modernos trajes de baño. Los vestidos de fiesta, los de calle sin mangas, las medias de seda, son igualmente indiscretos. Hoy día la mujer moderna, más que nunca, cuida la limpieza sin vello de la piel.

Instantáneamente Racé, el más perfecto destructor del vello, deja la piel limpia y suave. Es un nuevo medio, distinto, que elimina el vello de los brazos, de las piernas, de las axilas y de todo el cuerpo, en forma instantánea. También impide el crecimiento de vello nuevo fuerte, aunque este crecimiento haya sido estimulado por otros métodos menos modernos. Las señoras lo adaptan entusiasmadas. Es diferente a cualquier método conocido antes.



Es un polvo tan fino como polvo de tocador. Se empolva con él la epidermis previamente mojada. No importa que el vello sea fuerte. Racé no irrita. No causa ardor. En seguida Vd. se lava y todo vestigio de vello habrá desaparecido por completo. Después de usarlo pase Vd. la mano por la piel y constate cuán suave queda.

Y cuando al cabo de mucho tiempo, de varios meses, comience a crecer un vello nuevo, no habrá puntas filosas. Será suave y débil.

Racé no tiene olor. Elimina el vello más fuerte, dejando la piel suave como la de una criatura. Es sencillamente diferente y más eficaz que cualquier depilatorio.

En todas las buenas farmacias, principales tiendas y perfumerías pueden venderle Racé. Recomendamos dirigirse a las casas más serias del ramo.

- Franco Inglesa Sarmiento y Florida
- Perfumería Wislowna Cabildo 1589
- Farmacia de la Estrella Rivadavia 1501
- Farmacia Nelson Suipacha No. 477
- Farmacia "Canning" Canning y Santa Fe
- Laboratorios Vindobona Florida No. 8 (piso 10.)
- Gath & Chaves Casa Cent. y Sucursales
- Farmacia Scanapico Esmeralda y Tucumán
- Casa Argentina Scherrer Suipacha 171

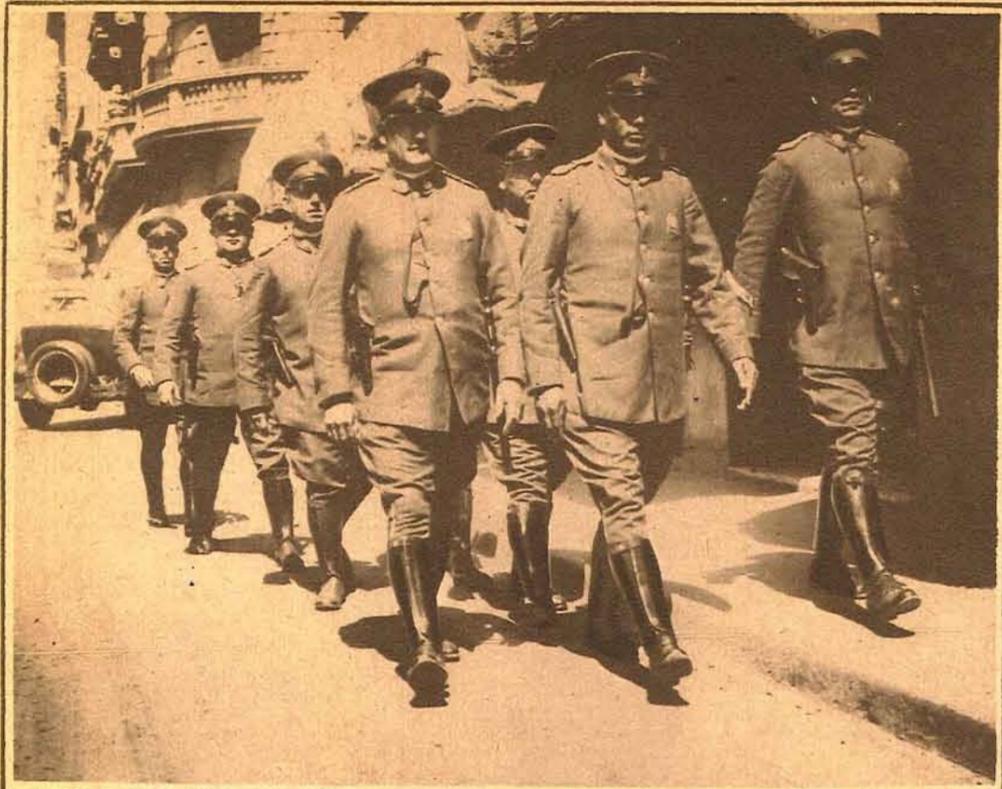
EN MONTEVIDEO: W. Ellis, Andes 1338
EN MAR DEL PLATA: Farmacia Italiana, San Martín 3158

Racé

El perfecto destructor del vello



Instanloneas



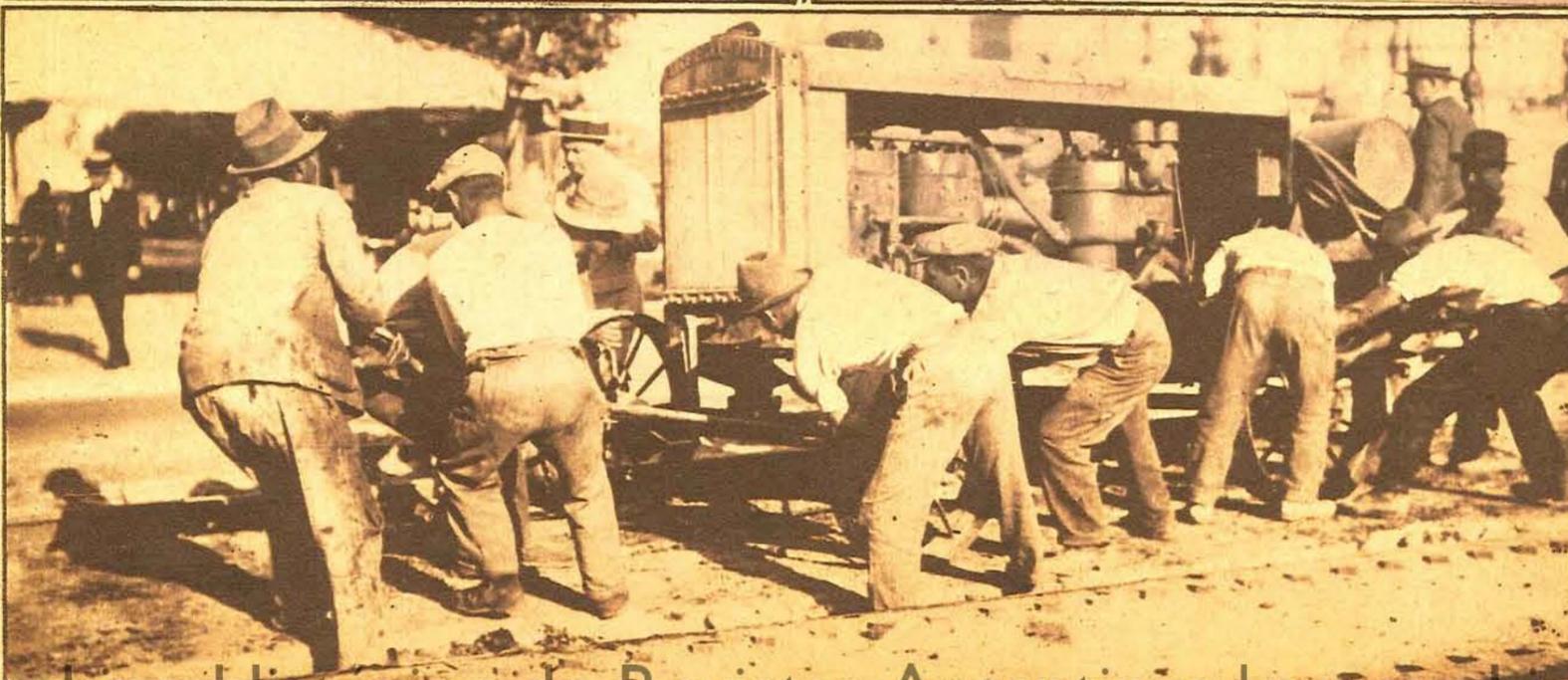
La hora del relevo.



—¡Hola! ¡Hola! ¿Me oye? ¿Oye bien?—



Regalo de Reyes.



Un cálculo en mitad de la jornada.



Canto al trabajo.



Bessie Love, la estrella cinematográfica, cuida meticulosamente su mejoramiento físico. Por ello se dedica entusiastamente al sport. De "bat woman".



De "catcher", esperando el momento de actuar.



Kayser
MEDIAS DE SEDA

El regalo ideal para AÑO NUEVO y REYES

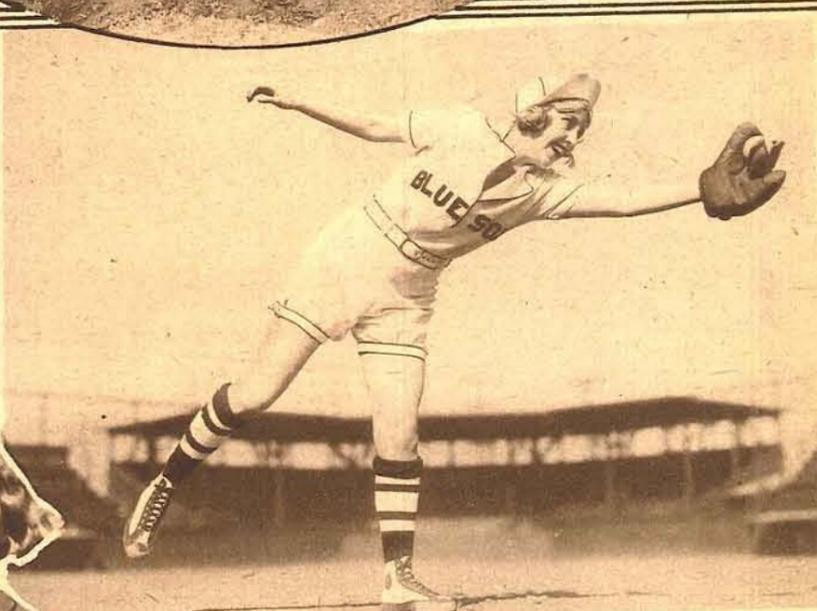
Por ser la media de duración máxima y suprema elegancia al alcance de todos los bolsillos, es el regalo más indicado para las fiestas.

Se venden en las buenas casas del ramo. Si no llevan la marca Kayser no son legítimas.

Representantes generales:
JUAN H. KUBIES & Cía.
Cangallo, 1342/48 - Buenos Aires.

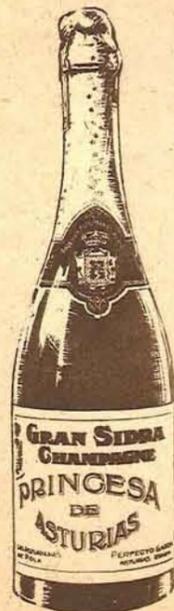
MEDIAS
ROPA INTERIOR
GUANTES

BESSIE
LOVE
JUEGA
AL
BASEBALL



Sorprendida en una jugada de "pitcher".

Una jugada que demuestra sus excelentes calidades de "catcher".



Brinde Vd. con SIDRA "PRINCESA DE ASTURIAS"

La más pura y deliciosa de las Sidras, elaborada en las grandes bodegas propias de Pola, con las exquisitas manzanas de Asturias.

Cristalina como el champagne.

Tómela bien helada. ¡Ya verá cómo de cada burbuja se desprende un elogio!

Pídala a su proveedor.

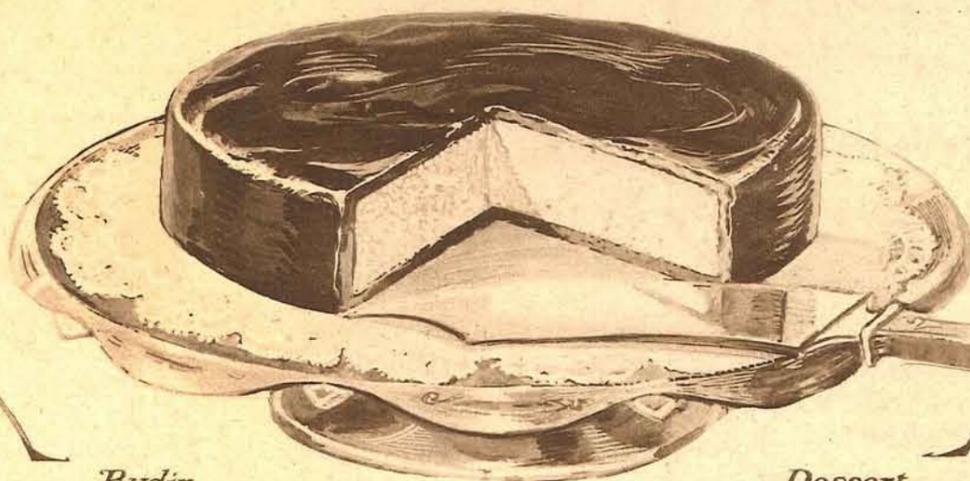
(Ahora en su nuevo envase: la clásica botella de champagne, que contiene dos copas más que la de toda otra sidra).



*Al año que se va
y al que viene...*

He aquí las tres finísimas y deliciosas golosinas que están asociadas a la fiesta del saludo tradicional:

TORTA PARADISO



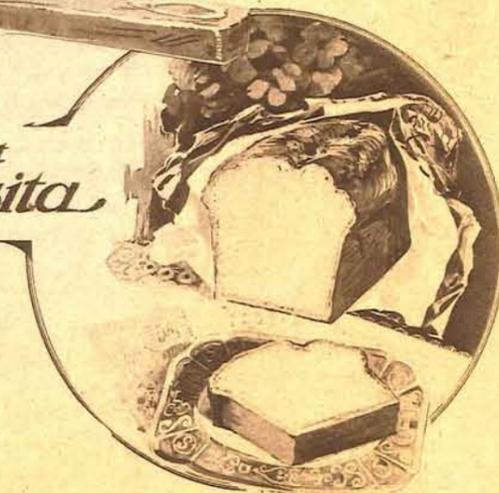
*Budin
Princesa*

Elaborado mediante una fórmula exclusiva y con un 50 por ciento de fruta, cuidadosamente escogida.



*Dessert
Princesita*

Elaborado mediante la misma fórmula del "PRINCESA" pero sin fruta. Es, en verdad, un delicioso manjar.

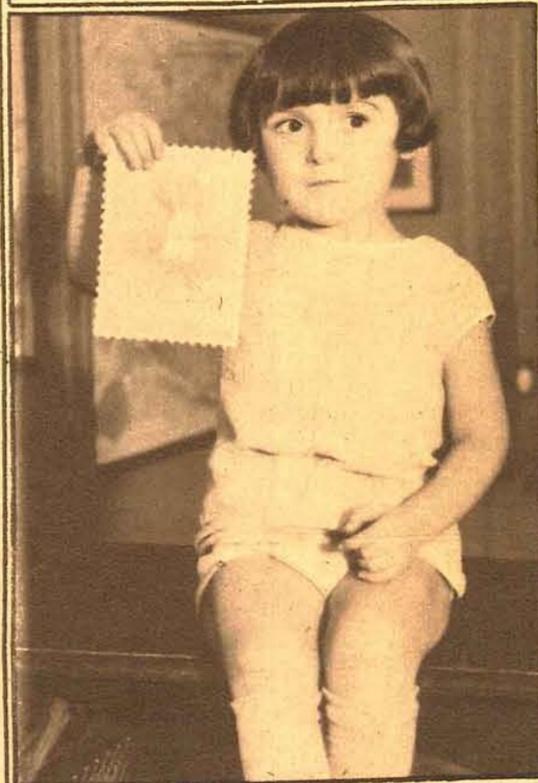


**ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI**

Se venden en todo el país.

Pídalos a su proveedor.

La primera lección.

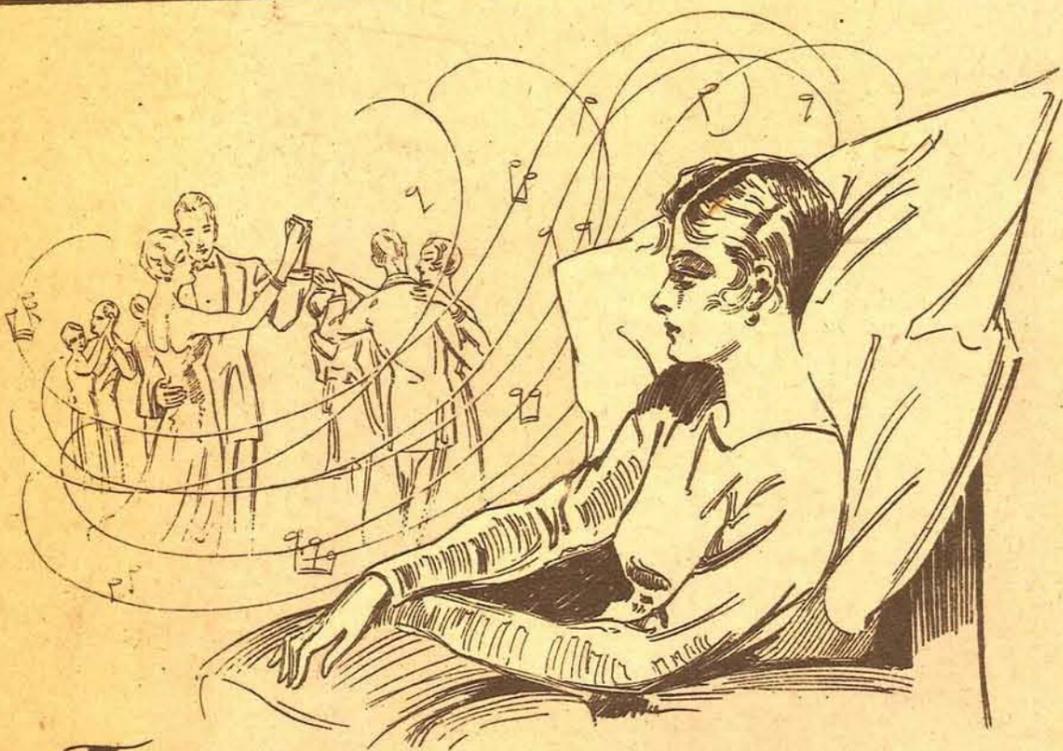


Un contraste del progreso.

En Francia se ha vendido por espacio de todo este mes un sello cuyo producido pecuniario se destinará a engrosar los fondos de la lucha antituberculosa.



Estas dos "mariannes" simbolizaban, en una fiesta realizada en París con motivo del armisticio, a la Paz y a la Victoria. Fueron electas entre 50 concursantes que aspiraban a esa distinción.



Indisposición....

Cuando todo estaba preparado para pasar una deliciosa velada, la repentina indisposición propia de las mujeres, hace desmoronar el castillo de ensueños.

Sin embargo, todo se hubiera podido realizar, si a los primeros síntomas de decaimiento y dolores, hubiese recurrido a los

CACHETS FUCUS

que tienen una acción segura sobre los trastornos íntimos de las mujeres.

Señoras: No olviden que 4 CACHETS FUCUS por día evitan toda molestia.



1 sello \$ 0.20
10 sellos „ 1.50

En las Farmacias



Artículos para Regalos



Anillo oro 18 ktes. esmalte, a \$ 5.-

Aros de oro 18 ktes. y piedras blancas, \$ 9.-

Anillo oro 18 kilates y brillante, a \$ 26

Aros de oro con piedras fantasía, a \$ 5.-

Anillo oro 18 ktes., pesado y esmalte, a \$ 8.-

Pulsera de oro 18 kilates, maciza, a \$ 14.-

Pulsera oro \$ 10. De oro 18 kilates, \$ 15.-



Anillo de oro 18 kilates, macizo, y esmalte, \$ 11.



Aros de oro 18 kilates, platino y diamantes, a \$ 18.



Anillo oro 18 kilates, platino y brillantes, \$ 28.



Aros oro 18 kilates, platino y brillantes, \$ 30.-



Anillo de oro 18 kilates, platino con diamantes, \$ 17.



Aros de oro 18 kilates, platino con diamantes, \$ 14.-



Juego lápiz y lapicera enchapado en oro fino, \$ 30.-

Enchapado en oro fino, muy artístico, \$ 20.

Juego lápiz y lapicera enchapada en oro inalterable, \$ 55



Juego lápiz, cortaplumas y boquilla enchapado en oro fino, a \$ 25

Cortaplumas enchapado en oro y esmalte, a \$ 4.50

Juego cartera y billetera de cuero fino, estuches de oro 18 ktes. \$ 52

Lápiz enchapado en oro fino, a resorte, adornos esmalte, \$ 10.-

Juego cartera y billetera cuero, estuches y aplicaciones platinadas, \$ 15



Lápiz de oro 18 kilates reforzado, con adornos de esmalte, \$ 28.-

Boquilla de ámbar prensado, con virola y adorno de oro 18 kilates \$ 12.-

Boquilla de ámbar prensado, con virola y escudo de oro 18 ktes. \$ 9



Obsequiamos

con este hermoso SECRETER tamaño 18 x 26 cms. a todo comprador de un artículo superior a \$ 5.-

Lapicera lápiz, anillo enchapado \$ 12

Cigarrera metal platinado, grabada, artística, \$ 6

Cigarrera esmaltada en colores, a \$ 4.50

Lapicera de oro 18 kilates, cincelada, artística, a \$ 95.-

Estuche para auto-mático, con cuero vibora, a \$ 2.90



Anillo oro 18 kilates, macizo y esmalte, con grabado, \$ 4.50



Aros de oro 18 kilates, con piedras fantasía, \$ 6.50



Anillo oro 18 kilates, con diamante y piedras de color, a \$ 15.-



Aros de oro garantido, con piedras blancas y de color, \$ 4.



Anillo de oro 18 kilates, pulido, con piedras fantasía, a \$ 5.50



Aros de oro con piedras fantasía, a \$ 8.50

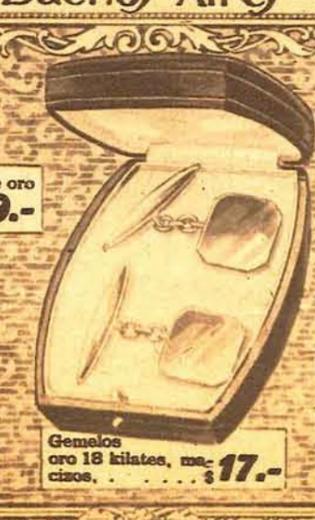


Collar y medalla oro 18 ktes., nácar y esmalte, \$ 17.-



Prendedor de oro 18 kilates, con piedra blanca o de color, \$ 9.-

Prendedor de oro 18 kilates, liso, con grabado, \$ 9.-



Gemelos oro 18 kilates, macizos, \$ 17.-



Prendedor oro 18 ktes., esmalte y grabado \$ 10.-

Prendedor de oro 18 kilates, platino, con diamantes, \$ 20.-



Juego collar y medalla de oro 18 kilates, gran relieve, con estuche capilla, \$ 12.50

Casa Escasany

Joyería y Relojería
Perú, Rivadavia y Av. de Mayo 615
Buenos Aires

Sucursal:
Av. de Mayo 1145
(Bs. Aires)

Tucuman
Bahia Blanca
Mar del Plata
(Rambla)

Los primeros veraneantes en Mar del Plata



Al comienzo de la temporada marplatense los fotógrafos tienen limitada tarea en la rambla.



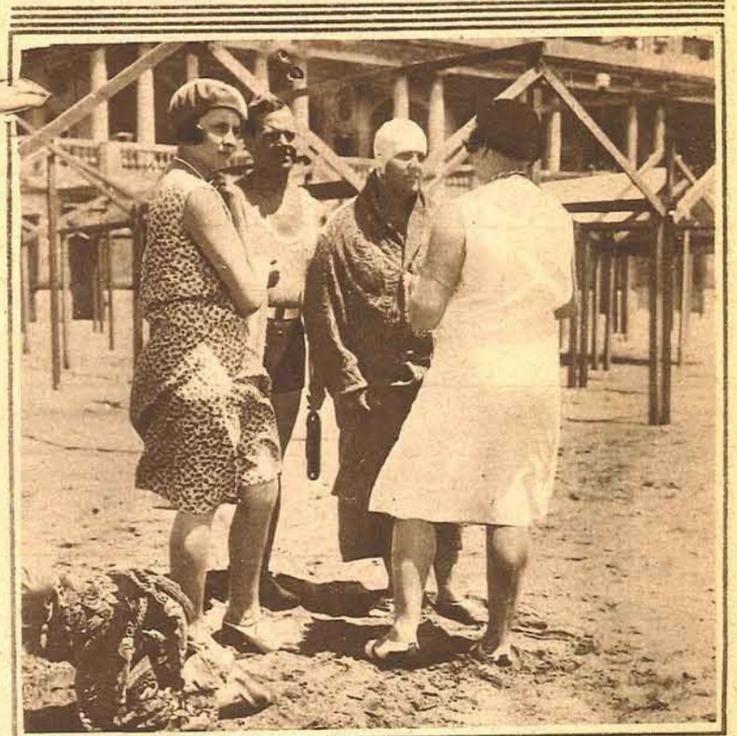
Una moda que se insinúa: las sombrillas japonesas.



El delicioso abandono en la playa.



El comentario preliminar de los primeros baños.



En la rambla casi desierta.

BIZCOCHOS CAÑALE

En la convalecencia de toda enfermedad, en que el organismo necesita recurrir a alimentos sanos y nutritivos para fortalecerse, son insubstituíbles.



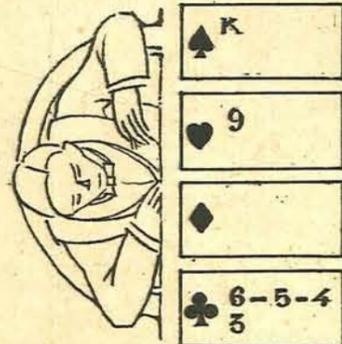
AS tablas de Work, que reglamentan la oportunidad y necesidades para aumentar una declaración de compañero, no pueden ser más precisas y exactas. Pero no todos los amateurs toman tan en serio estos asuntos del Bridge y muchos de ellos no se sienten dispuestos a exigir a su memoria un esfuerzo tal que permita la fácil retención de tantos números y casos especiales. Es por eso que resulta necesario llegar a una simplificación del eximio sistema sin quebrantar exageradamente sus virtudes. Veamos un método excelente y sencillo.

Ante todo, como norma de conducta y regla general casi absoluta, no debe aumentarse nunca una declaración ordinaria del compañero si no se posee una ayuda normal en triunfos. Hemos dicho anteriormente que esta ayuda normal exige tres cartas del palo como mínimo.

Bien sentado lo que antecede, consideremos ahora las cartas componentes de una mano bajo el aspecto del elemento práctico para resultar bazas más o menos efectivas. Para ello examinemos los honores con grandes probabilidades de convertirse en tales. Ejemplos: Un As debe constituir regularmente una baza; K-Q = una baza; A-K = dos bazas; A-K-Q = tres bazas; K- = casi una baza; A-Q = casi dos bazas; Q-J-X = casi una baza.

BRIDGE PLAFOND

Veamos las exigencias de un buen aumento de la declaración. Para apoyar una declaración de una baza se necesita tener dos o tres bazas para un aumento justificado hasta dos;

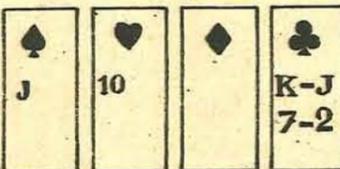
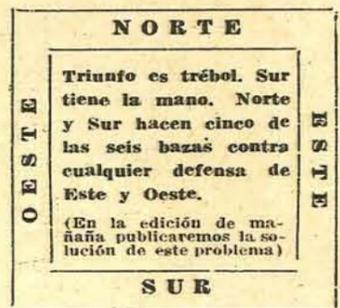
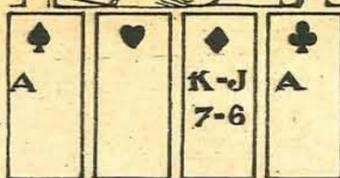


más de tres para ir hasta tres, y cuatro bazas para llevar el contrato también hasta cuatro.

Para aumentar una declaración de dos se necesitan casi dos bazas para ir hasta tres y más de dos para ir hasta cuatro.

Para aumentar una declaración de tres hasta cuatro, todo lo que puede exigir el declarante es una baza probable.

En las declaraciones iniciales de uno y dos el apoyo normal en triunfo es indispensable; en la de tres, es prudente también hacerlo en las mismas condiciones, pero el aumento de una declaración de tres hasta cuatro puede hacerse con menos



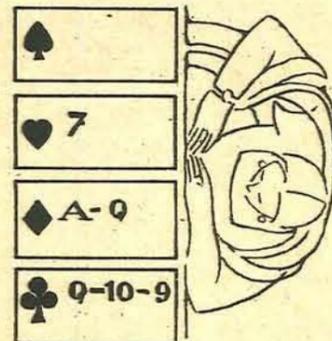
que el apoyo normal en triunfos.

Puede perfeccionarse algo

LEON CASABAL

DEL AUMENTO DE LA DECLARACION

más este sistema. Lo probaré por medio de las dos tablas que van a continuación, con las cuales se obtendrá un resultado más exacto que el sencillo sistema anterior, aunque menos



preciso, sin duda alguna, que con las tablas de Work.

Cotización de los honores para aumentar una declaración

Cualquier A	5
Cualquier K (1)	3
Cualquier Q (2)	1
Un fallo (3)	8
Un semifallo	4
Un fallo en tercer lugar	1
Cuatro triunfos	2
Cinco triunfos	3

Nota (1): Entiéndase que si el Rey está acompañado del A, debe contarse también cinco puntos.

Nota (2): Cualquier Dama acompañada de un honor supe-

rior aumenta su valor hasta tres puntos.

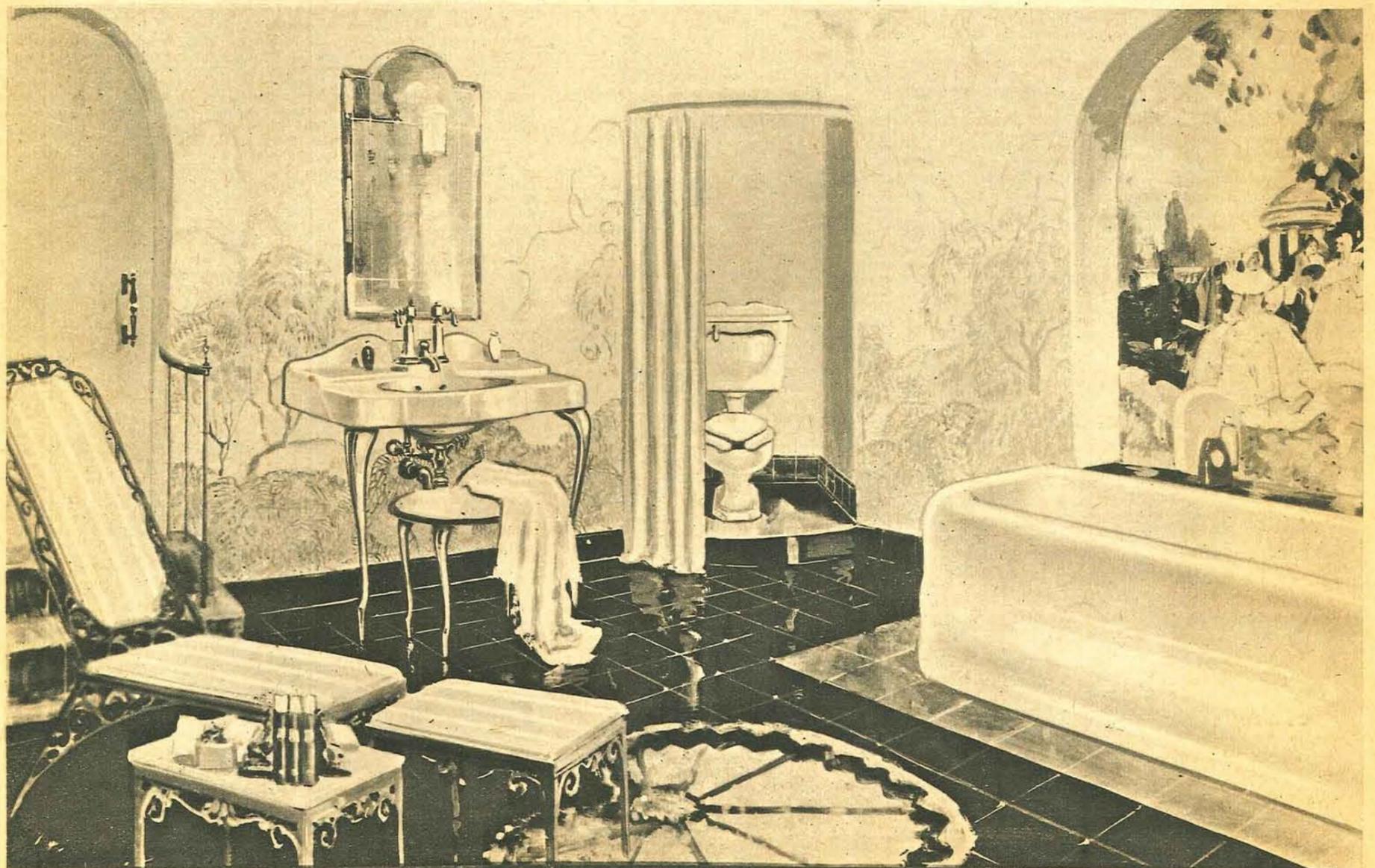
Nota (3): Para tener valor un fallo debe tener apoyo normal como mínimo un triunfo.

Exigencias que justifican un aumento de la declaración del compañero.

Aumento de uno hasta dos exige una suma de	13
Aumento de uno hasta tres	17
Aumento de uno hasta cuatro	21
Aumento de dos hasta tres	8
Aumento de dos hasta cuatro	12

Para completar el sistema debo agregar que el declarante original, una vez que ha sido apoyado por su compañero, puede aumentar a su vez ese contrato si tiene algo más que los requisitos del mínimo que justifique su declaración inicial (dos bazas seguras y dos probables). Pueden ser elementos suficientes para ello cartas que en la primera declaración no han podido ser tenidas bien en cuenta, como, por ejemplo, una baza adicional probable con cartas bajas; dos honores menores, que en conjunto pueden significar también casi una baza, o, en fin, todo elemento que con buen criterio puede constituir una fuerza.

Vuelvo o repetir que la exactitud de estos métodos es relativa y conviene aplicarlo con prudencia y sin liberalidad, encuadrándose rigurosamente dentro de las exigencias consideradas como indispensables.



"Standard"
Artefactos Sanitarios
EN VENTA EN LAS PRINCIPALES
CASAS DEL RAMO

Standard Sanitary Mfg. Co.

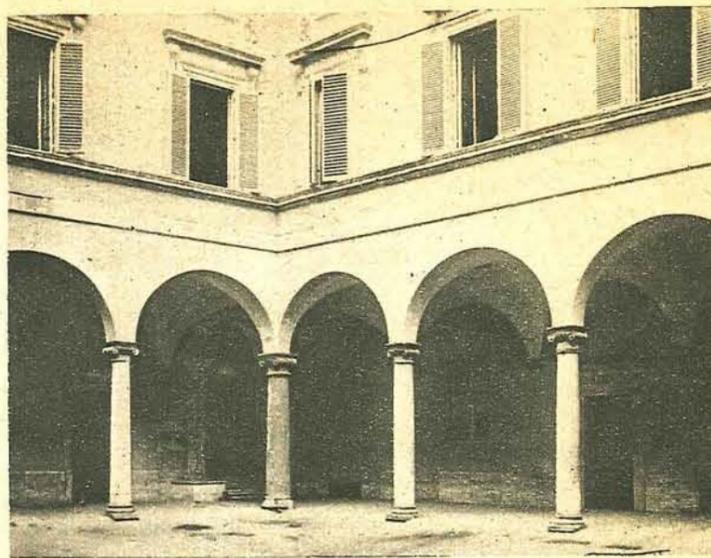
EXPOSICION PERMANENTE

CORDOBA 817-1ER PISO

BUENOS AIRES



Vista exterior del patio del Palacio Firenze, en Roma, debido al arquitecto Bartolomeo Ammannati



Un patio del Palacio Firenze cuya construcción, atribuida al arquitecto Petino da Caravaggio, se remonta a 1516



A Sociedad Nacional Dante Alighieri o "La Dante" como viene siendo llamada generalmente, es la más italiana de todas las institucio-

nes italianas que fuera de los límites de la península, auspician y difunden el idioma, la cultura y el sentimiento de italianidad. Como una pequeña patria transplantada en tierra extranjera, acoge en su seno, siendo al modo de una nueva familia y símbolo de la casa natal, a todos los compatriotas. La constitución de esta sociedad data de 1889 y desde entonces su progreso ha sido ininterrumpido e imponente. Hoy cuenta con más de 85.000 socios, de los cuales unos diez mil son perpetuos, más de 50.000 ordinarios y los demás agregados, sin contar los 70.000 adherentes a las escuelas. En el extranjero mantiene escuelas elementales y asilos, promueve bibliotecas, salas de lectura y otras iniciativas útiles para la conservación del sentimiento nacional de nuestros emigrantes y para la difusión de la cultura y de la lengua italiana entre los extranjeros.

El comité central de la Dante tiene establecida su sede en Roma; hasta hace poco tiempo estaba instalado en un antiguo palacio situado debajo del Campidoglio, y en estos días se ha trasladado a otro palacio que, histórica y artísticamente considerado, es mucho más importante. La historia de este palacio merece ser recordada rápidamente por la relación que tiene con la de algunos altos personajes que en ella tomaron parte y también para una mejor comprensión de sus caracteres y de sus transformaciones arquitectónicas. El barrio donde se encuentra—el campo Marzio o "Campo de Marte", esto es, la plaza de Armas de los antiguos romanos—era hacia los primeros años del siglo XVI un lugar ocupado por pobres viñas y miserios huertos y por este estado selvático fue llamado de los "huertuchos". Quien inició la construcción del palacio, con esta apariencia modesta al exterior y grandiosa al interior, fue Jacopo Cardelli, el cual vino a Roma desde su ciudad natal, cuando apenas contaba quince años de edad. Protegido y educado por el cardenal Riario, alcanzó el lucrativo cargo de secretario apostólico, se enriqueció y dió encargo a un arquitecto—probablemente a uno

Vista del Palacio sobre la Plaza Firenze, donde tiene su sede la Sociedad "Dante Alighieri"

de tantos maestros de obras—arquitectos lombardos que en aquel tiempo ejercían en Roma su profesión—de que le construyera un palacio en la plaza llamada de los Ricci, porque en ella tenían su fachada las casas pertenecientes a esta familia. El palacio sufrió muchos desperfectos durante el saqueo de Roma de 1527. Una vez restaurado, hospedó corzo inquilinos, primero al cardenal de Santa Croce, después al cardenal Rodolfo Pio di Carpi, genial coleccionista de antigüedades que hizo un museo de este palacio. Giovanni Pietro Cardelli, el último superviviente de los hijos de Jacopo, lo vendió hacia el 1552, a Julio III de Casa Ciocchi del Monte, aquel "Papa gaudente", que para una de las primeras medallas que hizo acuñar había dictado la siguiente inscripción: "Hilaritas pontificia" y que fue el fundador de la famosa Vigna Giulia, fuera de la Puerta del Popolo, en la cual—como él solía decir—"iba a gozar del papado", y que hoy se ha convertido en la sede de la embajada italiana cerca de la Santa Sede. En el 1553, Julio III regaló el palacio de Campo Marzio a su hermano Balduino, del cual pasó por herencia a su hijo Fabiano. Durante el breve espacio de tiempo en que perteneció a los del Monte, el palacio fue ampliado por el célebre arquitecto florentino Bartolomé Ammannati, el cual aumentó en un piso el edificio, completó el patio enriqueciéndolo con otro pórtico y cerró el fondo del mismo patio con un edificio de dos pisos constituido por una serie de logias superpuestas que miran hacia los jardines. Estas fueron decoradas lujosamente, con estucos y frescos murales, por el pintor boloñés Primaticcio y por el arquitecto Domenico Fontana.

A la muerte de Julio III, acaecida en el 1555, Paolo IV, su sucesor—incitado sin duda a ello por algún envidioso—al encontrar casi vacías las arcas de la

El pórtico bajo el jardín del Palacio Firenze, de Roma, donde se halla instalada la Sociedad "Dante Alighieri" de Roma, y en cuyas bóvedas pueden admirarse notables frescos

Cámara Apostólica, hizo secuestrar los palacios, la villa y todos los bienes de Fabiano del Monte, acusando a los del Monte de haber construido tan numerosas construcciones con dineros sustraídos de la Cámara Apostólica. Pero el pontífice que le sucedió, Pio IV, de Casa Medici de Milán, movido a compasión por la miseria en la que se encontraba a la sazón Fabiano del Monte, asediado por los acreedores de su padre, transigió con él, restituyéndole algunos de sus bienes, menos el palacio de Campo Marzio que luego regaló a su sobrino Cósimo de Medici, Duque de Florencia. Desde entonces, el palacio fue llamado Palacio del Gran Du-

LA SOCIEDAD DANTE ALIGHIERI Y SU NUEVA SEDE POR ALBERTO DE ANGELIS

(Para LA NACION)

ROMA, noviembre de 1929.

que y más tarde sencillamente de Florencia; y la plaza de los Ricci, en la que estaba la fachada del mismo, se convirtió en plaza de los Medici y más tarde en plaza de Florencia, cuando en 1737 sucedieron a los Medici los austro-loreneses. Por el tratado de paz de 1866, el palacio pasó a ser propiedad del gobierno de Italia, el cual, al trasladarse a Roma en 1870, estableció en él el Ministerio de Gracia Justicia y Cultos, que continuó, sin embargo, siendo llamado por antonomasia "Palacio Florencia".

Durante los tres siglos en los que el palacio perteneció a los grandes duques de Toscana, residieron en él los cardenales de Casa Medici, sus embajadores cerca del Papa, el ministro del gran duque, el cónsul general, los pensionados de la Academia Florentina de Bellas Artes, los Correos toscanos... y durante cada uno de estos sucesivos y tan diversos destinos, el palacio sufrió innumerables transformaciones que no fueron siempre muy felices.

Las recientes obras ejecutadas por orden de la Dante Alighieri, al instalarse en el palacio, han tenido precisamente como objeto, el volver a dotar al palacio de su antigua nobleza. Empezaron los trabajos en enero último bajo la alta inspección del senador Pablo Boselli, presidente general de la Dante, y fueron dirigidos con acierto singular por el ingeniero Rodolfo Bonfiglietti.

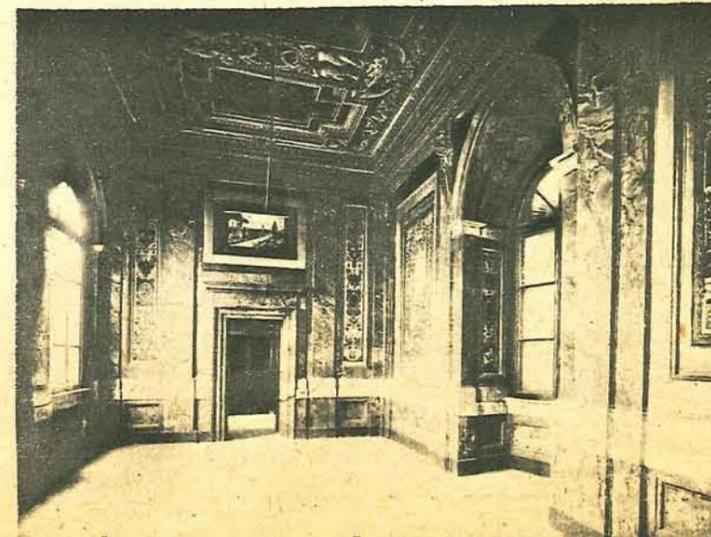
El palacio ha sido amueblado con muebles de estilo Renacimiento y el presidente Boselli se ha instalado ya en él, en de transurre laboriosamente gran parte del día, a pesar de su avanzada edad. Pablo Boselli, o mejor dicho "Paolino" co-

mo acostumbran llamarle sus amigos, es el decano de los parlamentarios italianos, y ha cumplido en estos días 91 años. A pesar de ello, sus facultades intelectuales siguen inmutables y tan brillantes como siempre. Bien reciente es el éxito que alcanzó en el Senado con su discurso sobre los "Pactos lateranenses", al que siguió pocos días después otro discurso de carácter más familiar y agudo que pronunció en Florencia al dar las gracias por los plácemes a él dirigidos con motivo de su cumpleaños.

Pablo Boselli puede enorgullecerse más que nada, de haber sido uno de los primeros profesores de materias económicas y financieras que enseñaron en Italia. Sus lecciones se distinguían por una gran claridad basada en hechos, que exponía de manera aguda y florida, pues tuvo siempre el mérito de presentar de modo fácil y genial hasta las materias más áridas. Un admirador suyo decía: "No me atrevo a decir que Paolo Boselli haya escrito versos, pero, sin embargo, la poesía existe en toda su producción". No podría ser de otro modo dado su gran ingenio y su apasionado amor por los clásicos, particularmente latinos e italianos. Entre estos últimos, el predilecto es Dante, pues no deja de leer casi a diario alguna página de Vicente Gioberti, del cual aprecia más que nada el sentimiento de italianidad; sentimiento preponderante en el carácter del presidente de la Dante.

Políticamente él se formó en la escuela de Francisco Crispi, en los momentos más salientes de la actividad del gran estadista siciliano; y no pocos proyectos de ley del Ministerio Crispi de gran responsabilidad política, son debidos a la pluma de Pablo Boselli. Y también en ellos, la belleza de la forma responde a la profundidad de conceptos. No cabe duda que Pablo Boselli tiene talento de escritor, y si la política no lo hubiera absorbido por completo, hubiese sido uno de los de mayor produc-

Una vista del Consejo de la Sociedad "Dante Alighieri", decorada con pinturas de Próspero Fontana

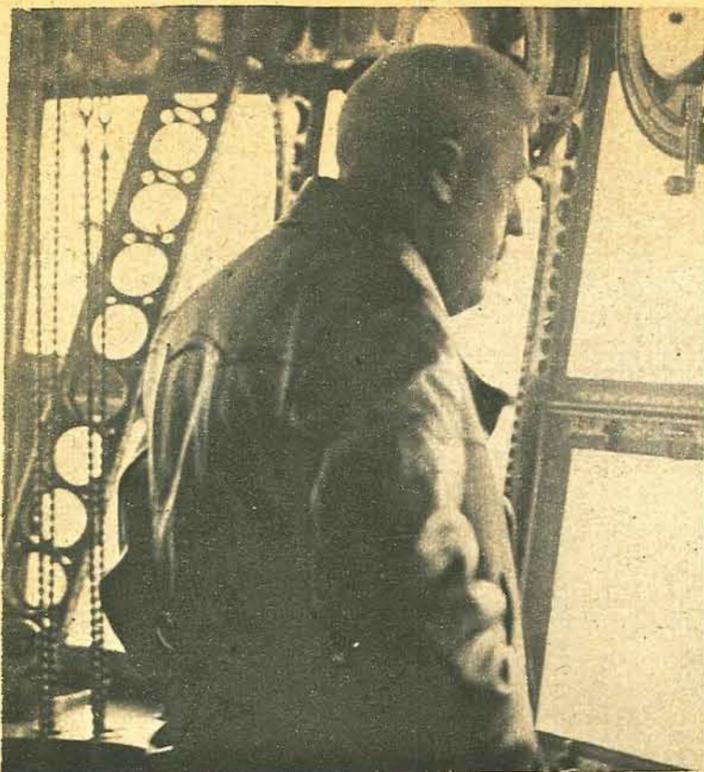


ción. A pesar de ello es notable lo que ha hecho en cuanto a estudios históricos se refiere y especialmente en cuanto se refiere a historia medieval piemontesa y ligure, en la cual su competencia se reconoce. A su vasta cultura debe el respeto de todos los estudiosos y su nombramiento a tantos altos cargos, como los de presidente del Instituto Histórico Italiano, del Comité para la historia del Resurgimiento, de la Orden Mauriciana, del Consejo Superior de los Archivos, y por último, de la Dante Alighieri. Y esto sin hablar de otros altos cargos de carácter político entre los cuales el más importante fue el de presidente del Consejo del Ministerio, cargo para el que fue designado en 1916 por voluntad unánime de todos los partidos, como símbolo y punto de convergencia de la voluntad de todos los italianos que querían la guerra redentora. La necesidad de ésta, él fue uno de los primeros convencidos desde el momento en el que se vislumbró la posibilidad de la intervención de Italia en el conflicto mundial. ¡Con qué ímpetu y con qué maravillosa forma dijo en la Cámara aquel inolvidable discurso que confería al Gobierno plenos poderes para la guerra! Pues Paolo Boselli es también un excelente orador. Todos sus discursos son siempre escritos de su puño y letra; pero cuando él los lee pocas notas le bastan, pues luego se abandona a su fantasía y al entusiasmo de la pasión que le inspiran. Otra simpática particularidad de Boselli es que, ministro o sencillo ciudadano, ha despachado siempre él sólo toda su correspondencia, odiando los clisés de las frases hechas y lugares comunes.

En su calidad de primer secretario del Rey para las órdenes ecuestres el senador Boselli frecuenta la vida de Corte, donde es acogido con exquisita familiaridad. No obstante esto, viviendo en la Corte o hablando de personajes y de cosas de la Corte, él es siempre de una reserva rigurosa exenta de ostentación.

Mérito tanto más notable tratándose de persona, como ya hemos dicho, de palabra fácil y elegante, no solamente por la pureza del estilo sino también por la riqueza de imaginación, por la erudición y, más que nada, por ciertas modalidades irónicas que hacen de él un polemista brillante y muy apreciado en los ambientes políticos e intelectuales.





El doctor Eckener en el puente de comando, mientras el Graf Zeppelin evolucionaba sobre Los Angeles

LA VUELTA AL MUNDO EN EL GRAF ZEPPELIN

IMPRESIONES DE UN VIAJE NOVELESCO - II

LONDRES, noviembre de 1929,

La mayoría de nosotros sabía que la etapa transiberiana era la más peligrosa, la más incierta y la más significativa, y que una vez salvando esas soledades que ningún mapa detalla, el Océano Pacífico, aun no dominado por el hombre, no pre-

sentaría tantos inconvenientes como, en general, se suponían.

Todo listo para nuestra partida hacia lo desconocido, la población íntegra de Friedrichshafen pasó la noche en vela. El hotel Kurgaten fué escenario de bailes, brindis, festejos y alegría bulliciosa, que terminaron luego, para dar paso a la tarea del embarque del equipaje dentro de la destemplada barquilla. Los amigos se agolpaban ante las ventanillas. Un grupo de pinto-

rescos japoneses agitaba banderas y lanzaba el grito de "¡Banzai! ¡banzai!" Las esposas, hermanas y novias de los tripulantes de la aeronave murmuraban las últimas despedidas y bendiciones, permaneciendo a una distancia prudente, como obedeciendo instintivamente a la influencia de la disciplina naval. El primer rayo del alba iluminaba el cielo en el instante en que nos desprendimos de tierra. A la hora del desayuno pudimos comprender la magnitud de la aventura que habíamos emprendido, y tanto el capitán Lehmann, como el capitán von Schiller, admitieron que todo parecía un sueño.

Las quemaduras de sol envejecen el cutis



¿Sabe usted como aliviarlas? o, lo que es mejor, ¿Sabe como evitarlas?



El uso diario de la Crema Hinds en la cara y el escote y los brazos y las manos.

Sirve de base al polvo. Evita que el cutis se agriete. Impide la formación de arrugas. Alivia las quemaduras de sol. Alisa los dedos ásperos. Conserva la piel tersa, blanca y juvenil. Calma el ardor de la afeitada.

HAY caras que, a pesar de los años, se ven deliciosamente frescas, y juveniles. En cambio, otras caras jóvenes se ven aviejadadas porque el cutis está maltratado, y pocas cosas hay que lo dañen tanto como las quemaduras de sol.

Si por un descuido, el aire y el sol resecan su cutis y lo dejan enrojecido y ardoroso, no pierda tiempo, póngase toda la Crema Hinds que absorba la piel. Esto calma el ardor inmediatamente y produce una deliciosa sensación de frescura. Su uso continuado devolverá al cutis su tersura y suavidad.

Vale más prevenir

Ahora se puede evitar que el sol dañe el cutis. Antes de salir, póngase un poco de Crema Hinds y en seguida polvéese. Con tan

sencilla precaución está usted a seguro de los más ardientes rayos del sol, porque la Crema Hinds y los polvos de tocador son la protección más eficaz contra ellos.

La huella del verano

Si quiere usted estar lista para la temporada de bailes y borrar la huella que haya dejado el verano en el pecho, los brazos y la espalda, póngase todas las noches, al acostarse, un poco de Crema Hinds. Esto no solo conserva el cutis terso y juvenil, sino que le devuelve su blancura y rosada transparencia.

Una botella chica es suficiente para convencerse de su mérito. Después le resulta mucho más económico comprar la botella grande dondequiera que vendan artículos de tocador.

CREMA HINDS

LE doctor Eckener añadió que las condiciones atmosféricas habían sido buenas, pero no extraordinarias, y que los servicios aéreos transatlánticos podrían contar por lo menos con un 50 por ciento de probabilidad de tiempo semejante y de 45 a 50 horas como tiempo normal para cruzar de uno a otro continente.

El 10 de agosto llegamos a Friedrichshafen; era el día del cumpleaños del Dr. Eckener, quien se alborzó como un niño ante la coincidencia, si es que la hubo. La recepción que se nos hizo en esa ciudad debió parecer pobre al observador ocasional que presencié la despedida estruendosa que nos tributaron los norteamericanos en Lakehurst; pero en ella leí yo algo infinitamente conmovedor, casi patético: la pequeña ciudad se volcó íntegramente en nuestro honor, a pesar de la lluvia que arreciaba y de las calles fangosas. Con ojos que reflejaban más que curiosidad general, la multitud seguía ávidamente las maniobras del descenso. Manos encallecidas por el trabajo apretaban ramos de flores silvestres para sus héroes. En primer término hallábase Frau Eckener y las esposas de los oficiales y los tripulantes, protegidas por aquellos que habían aprendido a respetarlas y honrarlas a través de los ingratos años de sacrificio y de paciencia aguardando un día como éste... aguardando este mismo día.

Permanecimos en Friedrichshafen hasta el 14 de agosto. Algunos pasajeros partieron inmediatamente en aeroplanos rumbo a París, Berlín y otros centros para regresar el día de la partida. Me gusta Friedrichshafen y tengo aquí muy buenos amigos, así es que los cuatro días pasaron demasiado rápidamente para mí. La vida, como es natural, giraba en torno del Zeppelin. Los hoteles se encontraban repletos de una invasión creciente de periodistas, fotógrafos, visitantes y amigos de los viajeros que emprenderían el próximo vuelo transcontinental sobre Siberia. Trenes especiales corrían de diferentes ciudades alemanas y millares de automovilistas, ciclistas y peatones llegaban en caravanas cada día para echar un vistazo al dirigible. El rey Gustavo de Suecia, que ya conocía la aeronave antes de su terminación el año anterior, le hizo su segunda visita y me manifestó su deseo de que el doctor Eckener la condujera hasta Suecia. Aquel rey Viking escandinavo, de gran estatura, vióse obligado a inclinar su real cabeza para penetrar por la selva de aluminio del esqueleto en la larga barquilla plateada de 766 pies; luego, dirigiéndose por la estrecha senda de 12 pulgadas, examinó minuciosamente todos los detalles de la acabada aeronave.

Durante aquellos cuatro días, a invitación del señor Dornier,

P O R LADY GRACE DRUMMOND HAY

(Para LA NACION)

crucé el lago Constanza hasta Alterhein, en la costa suiza, donde tuve ocasión de examinar el maravilloso hidroavión Dornier X, de doce motores, con capacidad para más de cien pasajeros, 12 tripulantes, correo y carga. Es una nave alada mayor que aquella en que Cristóbal Colón descubrió la América y está destinada para vuelos de larga distancia. Por consiguiente, aun la espera en Friedrichshafen no dejó de tener el mayor interés.

Mientras tanto, el dirigible, amarrado en su enorme hangar, se hallaba sometido a la solicitud de centenares de manos que lo preparaban para su segunda y más azarosa etapa del vuelo mundial, impaciente como un caballo de carrera que presente el desafío. La mayor parte de mi tiempo lo pasé observando estos preparativos. Los motores se hallaban en excelente estado después del último vuelo sobre el Atlántico, de manera que lo único que hubo que hacer fue reparar las válvulas desgastadas con las 600 horas de actividad, colocar una nueva hélice y reforzar los costados de la nave, dispuestos a ceder. En realidad, la cubierta de plata nunca había ajustado bien y este invierno se procederá a reemplazarla. El combustible de gas que llevábamos ascendía a 25.000 metros cúbicos, sin contar doce toneladas de petróleo, lo que permitiría 137 horas de navegación con los cinco motores, marchando normalmente; pero como rara vez utilizábamos todos los motores y generalmente volábamos con cuatro, eso significaba combustible para 160 horas, o sea más de una semana. Kubis, el despensero, había cargado provisiones para seis días y llevaba 3600 libras de comida, 300 litros de agua potable y 200 botellas de vino. Nuestras provisiones cambian de carácter según el punto de aprovisionamiento. Nueva York nos abasteció con abundancia de pastelería, caviar, "foie gras" y cereales norteamericanos; Friedrichshafen cuidó de que no careciésemos de salsas, jamón y pan negro. A pesar de la afirmación de Sir Hubert Wilkins de que en esta época del año no hacia tanto frío en Siberia, todos los pasajeros nos proveímos de ropas de abrigo y a bordo contábamos con otras cosas en que no pensaban los pasajeros, como armas y municiones de caza y de defensa propia, para el caso de vernos obligados a descender en tierra inhospitalaria. El capitán Richard Wenig, uno de los héroes alemanes de la guerra, que jamás se rindió y peleó en África Oriental, vino especialmente desde Munich para poner en las propias manos de Karl von Wiegand su valiosa escopeta particular, manifestando que se sentiría mucho más tranquilo sabiendo que su amigo llevaba su Excalibur.



Conjunto de Jenny, en mousseline de soie negro sobre mousseline blanco



Tapado de Jenny, en muaré rosa adornado con zorro

Vestido de encaje negro, de Henri Paris

Vestido de noche de Iteb, en chiffon verde luz



Modelo de Patou, en chiffon imprimé

EL TRAJE LARGO PARA LA NOCHE

POR SYLVESTRE DORIAN



ligeramente "drapé" que ata en la cadera opuesta.

Los conjuntos de calle tienen tapados largos hasta el ruedo del vestido, aunque se ven algunos dos tercios o tres cuartos. Hay gran diversidad en los tapados; vuelve la li-

nea más recta con hileras de alforzas o tablas.

Un conjunto muy bonito de calle, en rojo vivo, tenía un saco tres cuartos, adornado con astrakán negro y un vestido de crêpe marocain con bolero, con hileras de tablas horizontales en el cuerpo y la falda. En varios de sus modelos de calle combina muy felizmente dos tonos del mismo color.

Un tapado tres cuartos, en paño gris, tenía cuello y puños en astrakán topo y vestido en "amazón" gris, con incrusta-

ciones en topo en el cuerpo.

Un modelo que me pareció muy bonito y práctico, porque es al mismo tiempo vestido de tarde y de noche, es en azul empolvado, diremos; "powder blue", como dicen los ingleses, con un cuerpo chaqueta que termina con un plissé fino y panneaux plissés a los lados de la falda y mangas largas.

Las blusas para usar dentro de la falda en crêpe satén, georgette o crêpe de Chine blanc para los trajes sastres son corte original y muy sentadas, con sus líneas de cuello drapé y jabots, suaves.

En esta colección muy variada abunda para el satén e blanco y los tonos pálidos de verde, rosa y amarillo.

HAN vuelto los vestidos largos para la noche, sin duda alguna. ¿Será definitivamente? A lo menos la gracia de la silueta fina, alargada, hará que la adopten aquellas a quienes sienta el vestido de corte muy femenino.

Noches pasadas, comiendo en los restaurantes más elegantes, he visto un "robe du soir", de Patou, en crêpe georgette blanco que llegaba hasta dos centímetros del suelo y un modelo de Mademoiselle Madeleine en chiffon blanco, imprimé, con diseño multicolor, todo largo alrededor, exceptuando una punta angosta que dejaba ver la pierna derecha, hasta la parte media entre la rodilla y el tobillo.

Un traje rojo vivo en terciopelo era "drapé", haciendo efecto de moño en las caderas, una de cuyas tiras anchas tocaba el suelo a cada lado, siendo el ruedo más corto atrás y adelante, formado con las otras puntas del moño; éstas estaban colocadas hábilmente sobre una falda interior, de manera que parecía una sola.

Las líneas alargadas, que se vieron tanto en París el verano pasado, siguen acentuándose. La línea del talle lleva casi siempre un cinturón angosto.

En las grandes casas los vestidos alargados tienen diversas formas, unos son alargados detrás y otras todo alrededor y se ven muchas colas cortas.

Algunos tapados de noche siguen la línea del traje, pero en general el tapado de vestir es corto. Mademoiselle Madeleine me decía que sus clientes tenían todas por lo menos un tapado corto. Este tapado ajustado en las caderas es de un precioso efecto usado con vestido largo, pues da valor al traje, poniendo de manifiesto el corte primoroso de la falda. Estos sacos cortos no convienen sino a las siluetas delgadas.

Las faldas cortas seguirán usándose para la calle y el sport únicamente. Jenny Madeleine, Premet, Patou, Joseph Paquin y otros han compuesto para la Riviera una infinidad de modelos que tocan el suelo, en chiffon, tul, terciopelo y crêpe georgette, siendo el blanco el color preferido.

Con un poco de tul o chif-

ARTE Y DECORACION



DORMITORIO DE NIÑA PARA CASA DE CAMPO

LA ELEGANCIA EXISTE A PESAR DE LOS AÑOS

Por HENRI PARIS

CASI todas las casas tienen en cuenta, para la creación de sus modelos, únicamente las líneas juveniles. Es muy fácil crear para las siluetas finas, pero es mucho más sutil acentuar la moda discretamente para las personas mayores o las figuras más pesadas. El secreto del modelo de más éxito en ese sentido consiste en darle una precisión juvenil combinándola con líneas suaves y flexibles, a la vez que adelgazantes.

La moda actual le favorece mucho. Las faldas largas, para empezar, son más atractivas, los pichos con el corte amplio que se le da hoy disimulan líneas demasiado delgadas o viceversa. Las capas son también aparentes y están muy de moda. Se llevan a toda hora. Con un conjunto he visto una capa echarpe. Para los trajes de noche se hacen chaquetitas separadas con capa o un efecto de capa para ocultar la línea demasiado gruesa o delgada del cuello. Las faldas siguen con algo de forma y ruedos desiguales sobre drapés, incrustaciones en la misma tela, godets y tablonés.

Con un pequeño estudio pueden componerse modelos encantadores para las "matronas" que, sin hacerles perder su dignidad y señorío, les dé la seguridad de estar bien correctas.

PERLAS EVAX



Este es el distinguido broche que lleva el triple collar de perlas EVAX de la figura.

PARA ELLA...

Dedicamos estas alhajas, maravillas de la joyería moderna y que en oportunidad del Nuevo Año y Reyes constituyen el obsequio que reúne todas las cualidades. Distinguidas, elegantes y de refinado buen gusto, las "CREACIONES MONTSENY" son únicas e incomparables. Visite nuestros salones de venta y hallará el obsequio que Ud. busca.

Solicite Catálogo que enviamos gratis al Interior.

128 B a \$ 90.—Magnífico triple collar de perlas EVAX de oriente "uni rosé" con elegante broche de brillantitos EVAX y esmeraldas calibré.

OBSEQUIOS A TODO COMPRADOR



A 117 a \$ 26.—Con brillantitos y perla EVAX matizados con zafiros calibré "a jour" se ha interpretado este elegante modelo de anillo en oro 18 Ktes.



O 307 a \$ 39.—Modernísimos aros "criollas" colgantes de ganchos en oro 18 Ktes., realizados por sus zafiros triangulares "a jour" y brillantitos EVAX.



E 390 a \$ 59.—Una joya de méritos es este prendedor "plaquette" maravillosamente terminado con perla y brillantitos EVAX y zafiros "carré a jour".



A 59 a \$ 52.—Un hermoso zafiro EVAX engarzado en artística "galerie" con "entourage" de brillantitos EVAX en anillo de oro 18 Ktes.



O 148 a \$ 42.—De suma distinción es el modelo de aros de oro 18 Ktes. que presentamos con perlas EVAX "poire", colgantes de barretitos con zafiros calibré y brillantitos EVAX.



C 1210 a \$ 15.—Aparente prendedor "barrette" con brillantitos EVAX y zafiro finamente facetado.

Creaciones
Montseny

CENTRAL
CORRIENTES 5789

MAR DEL PLATA
SAN MARTIN 2334-46

ANEXO
GALERIA GUEMES



Modelo de silla provenzal

IE L incremento, cada vez más afianzado, que está alcanzando la edificación de chalets y viviendas de tipo campestre, en la República Argentina, requiere que dediquemos unos cuantos estudios al amueblamiento y ornato adecuados a sus interiores; los que iniciamos con estas notas sobre el mueble meridional francés, que tanto favor está obteniendo en la dilección universal.

De un tiempo a esta parte el gusto de los entendidos, encaminándose hacia la adopción de los muebles regionales como tipo ideal para las residencias de veraneo y descanso, ha obligado a los especialistas a estudiar seriamente sus posibilidades de adaptación a las exigencias del confort moderno, trabajando sobre la base de las clásicas líneas consagradas. Y es mucho lo que se consiguió.

La perfección originaria con que se nos ofrecen los muebles regionales fué lograda obedeciendo a una voluntad tradicional de simplicidad y practicismo. El género de vida propio de los medios rústicos, ajenos a la suntuosidad exigida por el vivir urbano, ha eliminado de los muebles todo decorativismo superfluo y su construcción suele ceñirse a las líneas fundamentales exigidas por el uso a que se los destina. Depende, pues, de la gracia natural, del genio de la raza que los produce y utiliza, el que estos muebles, dentro de tan escuetos elementos de inspiración y de técnica, alcancen el rango de simpatía y de belleza suficientes como para forzar el dintorno comarcano en que tuvieron origen e imantar sobre ellos el gusto de los públicos más alejados, espiritual y geográficamente. En este sentido, los muebles a que nos referimos, con su gracia natural, con su precisa sobriedad y con sus lógicos lineamientos, justifican sobradamente la preferencia con que en la actualidad se los emplea. En los muebles, como en todas las artes decorativas, se observan dos posiciones bien claras: De un lado el creacionismo arquitectónico y geométrico del llamado arte moderno, y de otro, como una forma de reacción digna de ser tenida en cuenta, el gusto por las líneas debidas a la invención permatente del pueblo. En Francia, país de las armonías y de las juiciosas correlaciones, ya es frecuente observar la presencia de muebles clásicos matizando con su austeridad y con su gracia indiscutible el desenfado y la levedad de



Interior provenzal arreglado al gusto moderno

los interiores modernos. Pero volvamos a lo que importa.

Bajo el aire claro y la luz mediterránea de la hermosa Provenza, en aquel medio fácil y tranquilo, donde lo rústico y lo urbano se ofrecen sin solución de continuidad, tenían que nacer estos mobiliarios de formas móbidas y gráciles, que dan razón de unas gentes reconciliadas con la vida por el goce de vivirla sobre un suelo harto y bello; gentes enamoradas de su país y celosamente guardadoras de su espíritu, de su lengua y de sus tradiciones. El medio ambiente, agradable y propicio que ha creado en ellas un cierto sentido estético inclinándolas a un género de existencia donde lo útil no debe carecer de matices bellos, les proporciona también materia incomparable para la creación de sus mobiliarios. Esta materia es el nogal, "madera plena y noble—al decir de Algood—que se modela y contornea bajo los ataques de la herramienta; capaz de adquirir un hermoso pulimento de color profundo que resalta sobre la pátina y recortándose sobre los muros simplemente blanqueados, otorgará al mueble una silueta integral y una presencia rica y armoniosa".

Se origina el mueble provenzal en las humildes casas de los pescadores de la comarca marselesa y en las masías de labranza de la Alta Provenza. Presenta en sus orígenes, según se observa en el Museo de Arliten, diferencias de línea, de intención y de material (a veces alternan con la madera citada el roble, el haya y el cerezo), según correspondan a las viviendas de la costa—donde la influencia, o simplemente la coincidencia, bretona es evidente—o a las de las ciudades, "villages", y pequeñas aldeas, con sus residencias populares, nobles y burguesas. Pero es en el siglo XVIII, bajo el aleccionamiento y la asimilación del

"rococó" y, en general, del estilo de los Luises, muy especialmente del Luis XV, cuando las diversas tendencias tienden a unificarse y a cristalizar en un tipo más homogéneo, que es el que nos llega hasta hoy y el que se reveló, consagrándose definitivamente, en la Ex-

LOS MUEBLES DE ESTILO PROVENZAL

P O R

J E A N L A R O C H É

posición de Arte Decorativo celebrada en Marsella hace unos cuantos años.

Es curioso observar cómo el mueble provenzal se ha ido desplazando de su destino primitivo, en el uso original, pa-

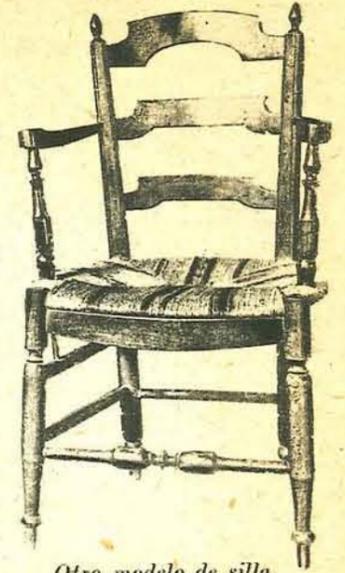
rar el pan, resulta hoy un magnífico mueble de ornato para el "hall", colocado contra el muro con un par de vasijas de cobre pulido encima de la tapa, destinadas a las flores, y en la pared un plato o fuente reproducción del "Vieux Marseille", que tanto abundan hoy en el mercado y que nos dará la nota de color necesaria para completar el ambiente.

Las finas "panetiers" nos servirán de excelentes vitrinas, y cubriendo sus puertas con una tela interior, pueden ocultar los feisimos rollos de la pianola. Con las hidalgas rucacas rodadas se pueden construir característicos pendientes para la luz. Los "garde marger" altos, con sus puertas torneadas, serán una excelente decoración entre dos ventanas del "living-room", al mismo tiempo que nos proporcionan una biblioteca inmejorable... Y hasta las pequeñas saleras y "boites a farine" pueden servir para privarnos de la visión inadecuada de un teléfono o de una caja de distribución de electricidad.

En general, un hábil ebanista, y de modo muy preferente si un enterado decorador lo asesora, podrá construirnos todo cuanto mueble requiera la vida moderna, desde un armario para la radio hasta un despacho de trabajo, solamente con no perder de vista las líneas fundamentales y el delicado matiz rústico del estilo. Y hablamos de delicadeza y de matices porque está muy extendida la superstición de que un mueble regional ha de ser forzosamente vasto y grosero. Todas las precauciones, tratándose

de del estilo que nos ocupa, han de ser pocas en el sentido de dotar al mueble de la máxima finura, sin que pierda la ingenuidad y, en cierto modo, el primitivismo fácilmente observable en los originales.

A las ventajas estéticas señaladas une el mueble proven-



Otro modelo de silla

zal la muy atendible de su baturra. Y más si se adoptan las formas campesinas. Pero aun adoptando las urbanas—parientes provincianas de "rocaille" de la Corte—para el salón y el dormitorio, ricas en ornamentación simbólica esculpida y en aplicaciones de metales recortados, puede simplificarse el costo de su mano de obra utilizando la técnica de la media talla, que no desdice, siempre que sea ejecutada con sentimiento y carácter. Insistimos que, en esta clase de muebles, el carácter y el color local deben estar más presentes que la suntuosidad y el primor.

Los tapizados y cortinajes los dicta el estilo. Aun cuando en su reajuste y adaptación al gusto moderno esté permitido fantasear un poco, no debe irse demasiado allá. Como es natural, deben evitarse los brocados, damascos y terciopelos. Sobre la aspereza de los asientos de junco—que deben dejarse al descubierto en las sillas y sillones del "hall" y del comedor—pueden utilizarse almohadones lisos, con bolados alrededor, en "toile du Jony" de tonos alegres, con su delicioso estampado de flores. En los sofás y "bergeres" pueden ponerse almohadones acolchados, con los botones del capitoné en el mismo género. En cuanto a las cortinas, deben ser muy simples. Apena con un dobladillo en la parte inferior, y dos hojas de canales abundantes, con tiraje lateral, que cierren al medio. Pueden ser, casi diríamos, deben ser, en cretonas, que armonicen con el color de los almohadones, pero en tonos más apagados. En el fumador y escritorio puede usarse un reps de color vigoroso, y en el dormitorio, como detalle de coquetería y de lujo, que contraste finamente con los muebles, los cortinados y cubrecamas pueden intentarse en tafetás rameados, de tonalidades oro, "beige" o rosa viejo. Algunas lámparas sobre potiches de mayólicas, con pantallas en pergamino o en las citadas "toiles du Jony" para los ambientes de recepción y trabajo, y en tafetás o sedas para los ambientes íntimos, terminarán la decoración complementaria.

Añadamos, para finalizar estas ligeras notas, que debe observarse gran cautela en la elección de "bibelots" y adornos en general, procurando no desentonar con cualquier chuchería de manufactura o intención vulgar estos interiores que debe ofrecerse encañados, naturales y sobrios, dentro de las normas de sosiego y de buen sentido que han predominado este noble estilo a todo lo largo de su evolución.



Masera, mueble provenzal muy característico

ra adquirir un rango estético que le otorga nueva utilidad y nueva personalidad en los interiores modernos. Así, por ejemplo, la masera o artesana—el "petrin" francés—en la que se hacía la pasta para elabo-

EL MICROFONO DEL PRESIDENTE—



OS presidentes del porvenir no se podrán librar de la fiscalización más estricta.

Tanto su vida privada como su vida pública irá seguida por el micrófono fiscal, aparato de radio de extrema sutileza que vigilará la respiración presidencial.

Alrededor del micrófono fiscal estará montada la más responsable guardia popular, que lo vigilará sin descansar.

Todas las conversaciones del presidente, sus consultas, sus confidencias, sus alegres chistes de sobremesa, hasta sus galanterías, tiene derecho a escucharlas el pueblo, y las escuchará buscando la onda presidencial en sus aparatos.

La cábala secreta, la acción de las camarillas, la recomendación, la conspiración del poder contra el poder mismo, la delación cortésana, todo eso estará evitado gracias al micrófono.

Las cartas de que se dé cuenta al presidente futuro tendrán que ser leídas frente al micrófono, y sus lecturas tendrán que ser controladas gracias a que sólo podrá leer los libros que le lean en voz alta.

Acabado el misterio presidencial, la confianza en una actuación no podrá ser desviada por ninguna especie calumniosa.

Sólo durante las ocho horas de sueño del presidente, quedará el micrófono a la puerta de la cámara regia, guardado por el más importante y mejor pagado empleado del Estado. Así no se oirán ni sus ronquidos ni sus suspiros, lo único vedado a la curiosidad pública.

En las constituciones porveniristas se estipulará en su artículo más importante esta ingerencia del micrófono, que será el cetro popular a través de salones, gabinetes y carruajes, yendo en el arzón delantero de la silla de montar cuando el presidente vaya a caballo.

Por fin, una cosa verdadera y vital substituirá a todos los elementos litúrgicos del poder y será la enseña mila-

AUGURIOS

grosa que esperaba el pueblo de los idólatras admirando enseñanzas sordomudas.

TIRANIA HIGIENICA—

LA tiranía de la higiene futura no tendrá comparación con ninguna tiranía.

El ejército de la higiene física será el ejército más cruel y entrometido de los ejércitos, mucho más bárbaro que el de los vándalos, pero su barbarie tendrá desinterés, noción calculada de sus deberes, sabiduría de cuartel absolutamente científico.

Por ser el último ejército que quedará en activo en el mundo, tendrá el armamento más eficaz, y por la depuración de los hombres que lo formen será de una responsabilidad tan eficiente que le estará permitido el juicio sumarísimo, en última instancia repentina y tajante.

El ejército de la higiene física no necesitará mandamiento judicial para revisar los hogares y penetrará en ellos en cualquier momento y a mano armada, castigando duramente a los que les celen últimas habitaciones.

Todo será responsabilizado por el ejército de higiene física, una cama que esté sucia, una cocina con el aluminio mal limpio, un niño sin lavar bien, una persona que no se haya bañado.

Los capitanes del ejército higiénico revisarán las lenguas y darán las órdenes de aceites y grajeas. No es posible mantener un pueblo antigripal sin perseguir esas cuevas preparatorias de gripes que enmarañan la salud pública, no puede haber hogar inviolable a la prevención prescripta por la violencia, de los doctores supremos, comunicada por los ayudantes de órdenes.

Los padrones de la salud serán los más rigurosos y será obligatoria la radiografía trimestral.

Los mejores camiones automóviles trasegarán enfermos en toda dirección, en rápida distribución.

El paisaje olerá un poco a yodo-formo.

La fiereza de los que griten en reulsión última. "¿Y la libertad individual?! ¿Y los inalienables derechos del hombre a su bohemia de descuidos?!" serán duchados y tratados como enfermos nerviosos, hasta que reduzcan su sobreexcitación gracias a inyecciones y curas de reposo.

No habrá rincón casero que no vuelva el ejército de la higiene física, ni armario que no abra, ni pecho que no ausculte, ni rodilla que no martillee, ni espalda que no pinche, ni bulbo raquídeo que no pruebe.

Con el mismo permiso que goza el empleado de la luz eléctrica para revisar el contador, los monopolizadores ultratiránicos de la salud, tomarán todas las presiones arteriales y las anotarán en la libreta casera de las presiones familiares.

Las cárceles, los castigos de camisa de fuerza, las extirpaciones quirúrgicas de la brutalidad, obedecerán de modo inmediato a las órdenes del ejército más entrometido del mundo y en funciones más incesantes de mando.

EL CIRCULO DE BABEL—

EL Casino o Círculo de Babel será fundado por el hombre en su hora plena.

Será un círculo supremo en que se congregarán todas las diversiones, todas las bibliotecas y los cien tipos de mujeres que cada cual puede buscar, cien tipos, claro está, repetidos todas las veces que el gran consumo haga necesario.

Cuartel general del ejército de la higiene física, serán revisados médicamente a la entrada todos los que pretendan el aire, las sirenas o las piscinas del máximo casino.

En los momentos epidémicos o sos-

pechosos habrá hotel de cuarentena, en el que residirán hasta poder entrar en el Círculo los que lo pretendan.

En el Círculo de Babel estarán establecidos, además, varios congresos internacionales en funciones vitalicias y algunas academias extrañas que gozará el futuro, como la Academia de los Cementos.

Los porteros de ese gran círculo no sabrán los nombres de los que entren y salgan, pues virtualmente serán socios de ese círculo conglomerado todos los ciudadanos del mundo, y así se evitará lo más molesto en casinos y círculos, que es la búsqueda de un socio al que hay alguien que espera en el salón de visitas, búsqueda pertinaz a través de salones y reservados, con miradas impertinentes y despreciativas de los criados a todos los sillones en que no está el socio que buscan.

OJOS PARA CIEGOS—

UNA de las tiendas más bonitas del porvenir será aquella en que se vendan ojos para ciegos.

La invención se deberá a la fusión del prisma con la cámara obscura, con una célula fotoeléctrica y un amplificador.

Los ojos para ciegos buscarán el arraigarse en los nervios finales que aun estén vivos en la proximidad del ojo artificial.

Para disimular el camino alámbrico por el que el ojo recibirá la descarga eléctrica, serán ojos provistos de monóculo con marco de metal y un cordoncillo que buscará las pilas secas disimuladas en los bolsillos.

Suprimida la ceguera en el mundo resultará más alegre la vida, pues ya no podrá suponerse a ese ser desvalido que nos sume a todos en inmensas negruras, dotándonos de un vasto sector de ciegos, bajo un inmenso toldo de negrura.

Estudiada esta influencia de la ceguera de unos pocos en el ver de todos, daría por resultado una propugación más viva de esa hora civilizada en que los escarpates de los ópticos que luzcan los ojos para ciegos, parecerán mirarnos al pasar, enterados por primera vez los escarpates de lo que son los transeúntes.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Para LA NACION) MADRID, noviembre de 1929.

TIZIANO,

EL PINTOR DE VENUS

(Continuación de la pág. 16)

vemos en la auténtica, y en la ventana que mira a un paisaje menos aristocrático, posada una paloma, ofrece gran semejanza de facciones con Lavinia Vaccelli, la hija del pintor, tantas veces modelo suyo.

Pintada la Venus para Ottaviano Farnese, que hizo también al pintor el encargo de su primera "Danae", custodiada en el Museo Nacional de Nápoles, vino a parar a España en el siglo XVII, por compra hecha en Inglaterra para Felipe IV. De la "Danae" había venido ya, para Felipe II, la versión que posee el Museo del Prado, hecha por encargo directo, diferente de la primitiva en la figura accesoria, y menos ardiente, sin duda, en la expresión general, acentuada en el de Madrid por la in noble vieja que substituye al Cupido y que se conserva, con variantes, en las otras dos versiones que están en San Petesburgo y Viena. Esta "Danae" nos ofrece una nueva concepción de Venus y marca en la galería de voluptuosidad del Tiziano, el momento culminante. Sólo en la "To" del Correggio se ve parecida intensidad de sensación física.

Anteriores a la "Danae" son unos colosales "Sísifo" y "Prometeo" que también el Prado posee, y relacionado con la "Danae", porque también fue pintada y enviada directamente por Tiziano a Felipe II, que acababa de casarse con María, Reina de Inglaterra, el cuadro de Venus y Adonis, en cuya figura varonil se ha querido ver el retrato idealizado del Rey español. Conservábase una carta del Tiziano al Rey, en que le felicita por el nuevo reino que le ha sido concedido y le habla de ambas pinturas, a las que llama "po-

sia", determinando así su carácter literario: "y porque la "Danae" que ya mandé a Vuestra Majestad se veía toda por la parte delantera, he querido variar en esta otra poesía y hacerla mostrar la contraria parte, para que el camarín en que han de estar quede más gracioso a la vista". Y con la promesa de otros lienzos mitológicos, en que ofrecía actitudes diferentes, añadiale, como pesaroso de no dar a Dios lo que es de Dios: "Y espero con ayuda de Dios mandarle, además de estas cosas, una obra devotísima que tengo desde hace diez años entre manos: en la que espera que Vuestra Majestad ha de ver toda la fuerza del arte que su siervo Tiziano sabe poner en la pintura". Parecía tal vez que entregarse a "poesías", tan del agrado de nuestro austero monarca, era falta de gravedad y mesura; y, sin embargo, nunca en lo religioso llegó Tiziano al grado de expresión tan acomodado, sin duda, a su íntimo temple, que muestra en los cuadros de mitología.

La "Danae" y la "Venus y Adonis" son dos soberbias piezas de la alta madurez del Tiziano. Del agrado con que las viera su tiempo nos queda el testimonio de una carta de Ludovico Dolce, fácil al encomio y particularmente entusiasta de nuestro pintor, en que descarta la hipérbole, se advierte sincerísimo y razonado entusiasmo. Describiéndole una de ellas a su amigo Alessandro Contarini, se la encarece de este modo: "Si yo supiese ahora retratar tan bien con mis palabras a vuestra señoría el Adonis del Tiziano como vuestra señoría me pintó con las suyas el cuadro de Rafael de Urbino, quiero creer, sin duda, que diríais que nunca fué por pintor antiguo ni moderno imaginada ni pintada cosa de mayor perfección. No obstante, lo que yo sepa sombrear con esta pluma bas-

tará, si no me engaño, para crear en vuestro ánimo una maravilla, tal como la que antes produjo mi lengua en el magnífico señor Pedro Gradénigo, de suerte que habiendo soñado por la noche una excelencia incomparable, al día siguiente, queriendo certificar a sus ojos, fuése a verlo y encontró que el efecto aventajaba con mucho a su imaginación y a mi esbozo".

Actitudes y exposición, y el cálido colorido tizianesco, hacen del cuadro, menos bien conservado que los otros, una obra de extraordinaria fuerza, con la cual completa el Museo de Madrid (poseedor además de varias copias antiguas de lienzos del Tiziano en el tema mitológico, entre ellos un "Rapto de Europa", de mano de Rubens) su representación de lo más importante que en el género dejara el pintor de Venecia. Y aun del famoso cuadro de su juventud, que abre el ciclo de las composiciones inspiradas, de cerca o de lejos, por el sentido de la belleza clásica, "El Amor sagrado y el Amor profano" guarda un reflejo enteramente a lo divino en el cuadro de la Virgen con Santa Brigida y San Ulfo, que ofrece, en las cabezas de mujer, un trasunto de las del lienzo de la Galería Borghese.

Pintor de reyes y emperadores, nadie disputa a Tiziano el título de pintor de cámara de la propia reina de Gnido y Pafos. Por él se naturaliza veneciana, adquiriendo bajo los cielos que lucen sus galas máximas con los rubores del crepúsculo y las tintas del otoño un alma sensual cuya violencia se acomoda bien al reposo de su cuerpo magnífico, en que los colores de Italia hacen olvidar los mármoles griegos. Y basta entrar en la sala del Museo del Prado, en donde se agrupan los más renombrados lienzos, para repetir en pequeño, lo que aplicó a Venecia entera messer Pietro Aretino: "Ella regna qui".

Siempre está SOLO ALBERTO



DINERO — atractivos — habilidad — en toda la ciudad no había un hombre más hábil en su profesión. Sin embargo los que lo conocían lo llamaban "el príncipe Notacerques".

Los hombres buscaban su amistad — solo por un momento. Las mujeres se volvían románticas al conocerle — hasta que se *apercibían*. Todo el mundo lo recibía con los brazos abiertos — pero no tardaban en alejarse de él — como si hubiera peligro en su compañía.

El pobre Alberto — tan dado a la sociabilidad y a las tertulias — que justamente le eran negadas. — Pobre Alberto — ignorante de su sobrenombre — y asimismo ignorante también del origen de ese apodo.

El mal aliento — es la falta social más detestable e imperdonable. Su presencia no es notada por sus víctimas — por lo que es *la última* cosa que nos imaginamos tener — *pero debería ser la primera*.

El mal aliento es una amenaza diaria definida de la que ninguno de nosotros está a salvo. Una cosa tan pequeña como un diente cariado puede causar — o una condición anor-

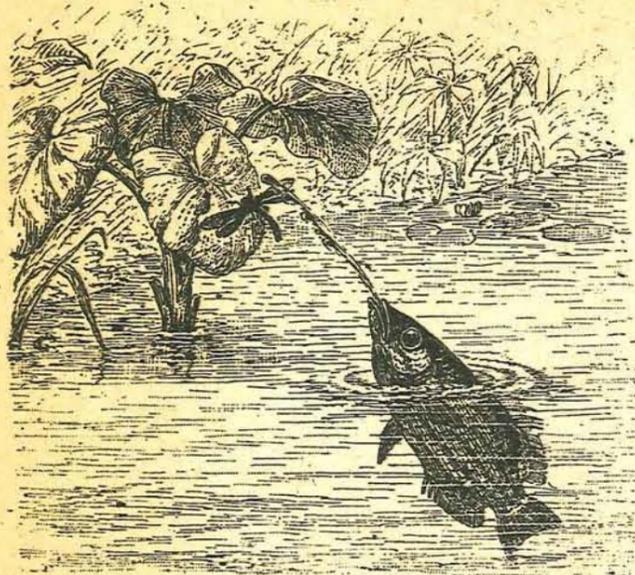
Cada día es mayor el número de personas que usan la Pasta Dentífica TIMO-FENOL.

mal de las encías o partículas de alimentos que no han sido removidos por el cepillo de dientes y que fermentan, o una pequeña infección de la nariz o garganta o por exceso de comida, bebida o tabaco.

Las personas inteligentes reconocen esta amenaza y se ponen a salvo de ella enjugándose la boca con ESTOMATINE todos los días, a la mañana, a la noche y antes de reuniones.

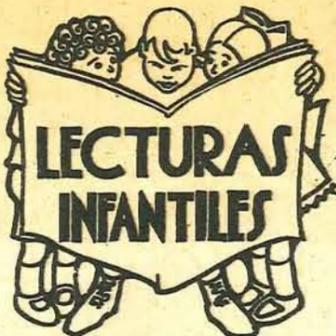
ESTOMATINE hace desaparecer el mal aliento porque es un antiséptico y germicida eficaz, especialmente preparado para eliminar la causa de los olores. Empezar a usarlo hoy mismo. Es mejor ser prevenido que ser desairado. Compre ESTOMATINE en las buenas Farmacias o remita \$ 2.— a la Compañía Industrial Farmacéutica calle Cangallo 2563, Buenos Aires, y recibirá un frasco a vuelta de correo.

ANIMALES QUE CAZAN: EL ARQUERO O PEZ SALIVADOR



El tozote, pez de los ríos de la Malasia, ha inventado una manera de cazar de lo más curioso, que le ha merecido el nombre de arquero o pez salvador. A pesar de ser acuático se alimenta de insectos alados. Cuando ve un insecto sobre una planta de las orillas, se acerca lo más posible a él, llena su boca de agua y sierra sus agallas. Saca entonces fuera del agua su hocico y contrayendo sus mandíbulas, proyecta contra el insecto un chorro de agua, verdadera ducha que al caer arrastra consigo a la codiciada presa, que no tarda en ser engullida por el cazador.

Lo más extraordinario es la admirable habilidad del pez salvador, que como buen arquero, no erra jamás. Este pez es uno de los mayores atractivos de varios acuarios. Colocándole insectos a una cierta distancia fuera del agua, no tarda en ejercitar su especialidad, causando con ello gran alegría entre los espectadores.



te, venga a bañarse o a beber. Muchas serpientes hacen exactamente lo mismo, manteniéndose horas enteras en los árboles en una quietud tal, que se confunden con sus ramas, hasta que algún animal llegue a pasar por ahí, en cuyo caso se descuelgan sobre él.

Algunos animales tienen una audacia increíble. Así, por ejemplo, el cuervo, que no tiene aspecto de ser un gran cazador, no titubea en atacar a los pequeños corzos cuando se encuentra con hambre.

Pero ninguno tan curioso como el peje-sapo, que practica la caza con anzuelo. Este pez, bastante voluminoso, se esconde en el barro y sólo deja sobresalir una pequeña banderita colocada sobre su hocico, con el intermediario de un largo filamento que flota sobre el agua. Los pececillos que se encuentran cerca suyo acuden hacia esta bandera, creyendo encontrar una presa fácil. Cuando se han reunido unos cuantos y se disputan el bocado, el peje-sapo abre su enorme boca y se los traga a todos sin más ni más.

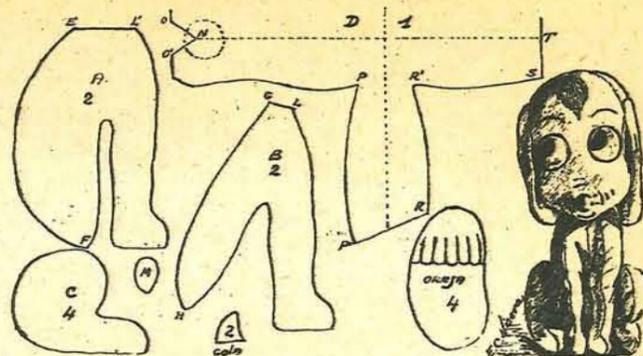
ABEJAS DESMORALIZADAS POR EL ALCOHOL

CUANDO una colmena ha quedado huérfana, esto es, sin madre o reina, y las abejas no han tenido la precaución de preparar una nueva reina, la población disminuye de día en día. Sucede entonces que las abejas vecinas, al ver que la colmena no se encuentra en condiciones de defenderse, la atacan y la despojan.

Es muy raro que las abejas se dediquen al robo; esto no cuadra en las costumbres tan justas y ordenadas como las suyas, y sólo lo hacen bajo la influencia de alguna circunstancia accidental, tal como la embriaguez.

La absorción de ciertos néctares, aun mal conocidos, los dulces fermentados o las frutas conservadas en alcohol son la

COMO HACER UN JUGUETE SENCILLO



PERRITO FANTASIA: Material a emplearse: terciopelo amarillo y naranjado para las orejas; blanco para el resto del cuerpo. (Los números indican la cantidad de partes iguales que hay que cortar de cada patrón). Se unen las piezas A desde E hasta F y las dos B desde G hasta H. Hecho esto se cosean ambas piezas de manera que coincidan L con L' y H con F. En la base de las dos patas se agrega la plantilla M. Para armar la cabeza, se unen los bordes NO con NO'; OP con PP'; RR' con R'S y lo mismo se hace con la otra mitad. (La línea NT señala la mitad del molde). Se obtiene así una especie de bolsa que se rellena con paja o algodón; se pasa un hilo por el círculo pintado del molde D, el cual al cerrarse formará el hocico que luego se pintará con tinta china. Los ojos son dos vidrios de reloj pintados al óleo. Las orejas llevan la mitad superior pintada de amarillo, con rayas negras y la mitad inferior de color naranja. Las cejas y las rayas que aparecen alrededor del hocico son celestes, lo mismo que la cola. La mancha de la frente y las patas, color naranja.

cause más frecuente de esta desmoralización que se apodera de las abejas en raras circunstancias. Nada más fácil que determinar esta embriaguez en una abeja, haciéndole absorber miel a la que se le habrá agregado una pequeña cantidad de alcohol.

UN BUEN PERRO GUARDIAN

UN perro llamado Rex, y su dueño, condujeron unas ovejas al mercado. Allí éstas fueron compradas por otro colono, que pidió al vendedor permitiera que su perro lo ayudara a llevarlos hasta su casa, que quedaba a varios kilómetros de distancia.

—Déle algo de comer cuando hayan llegado— indicó el dueño del animal—, y dígame que se vuelva a casa. Si lo hace así, todo irá bien.

Pero cuando Rex llegó con sus ovejas a la nueva casa era ya tarde, y al campesino se le ocurrió que sería mejor darle de comer y dejarlo que pasara la noche allí, ordenándole re-

cién al día siguiente que volviera a su casa.

El hombre durmió toda la noche, pero cuando fué al día siguiente a ver sus nuevas ovejas se encontró con que éstas habían desaparecido, lo mismo que el perro. Este había logrado romper la soga con que estaba atado, y, una vez libre, arreó las ovejas hasta su anti-gua casa.

ANIMALES EN CAUTIVIDAD

LOS animales cautivos emplean en ejercicios de gimnasia la actividad que no les permite utilizar la estrechez de su jaula. La marta, por ejemplo, se entretiene durante largas horas en hacer extraños saltos. Salta en una de las extremidades de la jaula, rebota dando vuelta sobre ella misma, toca el suelo en el medio de su prisión y repite nuevamente la operación. En pocas palabras, hace lo que se llama un ocho con tanta rapidez que el espectador cree ver realmente la cifra dibujada.

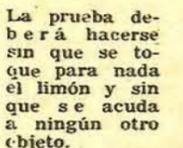
Los zorros cautivos se lanzan contra una de las rejas de su jaula con tanta fuerza, que echándose ligeramente hacia atrás, llegan a practicar un verdadero "looping the loop" cayendo nuevamente sobre sus cuatro patas. Los osos, los tigres y otros animales feroces se balancean durante horas enteras sin que se sepa con qué fin, aunque algunos suponen que es sólo para abanicarse.

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR

EL LIMON MAGICO



empero, y sin que el limón caiga al suelo.



La prueba deberá hacerse sin que se toque para nada el limón y sin que se acuda a ningún otro objeto.

Haga girar el frasco. Este entrará entonces dentro del bote aun cuando sea de tamaño ligeramente mayor que la boca de este último, y en tal circunstancia se podrá levantar el recipiente con la seguridad de que el limón no caerá.

ANIMALES QUE NO PAGAN SU ALQUILER

NO se encuentra en el Kobez, fuerte y robusto, ninguna circunstancia atenuante que haga admisible su pésima costumbre de instalarse en los nidos de las urracas. Cierto es que éstas no abandonan fácilmente sus casas y las defienden con valor, pero su implacable enemigo, más fuerte que ellas, acaba generalmente por vencerlas, procurándose de este modo, sin mayor trabajo, una cómoda habitación.

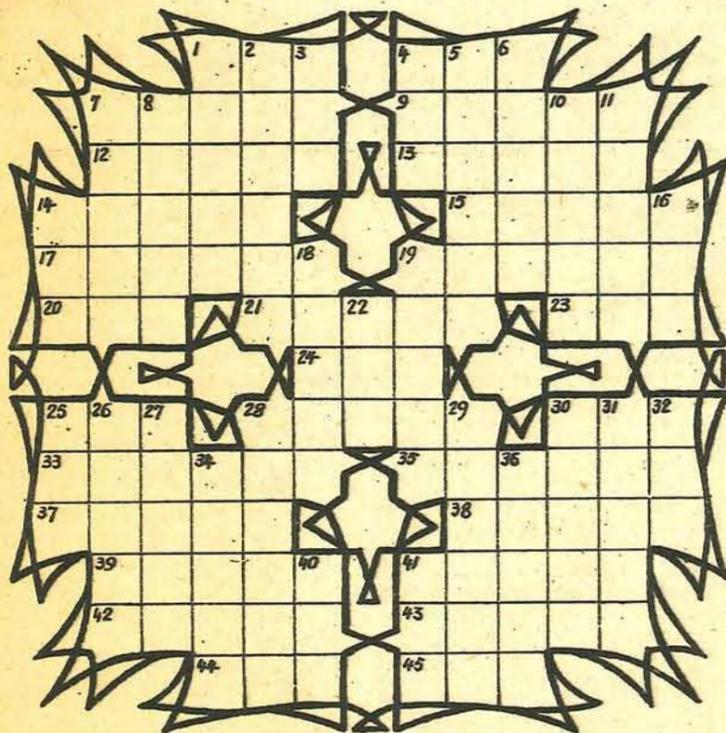
Los rompenueces no temen atacar a las ardillas, ocupando sus guaridas, cuando no han instalado aún en ellas a sus pe-

queñuelos. Como la forma de las guaridas no es adecuada para ellos, las destruyen, conservando, en cambio, el musgo y las pajitas que las ardillas buscaron primorosamente para hacer más confortable su casa.

ANIMALES QUE CAZAN

LA caza al acecho es practi-cada con gran habilidad por un crecido número de animales, que han comprendido que para no asustar a sus presas es necesario permanecer inmóviles. Tal es el caso de los cocodrilos, que permanecen días enteros sin moverse, escondidos en el agua o en el pasto de la ribera, hasta que su víctima, engañada por la calma aparen-

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

- | | |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------|
| Horizontales | |
| 1. Caminas de acá para allá. | 12. Demasías en el adorno, en la pompa y en el regalo. |
| 4. Pesca en que dos barcas, apartada la una de la otra, tiran de la red, arrastrándola por el fondo. | 13. Inclina y tuerce una cosa hacia un lado. |
| 7. Arbol de la familia de las coníferas, cuya madera, que se aprecia por su tamaño y blancura, aunque no muy resistente, emplease para determinadas construcciones. | 14. Mover los caballos los labios, alargándolos para alcanzar la cadenilla del freno. |
| 9. Aplicase a las personas o | 15. Halle la diferencia entre dos cantidades. |
| | 17. Aparejar, preparar, disponer, adornar. |
| | 19. Amagos de golpe para tocar con otro; hácese para en- |

ganar al contrario, que acude a parar el primer golpe.

- | | |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 20. Alcohol que se extrae de la melaza. | 23. Nombre de una consonante. |
| 21. Prolijo. | 24. Objeto o motivo con que se ejecuta una cosa. |
| 22. Dolencia. | 25. Hijo de Noé, cuyos descendientes, según la Biblia, formaron la raza negra. |
| 23. Nombre de una consonante. | 28. Aplicase a todo lo que halaga y atrae con falsas apariencias. |
| 24. Objeto o motivo con que se ejecuta una cosa. | 30. Dolencia. |
| 25. Hijo de Noé, cuyos descendientes, según la Biblia, formaron la raza negra. | 33. Pongan señales o apuntes en la margen de algún escrito o impreso. |
| 28. Aplicase a todo lo que halaga y atrae con falsas apariencias. | 35. Ciencia que expone las leyes, modos y formas del conocimiento científico. |
| 30. Dolencia. | 37. Mueven con impetu y fuerza alguna cosa. |
| 33. Pongan señales o apuntes en la margen de algún escrito o impreso. | 38. Notificar, hacer saber a una persona el emplazamiento o llamamiento del juez. |
| 35. Ciencia que expone las leyes, modos y formas del conocimiento científico. | 39. Corte oblicuo en el borde de una lámina o plancha. |
| 37. Mueven con impetu y fuerza alguna cosa. | 41. Extraños. |
| 38. Notificar, hacer saber a una persona el emplazamiento o llamamiento del juez. | 42. Agata listada de colores alternativamente claros y muy oscuros, que suele emplearse para hacer camaleones. |
| 39. Corte oblicuo en el borde de una lámina o plancha. | 43. Perro de raza cruzada, que se considera producido por la unión del dogo y el lebrle. |
| 41. Extraños. | 44. Arbusto de Levante, cuyas hojas se usan en infusión con fines medicinales. |
| 42. Agata listada de colores alternativamente claros y muy oscuros, que suele emplearse para hacer camaleones. | 45. Hermana, religiosa. |
| 43. Perro de raza cruzada, que se considera producido por la unión del dogo y el lebrle. | |
| 44. Arbusto de Levante, cuyas hojas se usan en infusión con fines medicinales. | |
| 45. Hermana, religiosa. | |

Verticales

- | |
|--------------------------------------------------------------------------|
| 1. Maltratar, molestar, perseguir a uno, perjudicarlo o hacerle padecer. |
| 2. Obstruyen, atragantan. |
| 3. Argentinismo: eres. |
| 4. Ponchera. |
| 5. Argentinismo. tonto, necio, lelo. |
| 6. Maquinan y disponen caute- |

losamente una cosa contra alguno.

- | |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| 7. Ciudad del norte de Siria, de muy importante comercio. |
| 8. Resoplan con ira y furor ciertos animales. |
| 10. Punto cardinal. |
| 11. El jefe de los ángeles rebeldes. |
| 14. Palabra inglesa con que designamos una tienda de bebidas alcohólicas, especialmente cuando éstas son servidas en el mismo mostrador. |
| 16. Pronombre demostrativo. |
| 18. Riñen, contienen. |
| 19. Que remata, cierra o perfecciona una cosa. |
| 22. Cantidad. |
| 25. Cabriolé de dos ruedas, de origen inglés, y cuyo coche-ro tiene un pescante elevado detrás del vehículo. |
| 26. Pongo o doy fin a una cosa. |
| 27. Movimiento desordenado de una muchedumbre, por lo común contra la autoridad constituida. |
| 28. Acábase, se termina o tiene fin una cosa. |
| 29. Miembro arquitectónico inferior del pedestal, debajo del neto. |
| 30. Especie de guante de punto, que sólo cubre desde la muñeca hasta la mitad del pulgar y el nacimiento de los demás dedos. |
| 31. Casualidad, caso fortuito. |
| 32. Cualquiera de los dioses de la casa u hogar. |
| 34. Conclusión, proposición que se mantiene con razonamientos. |
| 36. Expedir libranzas u otras órdenes de pago. |
| 40. Entre hilanderas, dícese del hilo o seda cuyas hebras están blandas por poco torcidas. |
| 41. Igualdad de las cosas en su superficie. |

EL CAPITAN DE LOS SIETE MARES



Los boers nos perseguían al galope tendido. Resolvimos detenernos después de haber recorrido unos cientos de metros, hacer fuego contra ellos para detenerlos y luego proseguir nuestra carrera hasta la granja. Repetimos varias veces esta maniobra. En una de esas paradas estaba yo por hacer fuego, cuando sentí que mi caballo se desplomaba. Lo había alcanzado una bala.

—Sujétese de mi estribo, me gritó Charlie Ross. Obedecí la indicación. Ross espoleó nuevamente su caballo y lo lanzó al galope. El relato de las botas de las siete leguas parecía realizarse en aquellos momentos. Yo creía tocar el suelo tan sólo una vez cada cien metros.

Pasamos por sobre la pared de la caballeriza como aves en vuelo. Después el fuego de nuestras carabinas logró detener a nuestros perseguidores, quienes desmontaron, inlestando un ataque a la usanza de los pieles rojas, es decir, arrastrándose sobre el suelo. Comenzamos a disparar nuestras armas sobre ellos individualmente, y, en efecto, logramos herir a algunos más; pero evidentemente nos hubiera sido difícil resistir aquel ataque. Al fin, Mas la providencia no quiso que fuera aquella nuestra última hora. Las columnas del ejército británico aparecieron en el horizonte, y los boers optaron por montar nuevamente sus cabalgaduras y emprender la retirada.

Nosotros, entretanto, sentimos una sed extraordinaria y con verdadera fruición nos lanzamos sobre el patio, para tomar, por lo menos, un balde de agua cada uno. Después salimos al exterior para ver si alguno de nuestros compañeros heridos aun estaba con vida. Encontramos a mi colega el sargento Munsey herido de una bala que le había entrado por encima del corazón, teniendo orificio de salida por encima del riñón izquierdo. Había sido herido cuando iniciamos el ataque contra los boers, echados sobre los pescuezos de nuestros caballos. El herido, no obstante la gravedad de la lesión, estaba aun con vida y lanzaba maldiciones a granel, no porque le hubiera alcanzado una bala, sino porque los boers le habían desvalijado hasta de la camisa. Todos sus elementos de vestido, sus botas y su rebenque, formaban parte a esa hora del botín de algún boer.

Pero Munsey logró curarse de su herida. Mucho tiempo después de la guerra un rico boer, que efectuaba un viaje de turismo alrededor del mundo, visitó el Canadá y dió a conocer su deseo de encontrar al sargento canadiense, cuyas botas y espuelas de plata había usado durante el resto de la guerra.

Yo no asistí al encuentro entre ambos; pero estoy seguro de que la entrevista debe haber sido muy curiosa.

Algún tiempo después recibí un mensaje del cuartel central del general John French, del otro lado del río Pongola, para entregarme al citado general. Salí con otro explorador para cumplir la delicada misión. La noche era oscura como boca de lobo y llovía torrencialmente. Era necesario llegar hasta el río Pongola y hacia él nos dirigimos valiéndonos de una brújula. Silenciosamente proseguimos nuestro camino, cuando de repente oímos una voz que nos ordenaba:

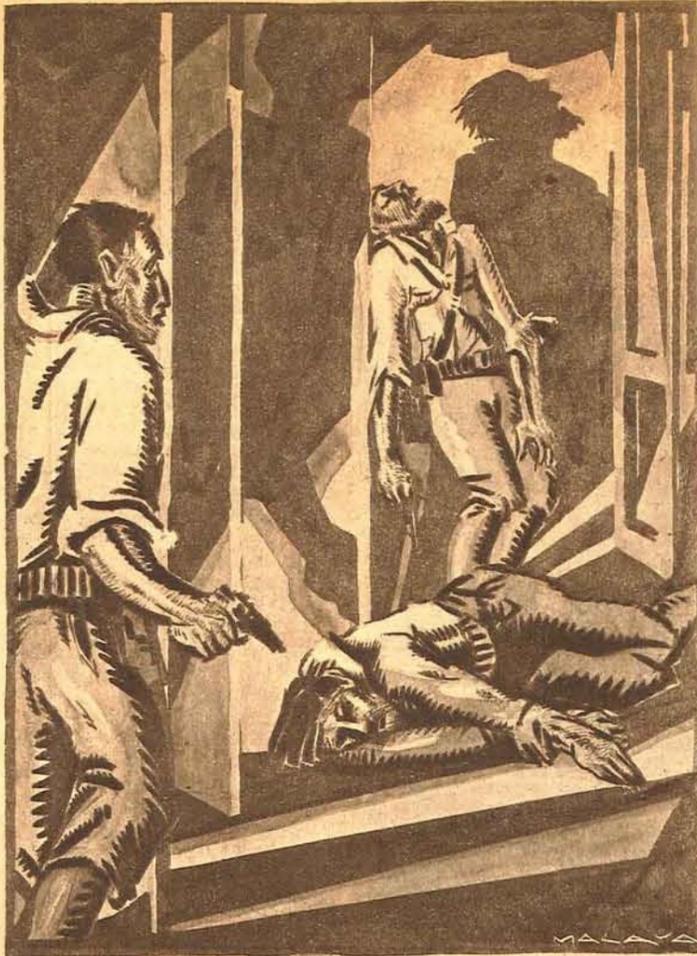
—¡Alto!

Por el acento comprendimos inmediatamente que se trataba de un centinela boer.

—No nos separemos — gritó a mi compañero, al mismo tiempo que ambos espoleábamos nuestros caballos siguiendo adelante al galope. Un segundo después estábamos en medio de un campamento boer.

Las balas comenzaron a silbar alrededor de nosotros. No merecía la pena gastar tiempo en contestar el fuego, porque hubiera sido imposible localizar a nuestros enemigos, por más que éstos se hallaban a muy escasa distancia.

De repente mi caballo efectuó un gran salto y me sentí como transportado a través del aire. Un segundo después me sumer-



gía en el agua. ¿Qué había sucedido? Sencillamente que los boers estaban acampados a orillas del río Pongola y nosotros, al adelantar, fuimos derechos al citado río. Felizmente no habíamos abandonado las riendas y cuando llegamos a la superficie, oí que las balas seguían cayendo a nuestro derredor. A duras penas se veía la otra orilla, del río y a él dirigí mi caballo, sosteniéndome bien a la silla en tanto que el animal nadaba hacia ella.

En medio de una verdadera lluvia de balas llegamos a la margen opuesta del río, apresurándonos en alejarnos del Pongola con la mayor rapidez posible. Ninguno de nosotros había resultado herido, ni tampoco lo estaban nuestros caballos.

Eran las dos de la madrugada cuando llegamos al campamento del general French, en Piet Retief, y esta vez fuimos detenidos por un "alto ahí" bien inglés.

Después llegó el 28 de febrero de 1901, fecha memorable que no olvidaré jamás mientras viva. Estábamos en las montañas de Swaziland. Se había sabido que algunos grupos de boers se estaban congregando en dichas montañas, y nosotros, los exploradores, recibimos orden de ponernos en contacto con ellos.

El primer día tuvimos algunos encuentros aislados, pero sin consecuencias. Proseguimos nuestro camino, a lo largo de un estrecho paso, cuando el mayor Beatty, quien se había adelantado con un reducido grupo de compañeros, volvió rápidamente hasta nosotros, diciéndonos:

—Muchachos, a apurarse. El mayor Howard está en plena lluvia de balas.

Esta orden fué suficiente para que todos nosotros nos lanzáramos al galope. Un momento después llegamos a un valle de unos 500 metros de ancho. En la pared opuesta a la nuestra se hallaban unas carretas de boers y ni bien aparecimos en el valle, más de cien enemigos comenzaron a saludarnos con una verdadera granizada de balas. Era cuestión de indios poder atacarlos con éxito, de modo que fuimos acercándonos a ellos, escondidos detrás de todas las rocas que encontramos en nuestro camino, a la vez que hacíamos uso de nuestras armas. Se trataba de una lucha sin cuartel. Para obligar a los boers a asomarse detrás de las carretas, levantábamos nuestras gorras con palos por encima de las rocas. Inmediatamente un boer asomaba la cabeza y hacia fuego contra el sombrero. Ese era el momento de hacer fuego contra el tirador y cuidar, al mismo tiempo, que ningún otro hiciera lo mismo con uno.

Después de una breve lucha entre los boers y los exploradores, los primeros emprendieron la retirada, dejando abandonada

Tres veces apreté el gatillo de mi pesado Colt y pude así deshacerme de mi enemigo, quien cayó herido de muerte alcanzado por una de las balas

dos sus carros. Llegamos hasta ellos. Allí, en el suelo, estaba "Gatling Gun" Howard. Su cuerpo era un verdadero colador. Otro hombre yacía, moribundo, a su lado. Nuestro jefe estaba muerto. Antes de expirar, su compañero nos contó que los boers habían matado de un tiro al mayor Howard, desde su escondite, cuando éste trató de acercarse a los carros que, al parecer, estaban allí abandonados. Una vez muerto nuestro jefe, los boers, haciendo alarde de un espíritu de salvajismo extraordinario, se pararon sobre su cadáver, llenándolo de plomo. Sus ropas estaban enteramente quemadas por los foganazos, lo que demostraba que todos los tiros habían sido hechos desde una distancia insignificante.

Charlie Ross, nuestro capitán, nos reunió en su derredor, y todos nosotros, rodeando el cadáver mutilado de nuestro jefe, levantamos las manos al cielo jurando no tomar ya ningún prisionero boer, sino matarlos a todos como represalia por ese acto de salvajismo. En efecto, cerca de 400 boers pagaron con su vida el acto de aquel grupo que, con instintos tan sanguinarios, había mutilado el cuerpo exánime de nuestro jefe.

Cuando nos alejamos de aquel lugar, Charlie Ross dijo en voz alta para que todos pudiéramos oírle:

—El primer explorador que me traiga un prisionero boer caerá ante mi propio revólver.

En aquel momento no creí, por cierto, que por poco iba a ser yo la primera víctima de aquella promesa.

En efecto, al día siguiente salí yo al mando de una patrulla de siete exploradores, con el fin de efectuar un reconocimiento.

En aquellos días ya habíamos aprendido a combatir a nuestros enemigos con sus propios métodos. Por lo tanto, resolvimos escondernos a lo largo de un camino, por el que necesariamente debían pasar los exploradores del general boer Botha. Esperamos algún tiempo. De repente, dos boers aparecieron en el camino. Di orden a mis soldados de que no hicieran fuego, hasta tenerlos bien cerca de nosotros. Cuando sólo los separaba una mínima distancia del lugar en que nos encontrábamos, yo me levanté, con el rifle preparado y les di orden de detenerse. Obedecieron de inmediato; pero uno de ellos echó mano de su carabina, disparándome un tiro, que me pasó rozando una costilla. Inmediatamente le contesté con un tiro, que le hirió en el estómago. El otro boer levantó las manos. Era un anciano de barba blanca, y confieso que no me senti

LA GUERRA ANGLO-BOER

POR EL CAPITAN JOHN THOMAS RANDELL

Dibujo de LUIS MACAYA

con suficiente valor como para ultimarle a sangre fría, ni dejar que lo hicieran mis soldados. Aquella noche falleció el boer a quien yo había herido. Me dijo que se llamaba Jan Pottgeiter, y me rogó que contara a los miembros de su familia, si llegaba a encontrarlos en su chacra, cómo había muerto. El hombre poseía un espléndido caballo, muy superior a cualquiera de los animales con que contábamos nosotros. En consecuencia, resolví usarlo como mi cabalgadura predilecta.

Al día siguiente llegamos al campamento con el viejo prisionero. El capitán Ross nos vió. Sin decir una sola palabra sacó su pistola automática, y cuando ya iba a descargarla contra mí, uno de mis compañeros, que se hallaba a su lado, le sujetó por la muñeca, quitándole el arma. Sólo cuando ya se había calmado, se la devolvió.

Cinco o seis días después, sin querer, llegué a la chacra de Jan Pottgeiter. Habíamos estado explorando el terreno, cuando sentimos sed y resolvimos hacer un alto en la primera granja, para tomar agua.

Una mujer boer salió a recibirnos. Cuando vió el caballo, entró corriendo a la casa, profiriendo gritos histéricos. Un minuto después salieron también algunas muchachas, las que regresaron a la casa, llorando y gritando en la misma forma.

Yo me alejé sin tomar agua, y creo que aquéllos fueron los minutos más desgraciados que pasé en mi vida. Es cierto que el boer me hubiera matado si su bala me hubiera tocado y que yo había actuado en legítima defensa; pero ello era imposible de explicar a un grupo de mujeres histéricas.

Aquella noche tuve otro encuentro, que pudo costarme caro. Ya era completamente oscuro. Nos habíamos separado ligeramente para efectuar un reconocimiento más preciso, cuando de repente, en momentos en que yo me hallaba completamente solo, oí unos disparos, al mismo tiempo que mi caballo caía al suelo, muerto. De inmediato me escondí detrás de una roca y empecé a vaciar mis revólvers al azar, pues me era imposible ver a mis enemigos, que también se hallaban ocultos detrás de las rocas. Durante algunos minutos continuó el tiroteo. Después, mis compañeros, atraídos por las detonaciones, se acercaron al lugar en que yo me hallaba y los boers, que no eran más de media do-

cena, emprendieron la huida, aprovechando la obscuridad restante.

Di orden a mis hombres de que continuaran el reconocimiento, y me dirigí a una casa, que sabía existía a alguna distancia de aquel lugar. La conocía y me constaba que estaba deshabitada, por lo tanto se prestaba maravillosamente para pasar en ella la noche, esperando que llegara el resto del ejército, que debía ser, si no aquella noche, por lo menos al día siguiente.

Después de una caminata bastante penosa, llegué a la casa. Efectivamente, estaba vacía y de inmediato me instalé en una de sus habitaciones del fondo, dispuesto a dormir bien aquella noche, después de comer primero algunos alimentos fríos. Serían aproximadamente las diez de la noche, cuando desperté repentinamente. Había oído el ruido de unas voces. Presté atención. Eran boers. Por su conversación comprendí que eran dos. Afuera había estallado una violenta tormenta. Fuertes truenos se hacían oír de tanto en tanto, y uno que otro rayo iluminaba por intermitencias todo el interior de la casa. Era evidente que los dos boers, a juzgar por su conversación, que yo entendía perfectamente, habían resuelto descansar esa noche en aquella casa, después de haber cabalgado durante el día, con el fin de protegerse contra la tormenta. Estábamos en guerra, y comprendí que de ninguno de ambos bandos podría esperarse un gesto de nobleza, de modo que sólo restaba disputar el alojamiento por medio de un duelo a revólver en la obscuridad. Saqué mis dos Colt y me acerqué, arrastrándome hasta la puerta de la habitación en que yo me hallaba. Ella comunicaba con otra pieza y ésta con una tercera.

Aprovechando la obscuridad me incorporé, ocultándome detrás del marco de la puerta, con las pistolas listas para entrar en acción.

En aquel momento, un relámpago iluminó las habitaciones y pude ver claramente a los dos boers, que se hallaban en la habitación del medio. Dos veces apreté el gatillo de mi pistola y oí que uno de los boers se desplomaba. El otro, en cambio, contestó el fuego en la misma forma. Era una batalla entre una pistola Máuser y una Colt, en medio de la mayor obscuridad. Los relámpagos parecían negarse a iluminar nuevamente el campo de batalla. Tomando como blanco el foganazo de los tiros del contrario, cambiamos por lo menos treinta tiros, mudando cada vez de lugar, sin que lográramos herirnos ninguno de los dos. Ensayamos to-

(Continúa en la pág. 40)



Las Tres Variedades Mennen — se elaboran en la Argentina —

... y las tres se expenden ahora a 70 centavos.

MENNEN BORATADO — Para niños.

El talco que ha librado de molestias y dolores a millones de niños en el mundo entero, y ha devuelto la tranquilidad y la alegría a millones de madres.

MENNEN Especial — Para HOMBRES.

Completamente neutro en aroma y color, absolutamente puro y esterilizado, es el complemento indispensable para después de afeitarse o del baño.

MENNEN a la Violeta — Para señoras.

Finura extraordinaria, perfume arrebatador... Predilecto en el tocado de las mujeres más distinguidas de todas las naciones.

70 cts.

Usar Mennen, es usar lo mejor.

MENNEN

Distribuidor para la Argentina H. E. HERZFELD — Río de Janeiro 228-33 — B. A.

EL CRIADERO NACIONAL DE CHINCHILLAS DE MIRAFLORES

POR
ARTURO MUÍ

Abra Pampa (Jujuy) noviembre 1929



cuatro mil trescientos metros de altura al pie del cerro Chutana y (departamento de Cochino), en la altiplanicie jujeña, se encuentra el Criadero Nacional de Chinchillas, de Miraflores.

Desde hace un año, aproximadamente, la gente sumó a sus comentarios, el rumor de que ese criadero, de propiedad particular, pasaría al gobierno nacional. Semejante versión se hallaba reforzada por manifestaciones de personas que decían haber oído declarar a altos empleados del Ministerio de Agricultura—a raíz de una visita de inspección a la Estación Zootécnica de Miraflores, en cuya jurisdicción hallase el criadero— que el establecimiento pasaría al Ministerio, el cual, a su vez, haría entrega de él al gobierno del Territorio de los Andes, a quien se ayudaría con una fuerte suma de dinero.

Como semejante plan—de ser verdadero—entrañaría el retiro de la concesión otorgada al propietario, amén de la pérdida de costosas instalaciones y de las chinchillas existentes, decidí visitar al criadero, a cuyo dueño saludé en nombre de LA NACION, y a quien pedí datos sobre la marcha del establecimiento.

Desde el primer momento me llamó la atención el notable cambio ocurrido en las instalaciones desde el año pasado—fecha en que lo visité en nombre de LA NACION, también— cambio que justifican las erogaciones a partir de su fundación y que ascienden a treinta y siete mil ciento cinco pesos con ochenta y siete centavos moneda nacional. En vez del rancho levantado en un zanjón, cuyos flancos le servían de paredes, encontré esta vez una casa habitación de estilo sueco con cinco piezas, construida con material cocido. Los cuartos son cómodos y provistos de estufas. A cincuenta metros de la casa, está el alambrado, tendido sobre

Las jaulas de madera en que se alojan las chinchillas del criadero de Miraflores

una extensión de dos cuerdas. Este alambrado penetra en la tierra a una profundidad de cincuenta centímetros y descansa sobre un basamento de Portland. Además, por esta misma profundidad el alambre tejido se extiende por todo el terreno, con objeto de evitar que las chinchillas puedan salir por debajo del alambrado, cavando el piso. En el centro del terreno cercado se levanta una jaula metálica de setenta metros de largo por cincuenta de ancho y un metro y medio de altura. Posee puertas también metálicas colocadas a cada costado de la jaula. Dentro de esta primer estructura se hallan jaulas de madera de doble fondo, con un canal oblicuo, dividido por mitad. En estas jaulas se encuentran las chinchillas. Cuando advierten la proximidad de personas extrañas o escuchan ruidos sospechosos, abandonan su madriguera, y utilizando la disposición del canal, van a esconderse en el cajón que se halla junto al nido, sin advertir, por supuesto, que no han hecho más que cambiar de lugar en la misma prisión.

Después de pasar revista a las jaulas, fuimos al escritorio del propietario, con quien departimos un rato, después de hojear los libros y revistas extranjeras que tratan en general los artículos de peletería, en especial las publicaciones denominadas "Fur Farming", de Londres, y "The Fur Journal", órgano de la Asociación Industrial de Nueva York.

—Confieso—dijo nuestro entrevistado—que no ha dejado de inquietarme los persistentes rumores de que se me quitaría el criadero. Comprenda usted que no sólo perdería mi capital, sino también el fruto de sacrificios sin nombre, aparte de que estoy convencido de que también quedaría anulada esta costosa industria nuestra, la única que subsiste en el mundo, como lo

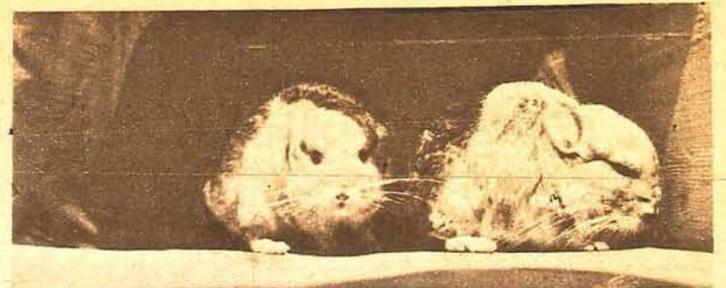


Un verdadero "artículo de lujo": tapado de chinchilla que figura en los catálogos parisenses al precio de 100.000 francos

demonstraré en el curso de la conversación.

Con todo, confío que estos rumores, por más que les dé visos de verdad las manifestaciones de un empleado del Ministerio de Agricultura de la Nación, no pasen de ser simples decires. El Gobierno, por lo demás, y sin haber expuesto un centavo hasta la fecha, tiene el 20 o/o en los rendimientos de este criadero, cuyo futuro, a no mediar inconvenientes opuestos por los poderes públicos, será de grandes y sorprendentes beneficios.

Los datos oficiales registrados en la revista "The Fur Journal", de la Asociación Nacional Industrial Norteamericana; en la publicación "Fur Farming", de Londres, y en los ar-



Dos de los más hermosos ejemplares que forman parte del criadero jujeño

tículos de Frank G. Ashbrook, del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, destacan especialmente la gran importancia que revisten los criaderos de animales silvestres, y ellos mismos, nos convencerán de la bella realidad de que los argentinos tenemos el único criadero de chinchillas, que ha conseguido mantenerse con óptimos resultados.

Hace dos años se instaló en Uyuni, con el beneplácito del gobierno boliviano, un criadero de chinchillas con un fuerte capital británico, y bajo la dirección de técnicos europeos. Con todo hace aproximadamente seis meses, el criadero de Uyuni levantó sus instalaciones a causa de la falta de chinchillas, pues es de saberse que este hermoso animal es oriundo de los Andes argentinos, y es muy escaso.

Además, el año pasado, el gobierno chileno votó quinientos mil pesos para la búsqueda de la chinchilla, designando al efecto una comisión encargada de semejante cometido. Esta comisión regresó hace poco de sus excursiones, con la ingrata nueva de que no había podido conseguirlas.

En Europa, en el Canadá y en los Estados Unidos, existen criaderos de diversas familias de animales importados para la industria peletera, pero no figura entre ellas, el de la chinchilla, según se registra en datos recientes.

El Canadá, que es el país que más se ha dedicado a la cría de animales en cautividad, tiene una entrada anual de más de treinta millones de pesos, habiendo vendido últimamente cuatrocientos casales de zorros plateados a Rusia y otras grandes cantidades a Finlandia, Alemania, Austria y Checoslovaquia. El año pasado el Canadá tenía en cautividad 37.912 zorros plateados, 1238 zorros Cross, 881 colorados, 446 azu-

les y 5749 de otras especies, repartidos en un total de tres mil quinientos criaderos. En Noruega se han instalado, hace poco, tres compañías, una con sesenta casales de zorros premiados y las otras con treinta pares cada una.

Ahora bien: la importancia del criadero de chinchilla es superior a la del zorro plateado, según se desprende de la siguiente demostración:

ZORROS

Son adultos al año y medio. Crian una vez por año, con cuatro ejemplares por T.M. La piel es completa entre los dos y los tres años. Mantenimiento anual: \$ 250, término medio. La piel del plateado cuesta alrededor de \$ 200 cada una.

CHINCHILLA

Son adultas a los 4 meses. Crian dos y hasta tres veces por año, con dos a 4 ejemplares por vez; anual 5 a 6. La piel es completa a los ocho meses. Mantenimiento anual: \$ 100 por término medio. La piel de la chinchilla cuesta de \$ 300 a \$ 400 cada una.

Actualmente el criadero de chinchillas de Miraflores cuenta con diez ejemplares, dos de los cuales nacieron el 10 del corriente. Para enero se cree que este número aumentará a doce, pues se espera la parición de una de las hembras jóvenes nacidas en el criadero.

Como el plantel con que se dió comienzo al criadero fué de dos hembras y un macho, puede inferirse que los resultados obtenidos son alentadores de suyo. Y seríanlo aún más si los poderes públicos, que al fin y al cabo devengan el 20 o/o de la utilidad, proporcionaran al propietario de este establecimiento—que ha invertido ya su capital—los medios de dar mayor amplitud a su iniciativa, cuyo carácter de argentino, ha mantenido siempre. En efecto, no ha mucho rechazó una oferta de dos mil dólares por un casal de chinchillas, hecha por una fuerte empresa norteamericana.

EL LENGUAJE TORPE

POR

LEOPOLDO LUGONES

soluta originalidad es una pe-
dantería romántica.

El falso escritor es aquel que sólo busca en el arte su lucimiento o su provecho personales; y como este egoísmo revela de consiguiente su irremediable mediocridad, lo que toma por dechado en los mejores, con el fin de igualarse a ellos, es alguna condición secundaria, o formal y relativa. Tal, por ejemplo, el lenguaje que emplean los gauchos de Güiráldez, quienes no son gauchos porque hablan así, sino que hablan así porque son gauchos; de tal modo, que su lenguaje resulta, como en la vida, la expresión de su carácter y sus acciones. Hacer del gaucho hablando como él equivale a intentarlo vistiéndose con sus prendas: parodia infaliblemente ridícula. El verdadero escritor se conoce en la intimidad con que encarna sus personajes, comunicándoles su propia vida; no en cómo los viste o los hace hablar, porque esto es tragin de titiritero.

No hay arte sino artificio en remedar el habla de la gente: mera payasada que, a no acertar en diversión, fracasa en simpleza. La gran miseria de nuestro teatro nacional consiste en esa eterna imitación del mal castellano que hablan los extranjeros de otro idioma; como si esto pudiera asombrar en un país de inmigración. El éxito de esta cursilería lugare-

ña es afligente para la gran capital. Y mientras persista en él, su teatro no habrá salido del circo. Los escritores gauchistas de mi referencia pertenecen, claro está, a la misma comparsa. Menos el recurso, si quiera sea infeliz, del gracejo físico. De suerte que sólo queda en su grosera desnudez el lenguaje de palurdos nada gauchos para mayor desventura. Usado, en efecto, por gente que apenas conoce el campo de veraneo, o que confundió la creación artística con esas dos calamidades modernas del "turismo" y del "folklore", incurre en otro yerro no menos inevitable: la exageración, con que recargando por debilidad lo que no sabe caracterizar con firmeza, viene a tornarlo grotesco. Para empeorarlo aún, la facilidad inherente al uso de ese lenguaje, bajo la forma, muy fácil también, del diálogo, acaba de embrollar la parodia en insubrible charlatanería.

Pero los gauchos nunca hablaron así. Lacónicos hasta lo sentencioso, el hablador gauchesco siempre su desprecio. Gallardos en su rudeza, nada menos ridículo ni grotesco. De aquí la predilección con que tantas veces se "agaucharon" hombres de estirpe y talento como Cunninghame Graham.

Su chispa jovial estalla sin grosería. Su pundonor estimase con hidalga mesura. Su condición de hombre libre es una especie de señorío natural que constituye la dignidad de su estampa. El hábito refranero y el ritmo de la copla habitual imprimen a la mayoría de sus frases una medida octosilábica que recuerda la entonación del romance. Su castellano, entre arcaico y reducido por las sincopas y elisiones de la índole popular, es defectuoso, pero no deforme; rústico, mas no grosero; y nada confuso ni mentecato. Conserva en gran parte el idioma de la Conquista, viril y sabroso si los hubo; y la mayor parte de sus trasteques ha quedado clásica, por decirlo así, en los mejores modelos de la novela picaresca. Los gauchos de Güiráldez hablan, por cierto, de este modo.

El gauchiparlante a tutiplén hace todo lo contrario. Su sistema consiste en no dejar palabra indemne. El signo que más emplea es el apóstrofo. Supone que el criollismo del lenguaje es proporcional a su deformación; y para acentuarlo, abunda cuanto puede en esa charla estropajosa que resulta un tartamudeo de imbécil. Y como el estilo es el hombre, el gaucho que le sale repite su propia facha de pueblera maneador en el chiripá.

Peor todavía cuando quiere

hacer literatura con eso, transformando en metáforas de la nueva sensibilidad los enseres y usos de la campaña. Resulta el mismo disparate que le saldría a quien compusiera milongas con música de Eric Satie. Comparación nada arbitraria, a fe, pues el género tiene su música correspondiente. Y sus progenitores. Así Ascasubi, que lo aplicó a la literatura política y al paisajismo romántico, en el que habían de seguirlo del Campo y Regules con igual desacierto. Pues ni el gaucho fué nunca paisajista, ni es posible

"BEL PAESE"

Nutritivo
Digestivo

Pídalo a su
proveedor.

Representante:
J. SICCARDI
Ayacucho 30
U. T. 47 (Cuyo 4237)

Distribuidores
en Montevideo:
VIAPIANA Y FERNÁNDEZ
Mercado del Puerto

AGUA
PALAU

UNICA
TERMAL



FIGURAS DEL AMBIENTE MARTIN GIL

Martín Gil en su casa de Buenos Aires

pondiendo a una nueva inquisición mía—, creo que mi observatorio era el segundo espectáculo de la ciudad. Junto con el pasaje, el turista que iba por primera vez a Córdoba recibía, indefectiblemente, ambas indicaciones. De este modo, pues, demás está decirle que vi llegar muchas personas hasta mi cúpula. Entre ellas, por cierto, algunas muy interesantes... Una vez, por ejemplo, se presentó un hombre reconcentrado, de aspecto bastante extraño. Con marcado acento italiano, me declaró que había venido de Bahía Blanca tan sólo para verme. Luego, tomándose del brazo, con un aire de misterio que todavía recuerdo bien, me dijo:

—Un hermano me ha robado toda mi fortuna y se ha fugado. Usted es el único hombre en la tierra que puede decirme dónde está. Por eso he venido a verlo...

—Y como yo tratara de vencerlo de que me dejara todos los datos y volviera después de quince días, el hombre agregó:

—Piénselo bien: de usted depende mi felicidad... o mi ruina.

—Y clavaba en los míos sus dos ojos descentrados, enormes.

—A la noche de ese mismo día, volví a verlo en la estación. Acompañado de dos policías, "mi desconocido" se tomaba, otra vez, unas nuevas vacaciones forzosas en Oliva...

UNA NUEVA MANERA DE PERDER EL TIEMPO

"Cierta tarde—añade Martín Gil después de una sonrisa—llegó hasta mi observatorio un rico comerciante. Luego de examinar a su sabor la parte del cielo austral que enfocaba mi telescopio, el hombre miró de arriba abajo el aparato, y encarándose conmigo me dijo:

—Dígame, Martín Gil, ¿para qué se ha puesto a gastar tanto dinero "en esto", que no produce nada?

—Para tener un motivo de perder el tiempo—le respondí.

SAINT SAENS Y SU AFICION POR LA ASTRONOMIA

"He tenido oportunidad de observar muchas veces—prosigue—que los músicos tienen una marcada inclinación por los estudios astronómicos. La razón de ello, quizá, haya que buscarla en las leyes de la armonía, maravillosamente expresadas en el mundo sideral. Saint Saëns, a quien tuve el honor de conocer en Córdoba, abrigaba una gran curiosidad por las cosas del cielo. Después de una cariñosa recepción que le di en mi casa, subimos a la

cúpula. Quería conocer la parte del cielo austral, invisible desde Francia. Esa noche hacía en mi observatorio un frío intenso, imposible de contrarrestar, porque en tales recintos no se puede usar calefacción debido a que el aire caliente, al escapar por el sector abierto por donde se mira al cielo, perturba la imagen telescópica.

—Si no fuera por ver este cielo—me dijo—no me quedaría aquí ni dos minutos. Inmovilizado ante el antejo, permaneció allí dos horas, sin embargo. Desgraciadamente, la luna llena—dictatorial esa noche—desvirtuó mucho las imágenes sutiles de ciertas cosas. Le encantó sobremanera la visión de la estrella doble Alfa Centauris, la más hermosa, en su género, de todo el cielo visible e invisible; pero lo que lo conmovió ostensiblemente fué la contemplación del célebre grupo telescópico "kapa-crucis"—que él ya conocía por sus libros—y que está compuesto por un puñado de estrellas que semejan un soberbio "pendantif" estupendamente coloreado.

—Es un maravilloso ramillete de flores—decía el gran maestro, acomodándose mejor a la escalera de observación. Luego, agitando continuamente su mano derecha, me repetía entusiasmado: —¡Ravissant! ¡Ravissant!"

"Vió esa noche muchas cosas del cielo austral que siempre había deseado conocer, según me dijo. Desgraciadamente, la luna llena—"la fâcheuse pleine lune"—como él me repetía luego de continuo en sus cartas, amenguó mucho la belleza de algunas imágenes.

"Interesado por comprender la teoría del micrómetro de mi ecuatorial, me pidió que fuese al día siguiente al hotel a explicársela cómodamente al lado de una estufa. Verá usted lo que ocurrió".

DE COMO LA ASTRONOMIA PUEDE HACER FRACASAR UN CONCIERTO DE ORGANOS

"Me esperaba a las dos de la tarde. Al llegar, lo encontré preludiando dulcemente en un piano adornado con dos hermosos floreros cubiertos de rosas.

—¿Esta listo?—me preguntó inmediatamente después de estrecharme la mano—. He preparado una mesa con papel y lápices—añadió—para seguir la cuestión del micrómetro, que anoche seguramente no comprendí por el gran frío de la cúpula. Vamos—dijo. Y tomando un florero en cada mano, con un porte solemne, se dirigió lentamente hacia un salóncito. Como a él le faltaban ciertos principios de geometría—diámetros aparentes, diámetros verdaderos, valores angulares, etc.—, la explicación resultaba lenta y difícil. Lo más interesante del caso, sin embargo, se presentaba inesperadamente. Saint Saëns debía tocar el órgano esa tarde en la iglesia de Santo Domingo. Cuando se acercó la hora señalada, dos artistas franceses—un violinista y un violoncelista, que lo acompañaban en su jira—llegaron respetuosamente hasta su departamento para recordarle el compromiso contraído.

—¿Qué tengo que ir a hacer a Santo Domingo?—preguntó Saint Saëns verdaderamente intrigado.

—Tocar el órgano, maestro. Todo Córdoba desea escucharlo—le respondieron.

—¡Ah! Si, si... Pero yo ahora no tengo ningún deseo de tocar el órgano. Quiero concluir esta cuestión del micrómetro, que siempre me ha preocupado y que ahora, felizmente, voy comprendiendo...

—¡Pero, maestro! El templo ya está lleno de gente... Todo el mundo le espera allá...

—Bueno—cortó bruscamente Saint Saëns—, no tengo ganas de ir...

—Y volviéndose a mí, prosiguió:

—Sigamos...; ¿quiere decir, entonces, que el valor de un segundo de arco sobre la luna no es el mismo que el de un segundo de arco medido en el disco del sol?

—Y ante el desconsolado asombro de aquellos dos músicos franceses—termina diciéndome Martín Gil—la teoría del micrómetro, explicada en una mesa de hotel, malogró el concierto de órgano más estupendo que probablemente hubieran tenido ocasión de oír en toda su vida los fieles de Santo Domingo".

COSTUMBRADO

al presente político del "diputado Martín Gil", al llegar a la casa de la calle Cerrito casi me había olvidado por completo del motivo central de este reportaje. Lo recordé, sin embargo, por dos hechos bastante sencillos. El primero tiene algo que ver con un cielo plomizo, entrevisto fragmentariamente a lo largo de una escalera interminable, que supliendo de muy mala gana el ascensor descompuesto me llevó hasta el sexto piso. El segundo, lo descubrí en el mismo "hall". Allí, bajo la forma de un "Bulletin de la Société Astronomique de France", lo encontré, en vergonzante contubernio, con la "Canción del ladrón", de Llobet, y un arreglo para guitarra "De los países y hombres extraños", de Schumann. Centrado, entonces, en cuanto a mi inquisición, abrí, ante los ojos cordiales de Martín Gil, el primer capítulo de este reportaje.

"PROSA RURAL" O DE COMO LLEGUE A PSEUDONIMO

"Estaba estudiando primer año de Derecho en Buenos Aires—empieza diciéndome Martín Gil—cuando la muerte de mi padre me obligó a trasladarme a Bell-ville, provincia de Córdoba, a ocuparme de la administración de nuestra estancia, único patrimonio que nos había dejado al fallecer. Demás está decirle que la carrera de abogado no me interesaba en lo más mínimo, y que con gusto cambié los códigos de Justiniano por la esplendidez de aquellas mañanas camperas, magníficas de plenitud y soleadas de recuerdos. Permanecí allí diez años. Producto de aquella soledad fué un pequeño libro que titulé "Prosa rural", porque él resumía mis observaciones de hombre de campo frente a aquella naturaleza siempre pródiga en inquietudes y perpetuamente renovada en sugerencias. Con este libro,

crear tipos gauchos sólo con ponerse a hablar como ellos. El mismo Hernández, único creador en verso, vuélvese lamentable apenas se acuerda de su literatura culta. En el gaucho, como en todo ser humano, por lo demás, lo interesante es la acción que determina sus peculiaridades externas. Reducido su tipo a estas últimas, saldrá un gaucho pintado, pero no viviente. Es lo que le pasa al literato urbano, en quien despierta el interés de lo exótico, resultando de consiguiente un mero tema para su literatura cosmopolita.

Acaso sea el rasgo dominante de la verdadera creación, la correspondencia del lenguaje con la del carácter cuya expresión constituye. Imposible, pues, crear gauchos con palabras gauchas. Esto no es creación, sino fabricación. Quienes lo hacen y lo gustan, son los mismos que toman por arte la música y canto a máquina, surtidos con el mismo procedimiento del restaurante automático: sona-

Por CESAR PORCIO

construido en la modestia de mi soledad, me vinculé por primera vez a la literatura. Y aunque en él perdí mi apellido, el primer elogio que recibí fué de LA NACION, precisamente. D. Julio L. Jaime, crítico de envidiable talento, popularizado en las columnas del diario con el nombre de "Brocha Gorda", iniciaba así su artículo bibliográfico: "Ignoramos quién es la persona que se esconde bajo el pseudónimo de Martín Gil, pero su libro "Prosa rural", etc. Y me dedicaba a continuación un elogioso artículo a dos columnas..."

DERROTADO HASTA UN ECUATORIAL DE 180 mm.

Yo lo interrumpo para plantearle una pregunta que—bueno es también que lo confiese—me ha preocupado muchas veces.

"Mi afición por la astronomía—me responde Martín Gil—nació escuchando, cuando niño, las conversaciones de mi padre con el ingeniero Toribio Aguirre, eminente hombre de ciencia de una modestia y de una sencillez bastante poco comunes en estos tiempos. Recuperado en Bell-ville el derecho a mi soledad, me dediqué a estudiar, entonces, todo lo que me interesaba: ciencias físicas, matemáticas, etc. Mi primer antejo astronómico me costó trescientos pesos; de allí, en etapas sucesivas—penosas muchas de ellas, porque nadie venía en mi auxilio cuando me perdía en la maraña de mis dudas—llegué hasta el ecuatorial Zeiss, de 180 mm., que tengo actualmente, y con el que he realizado mis mejores estudios. Con todo—subraya Martín Gil—, le ruego diga que no soy un astrónomo, sino un "amateur", un simple aficionado, con instrumentos propios y libros de estudio, nada más".

LA FORTUNA PERDIDA O EL SEGUNDO ESPECTACULO DE LA CIUDAD

"Después del parque Centenario—prosigue Martín Gil res-

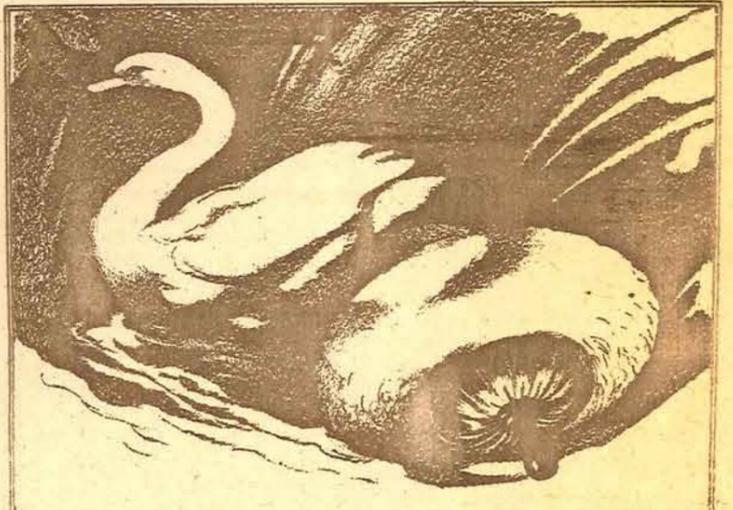
tas y arias del más delicado lirismo, a las dos de la tarde—a las catorce, más bien—en la barbería o en la tienda del lustrabotas...

Todo es la misma barbarie maquinal que le destruye el oído a la pobre gente, y le enseña elegancia cursi en los gestos y ademanes de las "estrellas" de pantalla. Mecánica y más mecánica, lo mismo para fabricar gauchos literarios que máquinas de escribir o señoritas fotogénicas. Por fortuna, la obra maestra lleva en sí misma su inviolabilidad: es inimitable. No hay procedimiento para repetirla; y la única actitud decorosa ante ella, consiste en la noble humildad de admirarla sin ambages.

Cuando emplea el lenguaje gaucho quien de veras lo conoce, como Lynch o Sáenz, por ejemplo, adviértense al punto las tres condiciones de que precisamente carece la gauchiparala: la sencillez, por decirlo así, rectilínea; la altivez fatalista y la sobriedad. El gaucho no dis-

curre, en verdad, sino cuando narra. Conserva hasta en eso la semejanza con el beduino antecesor. Su cuento no describe, ni menos pinta. Es una sucesión de acciones como el verdadero drama en el cual vale siempre más el movimiento que las ideas. Estas no ofrecen ningún interés al gaucho. El gaucho es un artista. Un poeta que vive su poesía en su libertad, no en su palabra. De aquí su pundonorosa reserva; pero, al mismo tiempo, la sinceridad de su buen humor.

El lenguaje que falsea estas cualidades, ateniéndose puramente a la expresión fonética del campesino que lo emplea, resulta torpe porque sólo conserva la rusticidad: la recia cáscara del fruto. Nada, entonces, más calamitoso, por supuesto que para el autor, no para el gaucho. Este sigue sabiendo, al fin, más música que sus cantores de oídas; más filosofía que sus psicólogos de lance, y más castellano que los literatos gauchistas.



Como borla de cisne.

Deliciosamente finos. Matizan la perfección del cutis y ocultan sus imperfecciones. Huele a jardín.

Use usted

POLVOS TRINI

del tono que prefiera.



GAL MADRID - BUENOS AIRES LONDON - NEW YORK

EN LOS DOMINIOS DE LA CHEKA



ODO mi ajuar consistía en dos pares de calcetines, un camión de noche y tres pañuelos de bolsillo. Por consecuencia de los trabajos duros que tenía que realizar, mi traje estaba desgastado.

En cuanto a mis compañeros, se encontraban en situación más terrible todavía. Como el frío iba en aumento fueron colocadas dos estufas rudimentarias en el centro de la catedral. En nuestra habitación pusieron otra, y los deportados la utilizaban para hervir allí el bacalao y las patatas. La pieza se llenaba entonces de un humazo espeso que escocía los ojos.

Tuve la satisfacción de encontrar en el campo a muchos de mis antiguos compañeros y amigos de la cárcel de la Schpalarnaya. Algunos habían cumplido ya su "cuarentena moral" y terminaban el primer año de reclusión. Unos cuantos, especialmente los ingenieros y los médicos, consiguieron arreglárselas bastante bien y desempeñaban funciones profesionales en relación con sus aptitudes. Los especialistas integraban la décima compañía, compuesta de seiscientos hombres, y ocupaban un edificio especial con frente a la plaza. En otros tiempos había sido residencia de los monjes, cuyas celdas habitaban ahora los reclusos.

Mis amigos me prestaron gran ayuda. Empezaron por proporcionarme víveres. Yo no podía comprarlos porque aun no me habían abierto la cuenta corriente en la caja de la administración penitenciaria. Gracias al auxilio de mis camaradas no pasé hambre.

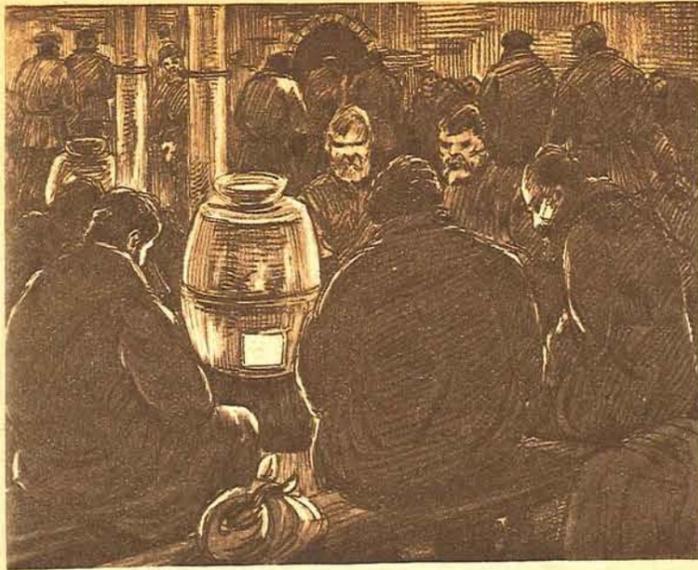
En la cooperativa del campo, situada en la plaza frente al Kremlin, se puede comprar artículos alimenticios y hasta ropas. La tienda está instalada en un quiosco improvisado con los restos del antiguo presbiterio de la catedral, y la sirven los mismos detenidos. Realiza un buen negocio porque, además de los deportados, hay de guarnición en la isla dos regimientos del servicio de convoyes.

Los precios de la cooperativa eran muy elevados y los artículos que expendía no respondían a las necesidades de los consumidores. A pesar de sus rótulos rimbombantes, los "almacenes cooperativos" soviéticos no se parecen en nada a las cooperativas occidentales. Se trata de organismos semejantes a los que existen por todas partes en la Rusia de hoy, es decir empresas de Estado que entregan las ganancias a la institución que les proporciona los fondos. Todos los beneficios de las tiendas de Solovetzk eran ingresados en la caja de la Cheka. Los soldados y chekistas compraban, además, los artículos a precios ínfimos. Había siempre en las anaqueladas del quiosco vino, dulces, conservas, jamón y bizcochos, pero solía escasear el pan, la mantequilla y los restantes artículos de primera necesidad. Cuando los había, costaban, por otra parte, carísimos.

Cuatro mil de los deportados carecían por completo de dinero y hasta la ropa más necesaria. La mayoría de aquellos desventurados muere en el segundo año de estancia en el campo, víctima de pulmonía, escorbuto o enajenación mental. Muchos son fusilados también. Exasperados por el hambre y los sufrimientos, formulan protestas de una violencia ingenua. El contingente mayor de reclusos de esta índole lo forman los campesinos, obreros y delincuentes profesionales, que no pueden contar con ningún socorro del exterior.

Los dos o tres mil detenidos pertenecientes a la clase media resisten un poco más. Sus familias les envían diez o doce rublos mensuales, ganados a costa de grandes fatigas. Esta suma les permite no perecer, pero basta apenas para comprar lo estrictamente indispensable de tocino, arenques, patatas, pan, cebollas y algunas veces té y azúcar.

Unos mil deportados llevaban lo que se llama allí "una gran vida". Eran los nepmans, condenados por especulación, contrabando, prevaricación, infracciones de servicio, etc. Gastaban cincuenta rublos mensuales, e inclusive más todavía. Por su



parte, los chekistas deportados lo pasaban muy bien. No ganaban sueldo, pero tenían derecho a una "ración especial, a ropa y a vivienda confortable.

Por extraño que ello pueda parecer, los campesinos y obreros son los que más padecen los rigores del campo de concentración, y la proporción de mortalidad es mucho más elevada entre ellos que entre los demás presos. Los hombres de carrera sufren cruelmente en los dos o tres primeros meses de la "cuarentena moral", y los ancianos y los enfermos mueren antes de terminarla. Los deportados que logran resistir el período infernal, terminan por encontrar una ocupación de acuerdo con su especialidad y hasta desempeñan cargos técnicos importantes.

Ello no reporta, naturalmente, ninguna ventaja material, pero proporciona por lo menos la tranquilidad de no verse sometido a los trabajos manuales y de tener derecho a vivir en las dependencias del monasterio, favor este que no se paga con nada. Puede uno dormir en cama individual, lavarse en un local cerrado, y calentarse en una verdadera estufa. Ni que decir tiene que el sueño dorado de todos los presos es escapar lo antes posible a la cuarentena y conseguir la incorporación a una compañía especial. La suerte, las relaciones y la habilidad permiten a veces a un deportado pasar antes de tiempo a una de estas compañías técnicas y tener a su cargo cualquier función importante. Pero los "seksots" están alerta. Un buen día, el feliz "especialista" se encuentra trasladado sin más explicaciones a una compañía alojada en la catedral, y tiene que empezar de nuevo.

Uno de los aspectos tal vez más atroces de la existencia en Solovetzk es la incertidumbre en que se encuentran siempre los detenidos. Nada es definitivo, ni concreto. Nadie sabe nunca lo que está prohibido ni lo que puede hacerse. Una brigada de deportados recibe, por ejemplo, orden de rebachear la carretera. Se da, por junto, a los veinte hombres que forman el equipo dos martillos y una apisonadora. ¿Qué hay que hacer? ¿Reclamar herramientas? Puede ser considerado como un acto de indisciplina. Tal vez los jefes quieran adrede hacer más penosa la tarea, mediante la falta de elementos de trabajo. Sin embargo, los jefes pueden también advertir que los obreros transportan la grava en el hueco de las manos, y la brigada entera será acusada entonces de "sabotaje".

La menor observación comporta una medida disciplinaria. El castigo más leve consiste en treinta días de calabozo y en faenas manuales de una dureza extraordinaria en la sección especial del campo, situada en el monte Sekyr. Una antigua ermita erigida en la cúspide sirve de habitación a los castigados. Para llegar a ella hay que subir doscientos cuarenta y siete escalones, y los presos tienen que hacerlo cuatro veces al día, porque los trabajos se realizan al pie del monte. Les obligan además a cargar hasta arriba el agua, la leña, los víveres. Vuelven muy pocos desgraciados de los que allí van, y los que vuelven permanecen encerrados todavía otra temporada en el campo, en concepto de detención suplementaria.

El colegio administrativo de Solovetzk está autorizado para dictar sentencias de penas de

Por BORIS CEDERHOLM

Ilustración de Pedro Delucchi

muerte sin la intervención de Moscú, y ejercita ampliamente el derecho.

Un día vi a una brigada de reclusos del monte Sekyr que se dirigía a trabajar al cementerio donde se entierra a los deportados muertos de tifus y escorbuto. Una capa subterránea de agua inunda las fosas, e infecta el campo entero. Digo las fosas y no las tumbas, porque se entierra a los reclusos como a perros. Nos advirtió de la llegada del equipo del monte Sekyr una orden enérgica del comandante: ¡Abrió paso!

Nos hicimos a los lados y vimos desfilar a un puñado de hombres aniquilados y con aspecto de bestias salvajes. Les rodeaba una gran fuerza armada. Algunos llevaban una bolsa por toda ropa y todos iban descalzos.

Es muy peligroso ser destinado para cualquier cargo importante sobre todo los del economato, la cooperativa o los talleres que fabrican trajes y calzado para el continente. A intervalos periódicos surgen escándalos en aquellos organismos, siempre motivados por robos o malversación de fondos. La comisión local penitenciaria entiende en todos los delitos que allí se cometen y aplica castigos severísimos, cuando los culpables no son chekistas.

Encontré en Solovetzk a varios antiguos camaradas míos en la armada imperial rusa. La dirección del campo proyectaba por entonces organizar de nuevo la flota del monasterio, que había estado integrada por veleros de tonelaje bastante grande. Se quería explotar la industria pesquera y facilitar el transporte de madera, y unos cuantos de mis colegas fueron nombrados para dirigir los preparativos al respecto.

La administración penitenciaria no entendía nada del asunto, pero esperaba lograr ingresos de importancia. Así, pues, logré de Moscú la apertura de un crédito y creé una nueva organización típicamente soviética. Mucha imaginación, planes fantásticos, memorias y diagramas, fondos miserables, y una absoluta ignorancia por parte de los dirigentes. Como la entidad necesitaba del concurso de especialistas y en el campo no había más que unos cuantos marinos "de verdad", mis camaradas acordaron proponerme para formar parte del personal técnico y aprovechar el pretexto para sacarme de la catedral. Me complacía muchísimo la idea de ir a vivir a la décima compañía y de poder ocuparme en cosas de mi profesión/pero no me decidí a aceptar el ofrecimiento. Pensé que la dirección podría muy bien arrepentirse de pronto. Era yo un K. R. y un Ch. P. (contrarrevolucionario y espía), y llevaba escasamente dos semanas en la cuarentena moral. Me exponía a que me reintegraran a mi puesto ruidosamente.

Rechacé, en consecuencia, la amable propuesta de mis amigos y no tuve que arrepentirme de ello. Pocos días después fueron decretados cambios completos de personal en la sección de pesquerías recién fundada, y mis camaradas se vieron obligados a abandonar sus planos y sus diagramas para ir a trabajar en las canteras de las islas Kond. Se decía que un "seksot-

SE AVECINA EL INVIERNO...

Como el frío iba en aumento, fueron colocadas dos estufas rudimentarias...

te" había denunciado a la dirección que los marinos proyectaban fugarse.

En aquella época y por obra de la casualidad, fui nombrado guarda de una de las huertas que abastecían a los regimientos acantonados en Solovetzk. La ocupación me agrada infinitamente y resolví tratar de conservar todo el tiempo posible. Formaba parte de la brigada nocturna y tenía por compañeros al anciano arzobispo Pedro y al escritor Igos Ilyinsky. La huerta vecina estaba custodiada por el Príncipe V... camarada de mis hermanos en el Cuerpo de Pajes, el profesor de la Academia de Teología, Verbitzky, y el ex vicegobernador de Tamboff, Kniazeff.

Desempeñé durante algún tiempo la plácida función y debo confesar que guardo de ella los mejores recuerdos que tengo quizá de toda mi permanencia, no ya en las cárceles, sino en la Rusia soviética. Las noches de otoño eran templadas aun y blancas de luna. Desde la cabaña de la guardia, situada en un cerro, veíase la vasta extensión de la huerta bañada por la luz de plata del astro nocturno. Encendíamos fuego en la choza y hervíamos las patatas y los nabos que hurtábamos — ¡el arzobispo también! — en las bancas confiadas a nuestra vigilancia. Recorriamos por turno la finca. No había que temer la presencia de ningún ladrón porque las huertas se encuentran a siete kilómetros del Kremlin y los deportados que trabajan de noche van y vienen acompañados por chekistas.

El arzobispo era hombre inteligente y culto y poseía un caudal inagotable de optimismo y buen humor. Le habían condenado, lo mismo que a mis otros compañeros, por contrarrevolución. El príncipe V... estuvo encerrado tres años en la cárcel Boutyrky. Se trataba de un muchacho encantador, soñador y poeta. Debíamos formar un extraño cuadro sentados en torno al fuego en la cabaña mientras V... declamaba con voz musical versos a la luna.

A las seis de la mañana regresábamos al Kremlin y nos dirigíamos a nuestras compañías respectivas. Estaban vacías a aquellas horas y era posible dormir tranquilamente hasta mediodía. A las dos de la tarde los equipos nocturnos barrían la explanada, trabajo fácil y hasta agradable, porque cruzaban por allí a cada momento grupos de presos, hombres y mujeres, y encontraba uno a conocidos de la cárcel y a amigos de otros tiempos.

Recibí al fin ropas y dinero que me enviaba el consulado. Era ello buena señal porque probaba que mis compatriotas no habían perdido mi rastro. El frío se iba haciendo cada vez más intenso. Las grullas polares huían hacia el Sur y no quedaban ya en la plaza más que las aves, cuyas alas no habían tenido tiempo de crecer. La idea de pasar el invierno en Solovetzk

me llenaba de espanto. Tendría que vivir aislado del universo durante siete largos meses, en la noche boreal interminable, a la merced de una cuadrilla de anormales y verdugos...

A últimos de septiembre fue suspendida la vigilancia de las huertas y esperé con gran inquietud mi nuevo "nombramiento". Al cruzar un día la plaza frente al quiosco de la cooperativa vi surgir tras el mostrador la inmensa nariz acaballada del joyero judío, que había sido en Petersburgo compañero mío de celda. Se llamaba Kummelmacher y recuerdo que lo pasé muy mal en la cárcel porque le llevaron a ella directamente desde el teatro donde estaba cuando le detuvieron y carecía absolutamente de todo. Su familia fué también detenida y la tienda clausurada por orden judicial. El infeliz sufrió lo indecible de terror y privaciones durante tres meses. Yo le ofrecía víveres y le compraba cigarrillos. No pude saber nunca la causa de su arresto y deportación porque jamás tuve paciencia para escucharle. En cuanto uno le preguntaba cualquier cosa, empezaba a referir la historia de sus infortunios, remontándose al año 1899. Era un caso típico de locuacidad israelita.

Me vió a su vez y pareció encantado. Daba la impresión de encontrarse como en su casa tras el mostrador de la cooperativa. Le pregunté en broma si no necesitaba un guarda para la tienda, y con gran sorpresa de mi parte respondió: — ¡Ya lo creo que lo necesito!

Además, un hombre instruido y fino como usted, nos conviene a las mil maravillas.

A las dos de la tarde de aquel mismo día tomé posesión de mi cargo. Mi antecesor, el cónsul general de Méjico en Egipto, señor Violara, acababa de ser ascendido a vendedor de leche y se estableció junto al quiosco. Los empleados de éste constituían un grupito por demás singular. El director de la cooperativa era un antiguo agente de Bolsa, Barkane, a quien antes de la guerra encomendé yo muchas veces operaciones mías. Kummelmacher actuaba de adjunto suyo, y Lozina-Lozinsky, doctor en teología, desempeñaba el cargo de contador. Por último, el cónsul general de Méjico, vendía leche, y el gentil-hombre de cámara, Elaguine, y yo hacíamos las veces de guardas.

La historia del cónsul Violara es una de las más extraordinarias que conozco. Estaba casado con una rusa, deportada también en la sección de mujeres del campo. Hasta 1924 los esposos vivieron en Alejandría, donde Violara poseía un fuerte establecimiento de comercio. Su mujer oyó hablar de la Neá y creyó que la situación política de Rusia había mejorado definitivamente, en vista de lo cual decidió volver a su patria con el objeto de ver a su anciana madre, residente en Tiflis. No le fué muy difícil convencer a su marido para que realizara el viaje, y en la primavera de 1924 llegaron ambos a Tiflis. Después, la señora Violara sintió deseos de hacer una excursión

¿ESTA USTED HERNIADO?



Si Ud. está herniado es seguro que habrá usado braqueros y fajas más o menos cómodas, e infinidad de otros métodos para curar la hernia, pero sin resultado; es también muy posible que habrá sido OPERADO una o más veces sin conseguir la cura deseada. Por tales motivos debe Ud. desear esos VIEJOS SISTEMAS que ya no sirven para nada.

Todas las hernias (quebraduras), se reducen radicalmente reteniéndolas en forma suave y cómoda y endureciendo el tejido muscular al propio tiempo. Este método ha producido cientos y cientos de curaciones de hernias de todas clases y en brevísimo tiempo, y puedo darle inmejorables referencias de personas respetables y bien conocidas que han sanado con su aplicación sin sufrir ninguna molestia.

No importa que su hernia sea muy antigua y voluminosa. Este método ha sanado hernias de más de 40 años y de un tamaño enorme.

Escribame sin demora, y a vuelta de correo recibirá gratis un precioso folleto que regalo a todos los herniados, explicando el método único que necesita para sanar la hernia en el hogar.

Pídalo ahora mismo a S. MORASSUT (ESPECIALISTA) ROSARIO (Argentina) SARMIENTO 1584

sión a Petersburgo y Moscú. El marido accedió también. En el Hotel Europa de Petersburgo los chekistas detuvieron a ambos y los encerraron en la cárcel de Boutryky bajo la acusación de espionaje y contrarrevolución. La Cheka acusa que el hermano de la señora Violara prestaba servicios como oficial en el ejército de Denikin. Tras seis meses de permanencia en Boutryky, marido y mujer fueron deportados por tres años a Solovetzki.

Cuando le conocí, Violara llevaba ya doce meses allí. A pesar de las cuantiosas sumas de dinero que gastaba, su situación no podía ser más penosa. No sabía más que unas cuantas palabras de ruso y ello daba lugar a incidentes peligrosos. Separado de su mujer, no le era posible verla más que cuando ella cruzaba por la plaza con otras deportadas, en dirección al molino o a la panadería, donde trabajaba.

El hermano de Violara, que vivía en Alejandría, ingresó a nombre del matrimonio una fuerte suma. Los esposos gastaban trescientos dólares mensuales y gracias a ello se alimentaban opíparamente y llevaban ropas de abrigo, aunque sucias y de mala calidad. Estaban, además, en condiciones de proporcionar víveres a varios de sus compañeros de reclusión lo cual les permitía apelar a la ayuda de éstos en el trabajo. No disfrutaban, desde luego, de ningún privilegio, pero a los pocos meses de llegar, Violara fue trasladada a la décima compañía y su mujer, que hasta entonces había estado en las minas de carbón, pasó al molino.

Violara vivía en una habitación con otros cuatro deportados, y la pieza estaba convertida en un verdadero almacén de provisiones. Como sabía que en invierno era imposible procurarse artículos en la cooperativa, el prudente mejicano llenó la estancia de víveres de toda clase. Al igual de lo que sucedía con todos los reclusos casados, estaba prohibido a Violara que se entrevistara con su mujer. Y daba realmente pena ver a aquel hombre enamorado y expansivo pasear horas y horas ante el quiosco con un cántaro de leche en la mano, en espera del grupo de mujeres que regresaba del molino.

Kummelmacher, corazón sensible, enjugábase una lágrima que se deslizaba por su nariz inmensa y decía moviendo la cabeza:

—Por vida de... ¿Qué sacarán con hacer sufrir así a este infeliz? ¿Por qué no nos dejarán que veamos a nuestras esposas, a nuestros hijos? ¿A qué viene la crueldad innecesaria de esos miserables?

No tardó Kummelmacher en recibir respuesta a sus interrogantes. Nuestros verdugos se enteraban de todo...

—No era difícil hacer guardia junto al quiosco. Resultaba, inclusive, una ocupación agradable. En primer lugar, no había puesto inferior a aquél, lo cual le ponía a uno a cubierto de intrigas. Además, se trataba de un cargo individual y no tenía uno que temer incidentes por parte de los compañeros. Tomaba el servicio a las seis de la mañana y lo dejaba a mediodía. El gentil hombre de cámara Elaguine me relevaba hasta las seis de la tarde. Reanudaba yo mis funciones de seis a ocho, y a esta hora se hacía cargo de la vigilancia un centinela y yo me iba al dormitorio.

Reinaba todo el día gran animación alrededor de la tiendecilla, que era una especie de mentidero donde todo se sabía y se discutía. Kummelmacher se llevaba la palma en estar bien informado. En cuanto se acercaba al mostrador un chekista empezaba a sonsearle hábilmente noticias. Nos tenía siempre al corriente de los cambios en el alto mando, las nuevas disposiciones, la llegada de comisiones de Moscú, etc., sucesos triviales que tienen una importancia inapreciable en la vida monótona de los presidios.

Un día supimos que el adjunto del jefe del campo, el chekista moscovita Vasskoff se había enamorado de una reclusa llamada Tomilina, cuyo marido se encontraba también en Solovetzki. Ambos iban a cumplir una semana después el año de deportación a que fueron condenados y se preparaban ya para marchar a Kemi, donde les pondrían en libertad. El marido trabajaba en las ocupacio-

nes más duras del campo y la mujer atuaba de secretaria de Vasskoff. Una mañana, Tomilina no pudo materialmente realizar la bárbara tarea que le habían ordenado. Le trasladaron al monte Sekyr y le prolongaron el tiempo de condena. En cuanto a su mujer, libre ya por todos conceptos, se convirtió en la esposa legítima de Vasskoff.

Oí un puñado de relatos por el estilo, en los que las traiciones alternaban con los fusilamientos, y se me quitaron las ganas de seguir escuchando los comadros de la tienda. Hallé un nuevo sistema de distraerme un poco. Después de barrer la explanada en torno al quiosco, de vigilar la cola de compradores y de llenar de patatas para la venta diaria unas cuantas bolsas, me divertía en echar migas de pan a las grullas recién nacidas que se disponían a emigrar. Desistí también, sin embargo, de hacerlo por consecuencia de un trágico incidente. Una tarde Elaguine se retrasó a la hora del relevo. Cerré la tienda, me senté sobre un cajón, y mientras engullía un "sandwich" de embutido, empecé a arrojar trocitos de pan a los pájaros, que los atrapaban con gran destreza e intentaban incluso quitármelos de las manos.

Dos hombres harrapientos y de aspecto apotado, vinieron a interrumpir la distracción. Creo que me dijeron algo, pero a causa de mi sordera y mi ensimismamiento de costumbre no había reparado en que estaban allí. Entonces uno de ellos, un muchacho joven, se me acercó más y exclamó:

—¡Echenos usted unas migas, y ya verá como las atrapamos al vuelo, tan bien como los pájaros!

Aquellas palabras me llenaron de vergüenza y honda emoción. Desgraciadamente, la tienda estaba cerrada y todo lo que me quedaba era un trocito de pan insignificante. Al advertir mi confusión, el otro preso me dijo:

—¿Quiere usted darnos unas cuantas patatas de esas que hay en el saco, ciudadano?

Me apresuré a hacerlo y los dos desgraciados devoraron con ansia las patatas, sin detenerse siquiera a pelarlas.

Y desde entonces renuncié a seguir alimentando a los pájaros.

■ ■ ■

A últimos de septiembre, el sacerdote Lozina-Lozinsky fué depuesto de su cargo de contador de la cooperativa y destinado a la limpieza de las oficinas de la dirección central del campo. Veinticuatro horas después, el locuaz Kummelmacher se encontró trasladado al aserradero. Le reemplazó un polaco antipatiquísimo, ex director de un banco de no sé qué. Vi que la cosas iban poniéndose mal y con objeto de evitarme una sorpresa desagradable, empecé a buscar otro empleo cualquiera que tuviese la menor importancia posible. Frente a nuestro quiosco se alzaba el edificio de la compañía décima, objeto de todas mis secretas esperanzas y de mis deseos, irrealizables si se tiene en cuenta que era yo un K. R. y un Ch. P.

Con ocasión de los desfiles que tenían lugar en la explanada, cuando los deportados formaban antes de dirigirse al trabajo, había yo reparado en la presencia de un hombre de imponente silueta y que llevaba un traje semimilitar del antiguo régimen. Se trataba del ex coronel R... oficial superior en otros tiempos de uno de los más brillantes regimientos de la Guardia y compañero de armas de mi tío, fusilado en Kholmogor. Antes de la revolución nos habíamos encontrado con mucha frecuencia en Tzarskoie-Selo.

Aproveché, pues, un momento oportuno y me di a conocer. El bravo coronel era una personalidad en el campo. Desempeñaba las altas funciones de subadjunto del jefe de la décima compañía, un cosaco de Kuban este último, excelente muchacho condenado a diez años de deportación por bandidaje y ataque a mano armada a trenes soviéticos. El coronel me ofreció hacer todo lo posible por que me destinaran de ordenanza a la cancelería de su sección, pero el éxito del intento era poco probable, toda vez que yo ocupaba ya un "cargo" y que mi "jefe", el polaco, podía protestar. Violara acudió felizmente en mi auxilio. Estaba en muy buenas relaciones con el pola-

co, al que proporcionaba víveres, y gracias a su intervención, aquél aceptó que me trasladaran a la décima compañía.

No podía yo desear ya nada más. Tenía dinero y ropas, pero carecía de salud y se me hacía imposible continuar viviendo en la compañía trece. Estaba, desde luego, en condiciones de pedir que me llevaran a la compañía de inválidos, pero la idea me repugnaba porque no había en ella más que enfermos que exhibían sus lacras en un ambiente de hospital, y de hospital soviético, sucio y miserable.

En la última noche que pasé en la catedral, fui testigo de un episodio singular. Allí a las tres de la madrugada, nos despertaron bruscamente y nos hicieron formar en varias filas. Ignorábamos los motivos de ello y mucha gente temblaba ya ante el pensamiento de que hubiera sido decretada una ejecución en masa. Como éstas suelen registrarse cuando menos se piensa, cada vez que recibíamos órdenes inesperadas, no faltaba quien lo interpretara como preparativos de fusilamiento.

La cosa era, sin embargo, mucho más sencilla. Nogteff, jefe de nuestra sección y ex cosaco de Kuban, se había embriagado copiosamente con ocasión de una revista a los pabellones de mujeres. Para darse mayor continente de autoridad, hizo que le ensillaran un caballo, montó en él, subió así los cuarenta y siete peldaños de la escalera de piedra de la galería y empezó a realizar una visita de inspección a sus compañías. Le vimos entrar en la catedral caballero en su brioso corcel. Dió unas vueltas, se detuvo ante las filas y gritó alegremente:

—¡Buenos días, hijos míos! ¿Como os va, ilustres burgueses?

A los pocos minutos se tambaleó y tuvo que descender apresuradamente de su montura y confiarla a dos vigilantes que habían acudido. Estaba yo durante el desarrollo de la "escenita" junto a un anciano sacerdote, que murmuraba algo en voz bajísima. Creí que se encontraría enfermo y le pregunté. Entonces el me asió nerviosamente del brazo y mostrándome el piso, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Hollamos el lugar del santo altar y escuchamos palabras aborrecibles! ¡Un loco borracho, y a caballo, profana el templo sacrosanto!

Ocupábamos, en efecto, el centro del antiguo altar, en el mismo sitio donde figuraba en otros tiempos la mesa de los sacrificios, espacio considerado tan sagrado, que únicamente los sacerdotes tienen derecho a pisar allí.

Nogteff intentó dirigirnos una alocución, pero no pudo articular palabra y nos ordenó que rompieran filas. Ignoro cómo se las arreglaron para sacar del templo a él y su bridón.

CAPITULO XLII

A la mañana siguiente me trasladé con todos mis harapos a la décima compañía. Como estaba lleno de miseria me enviaron a los baños, situados fuera del Kremlin. Confié mis efectos a dos reclusos que desempeñaban cargos de vigilantes de corredor. Uno había sido empleado de la Okhrana y el otro sargento de gendarmería. Por tres libras de azúcar, cinco paquetes de tabaco y dos trozos de jabón se comprometieron a limpiar mi ropa y a echarle trementina, pagándola yo, por supuesto. Tenía una impresión de encontrarse ya en un "mundo civilizado". ¿Duraría mucho tiempo aquello?

Los deportados pueden circular libremente por la isla, pero es necesario para salir del Kremlin un salvoconducto firmado por el chekista de guardia. No hay que decir siquiera que nadie pasea por gusto. Los reclusos tienen que trabajar durante todo el día y las "excursiones de recreo" comportan, además, grandes riesgos porque por todas partes hay patrullas y vigilantes.

Al ir yo al baño fui detenido e interrogado tres veces. El sol brillaba, pero se advertía ya la proximidad del invierno. El viento era helado y tajante, y en el camino había una leve capa de escarcha endurecida. Pasé junto a diversos grupos de presos ocupados en sus faenas. Humeaban las chimeneas de los talleres y las fábricas. Pensé en la impresión que el cuadro aquel de actividad produciría en un

espectador ignorante de los entretelones del campo de Solovetzki. A buen seguro que no vería allí más que una comunidad de trabajo apacible y hasta idílica.

El gobierno soviético puede invitar sin peligro a cualquier delegación extranjera a visitar superficialmente la colonia penitenciaria. Bueno será, sin embargo, no llevarla al Kremlin, ni, sobre todo, a la galería de piedra que da acceso a las catedrales. Tampoco habrá que permitirle que vea de cerca a los presos, porque el aspecto físico de éstos es suficiente de sobra para destruir toda idea de lo idílico. Se puede hacer, en cambio, que desfilen los chekistas disfrazados de reclusos, puesto que los miembros de la Cheka son también deportados y hay varios centenares de ellos en el campo. También es fácil mostrar los pabellones de los detenidos políticos, que no viven muy mal del todo.

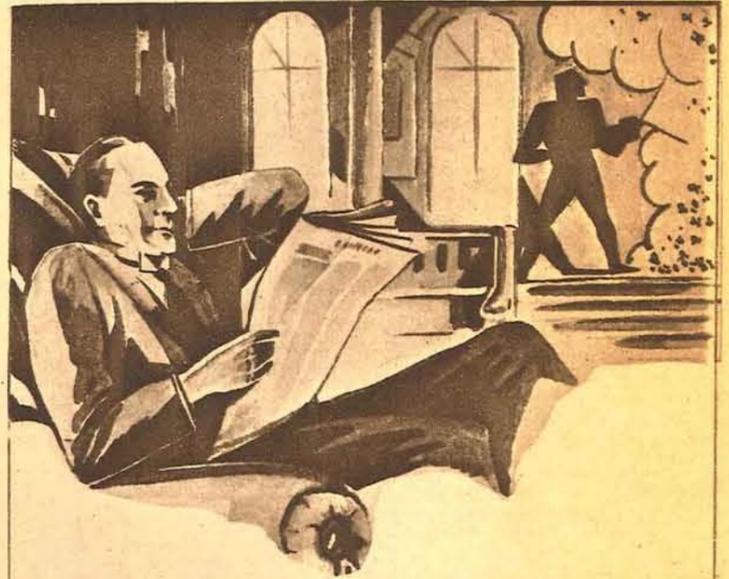
A la izquierda de la carretera surgía un gran rótulo que decía "Cámara de desinfección". La lluvia y el viento habían deslucido un poco las letras, mas no sería difícil remediar el pequeño percance. ¿A qué hacerlo, empero, si detrás del cartelón no hay más que un baldío y unos cuantos aparatos arrumba-

dos? Basta con la intención meritísima de crear una cámara de desinfección. ¿Para qué algo más? El año anterior el cartelón había satisfecho plenamente a una comisión inspectora venida de Moscú, y la "Pravda" y los "Izvestia" publicaron artículos entusiastas acerca de las excelentes condiciones sanitarias del campo de Solovetzki.

El establecimiento de baños, sucísimo y medio derruido, servía de refugio a una "república de montañeses", caucásicos condenados por bandidaje y encargados del servicio de aseo. Los detenidos que trabajan en locales situados fuera del Kremlin tienen derecho a vivir en ellos. Eran los caucásicos veteranos en la colonia penitenciaria y casi todos célebres bandidos, lo cual les aseguraba la indulgencia y hasta la simpatía de los altos jefes del campo.

Podían bañarse, al mismo tiempo, cincuenta hombres, pero a mí me daba la impresión de que el establecimiento había sido fundado para uso exclusivo de los quince aguerridos sujetos que lo atendían, porque casi nunca encontré allí a nadie más. Los reclusos carecen de tiempo para bañarse y son, por otra parte, ocho mil quinientos.

(Continuará)



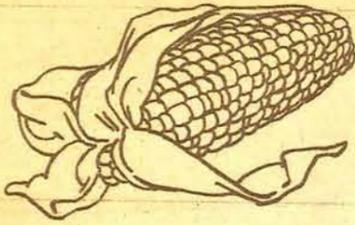
QUE LINDO EN VERANO VERSE LIBRE POR COMPLETO DE MOSCAS Y MOSQUITOS!...

Con cuánta satisfacción uno se entrega a la lectura o a sus ocupaciones favoritas, en un ambiente tranquilo, agradable, sin parásitos... ShellTOX dará a usted esa satisfacción. Poderoso insecticida, destruirá cuanto insecto o larva pulule, y no permitirá la entrada de nuevos. Su acción es infalible, fulminante. Quedará maravillado de ella. Ensáyelo.

Para un perfecto resultado, use Shell TOX en el pulverizador ShellTOX— el más moderno.

Pídale en su almacén, ferretería o farmacia o a su habitual proveedor.

SHELLTOX
NO ATONTA LOS INSECTOS: LOS MATA.
Anglo-Mexican Petroleum Co. Ltd.
Sucursales y Agencias en toda la República.



CHARLAS GASTRONOMICAS Por JOTAPE

VERANO

Y se acercan, ya están ahí los grandes calores, la estación de la inapetencia en que sólo se desea comer y beber cosas frescas, la estación del "claret-cap" y los helados. Muchos los detestan; yo confieso que la adoro. Tiene tantas compensaciones la molestia de transpirar!... El aire vivo de las montañas, la brisa salobre del mar, las frutillas con crema y el pescado que casi salta a la hirviente sartén desde las olas...

Y los choclos!... Y los recuerdos!

Oh! viejos veraneos del Tigre en que furtivamente, yendo en las lanchas, a son de camalote, se sorprendía a Diana bañándose con sus gentiles compañeras! (¡Valiente gracia tienen, al lado de tal cuadro, las playas modernas, con sus salazones tendidas al rayo del sol!)

Y las viejas quintas de San Isidro y San Fernando, y en la otra banda del río, las del Peñarol y las del Paso del Molino! La famosa de Bushenthal era, sin duda, una maravilla. Algún día he de hablar, en estas notas, de ella y de su fundador, pues creo que ese judío polaco, que tenía todos los gustos de un gran señor, fué nuestro mejor iniciador en la gastronomía, haciendo venir de Europa para dirigir sus cocinas a "maitres queux" de fuste como Poupart y Désiré, que lo habían sido nada menos que en la Maison Dorée y en el Café Anglais, de París — tan representativos como Cora Pearl de la "haute noce" Segundo Imperio.

Pues los choclos y los recuerdos, las quintas y la gastronomía son los que, asociándose, me han evocado la singular figura de Bushenthal, ya que este perfecto sibarita adoraba los choclos, tanto que yendo a almorzar con frecuencia casi diaria a una quinta próxima a la suya, le pedía a la dueña de la casa, en la que era íntimo, que hiciera poner en el puchero muchos "choclos", pronunciando así la palabra porque adolecía de un pronunciado ceceo. Pero, se me observará, ¿cómo es que Bushenthal, siendo tan "gourmet", desertaba su refinada mesa para ir a comer puchero en el vecindario? Pues, sin duda, porque no hay mejor salsa que la conversación, y Bushenthal

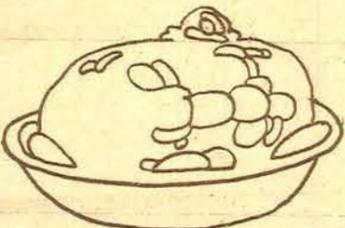
hacia entonces vida de soltero, pues su mujer, la famosa María Bushenthal, no quería salir de Madrid, donde decían que la tenía fascinada la elocuencia castellaniana. Como era cubana, quizá quería ganar para la causa de su tierra aquel prodigioso verbo.

Y pongo aquí punto a las antiguallas que se enraciman como las cerezas (¡otro encanto del verano!) y paso a ocuparme de fiambres, en los que creo entender más como cocinero que como periodista. Vanidad de vanidades...

LOMO DE VACA RELLENO

El inventor de este plato, León Hennique, no era un poeta lírico, pues perteneció al famoso grupo de Médan. Bien lo atestigua su copiosa receta.

El primer tiempo de esta preparación consiste en cortar, en tajadas de un centímetro de grueso, un lomo de vaca libre



de grasa y tendones. En seguida, a cada tajada se la restrega ligeramente con pimienta, por un lado, y por el otro se la cubre con rodajitas de trufa, cortadas muy finas... por economía. Después se van formando sandwiches, colocando entre cada dos tajadas una de tocino flaco de tamaño proporcionado.

Ya está el plato a medio hacer. Para terminarlo hay que poner, entre sandwich y sandwich, una salsa compuesta como sigue: dos dientes de ajo, dos chalotas, tres cebollas medianas, un puñado de perejil, uno de cebollino, una hoja de laurel, una pulgarada de canela, otra de gengibre, un poquito de nuez moscada, un clavo de olor pisado, pimienta y sal. El todo debe ser reducido a pasta. (Hennique no dice que se le ponga huevo a este relleno, pero a mí me parece esencial agregarle dos).

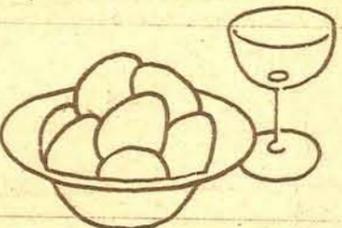
Reconstituido el lomo, falta atarlo sólidamente como para que adquiera la sólida cohesión del mejor bloque parlamentario. Realizada esta operación, se echan en una cacerola de barro una cucharada de manteca, una capa de tocino bien picado; luego se coloca el lomo, acompañándolo con una pata de ternera y algunos huesos.

Parece que ya debiera haber terminado todo; pero no es así. Aun falta derramar en la cacerola una salsa compuesta como sigue: dos cucharadas de manteca, una cucharada de harina — que se hará tostar ligeramente —, agregando después de esto tres vasos de agua. Se pone, además, vaso y medio de buen semillón, una cucharada de coñac, especias, un terrón de azúcar, tomillo, una hoja de laurel, un poco de apio, de perifollo, uno o dos tomates picados, dos

ramitas de perejil, dos zanahorias enteras, un nabo mediano, una cebolla picada y media cucharada de cari.

Esta salsa, antes de ser puesta en contacto con el lomo relleno, debe cocerse durante dos horas a fuego suave.

Reunido todo, al fin, la coc-



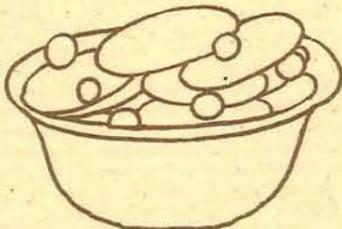
ción ha de durar cuatro horas a fuego moderado también, en una cacerola que cierre herméticamente.

Cuando esta operación ha concluido, se cortan las dos zanahorias y el nabo en rodajas, y se adorna con éstas el fondo de un recipiente de loza, más alto que ancho. Después se coloca el lomo, quitándole previamente los cordeles, se le derrama encima la salsa, pasada por el colador, y se pone la fuente en la heladera.

La verdad es que este fiambre resulta muy suculento; pero su preparación es, sin duda — en opinión del cocinero — más apropiada para el invierno que para los grandes calores...

HUEVOS A LA TURCA

Como compensación a plato tan infundioso, una fantasía sencillísima que puede preparar la chica menos aficionada a andar entre peroles. Se trata de la golosina a que son más aficionadas las damas turcas y que ellas mismas preparan en los harenes, valiéndose de braserillos alimentados con carbón



de leña. Se toma una cacerola bastante honda y se coloca en ella una docena de huevos como para pasarlos por agua, y se les derrama encima una mezcla bien batida de buen café y aceite, en partes iguales.

La cocción a fuego lento debe durar doce horas. Poco a poco, la mezcla de café y aceite penetra a través de la cáscara de los huevos y les da, a la clara un tinte de ámbar claro y a la yema un color azafrañado.

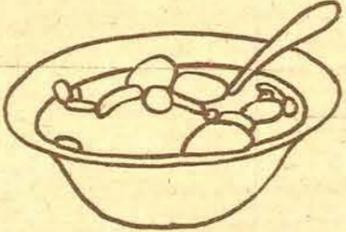
Los huevos preparados de esta manera tienen, según unos, gusto a castaña, y, según otros, gusto de avellana. Yo les encuentro más bien gusto a café de castañas.

LA "MUNKACZINA"

Después de una fantasía no viene mal una extravagancia, y tras de una "friandise" turca un "hors d'oeuvre" árabe.

Su importador a Francia, Armand Dayot, dice que lo descubrió en el sur de Orán y que, en su mesa, lo encontraron deliciosos "gourmets" tan competentes como fueron Théodoro de Banville, Monselet, Rollinat, Coppée, Aurélien Scholl, Anatole France, Rodin, Besnard. Esta receta, por lo menos, tiene la cualidad de que es muy fácil de preparar.

Se cortan en tajadas tres o cuatro naranjas bien peladas y se las coloca en una ensaladera. Sobre este lecho perfumado se extiende una ligera capa de rodajas de cebolla blanca, cortadas muy finas. Sobre estas dos capas se pone una de aceitunas negras, se espolvorea una buena cantidad de pimentón dulce y se derrama una cucharada de aceite. ¡Ya está! Sólo falta revolver y saborear. Quizá no falte quien diga que este plato árabe más se parece a un



cuento de las "Mil y una noches".

Respecto del nombre, tengo la seguridad de que no conseguiría traducirlo el más esforzado arabizante.

TERNERA ATUNADA

¡Oh! viejo Rebecchino, cuánto recuerdo grato se asocia a tu suculenta memoria!

Allí conocí a Lugones una noche en que salía al trote para la imprenta. Al pasar vi a Rubén Darío, que tenía sentado a su frente a un jovencito adusto, de tez cetrina, anchas cejas negras, bozo renegrido y antiparras de miope. Saludé, sin detenerme, pero Darío me llamó diciéndome:

—Le voy a presentar a Lugones, nuestro (creo que dijo) nuestro Saint Paul Roux le Magnifique... El jovencito lo atajó a media presentación y con gesto definitivo y voz bronca, repuso:

—No, Lugones, Lugones nada más...

Abandoné a los dos poetas, entregados a la nada prosaica tarea de dejar limpia una fuente de risotto con trufas blancas...

No diré que aquel breve primer contacto con Lugones me causó una impresión desagradable; pero casi está de más decir que la brusquedad de sus modales me desconcertó un poco, habiendo siempre pecado los míos por el exceso opuesto...

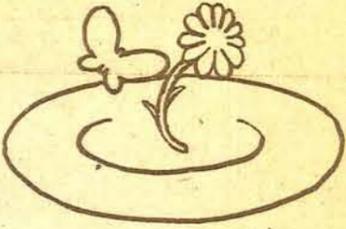
—Pero, señor, dirán ustedes, ¿lo que tardan en servir ese "vitel tonnató"!

—¡"Attenti! Attenti!", que ahí va la receta del sabrosísimo "anti-pasto":

Se golpea bien y quita la grasa y los tendones a un trozo de carne de ternera, de un kilo y medio de peso. Luego se

lo restriega con una mezcla formada con una cucharada de sal gruesa y una cucharadita de salitre, esencial este último porque le da, precisamente, a la ternera el color salmón.

En seguida se coloca la carne



ne en una olla de barro con tres cebollas, medio limón cortado en rodajas, dos hojas de laurel, una rama de perejil, tres clavos de olor, una cucharada de pimienta blanca molida y un puñado de hojas de albahaca, estragón y tomillo. Se cubre todo con vinagre blanco. (Recomiendo uno hecho con vino de Jerez, que es de "martillo", como dicen en la tierra donde hasta el vinagre sabe a gloria). Cuatro días después (en los que habrá tenido la precaución de dar vuelta la carne y agregar vinagre si es necesario), se llena la olla de agua y se pone a cocer durante tres horas a fuego moderado. Se deja enfriar la carne en el caldo, se la coloca después en una fuente algo honda, derramándole encima una salsa compuesta de una docena de anchoas saladas, perejil, alcaparras, cinco chakotas, todo bien picado y revuelto con un medio vaso de aceite de olivas.

En Francia acompañan este plato — que puede reemplazar al pescado — con una salsa mayonesa. No me parece que eso caiga tan bien como miel sobre hojuelas.

¡VALIENTE POSTRE!

Hoy no hay postre. El postre es para mí solo... Entorno los párpados — melancólica delectación! — y me veo yendo, por primera vez, a la quinta de Bushenthal, no hace de esto más que sesenta años... un fragmentito de eternidad... Es un día ardiente y claro, miro embelesado, por la ventanilla abierta del coche, los cercos de pitas que alzan, de trecho en trecho sus enormes candelabros; y más allá, entre el vaho vibrante e incoloro que brota de la tierra, los manchones azules de las borrajas en flor. Cientos de maripositas blancas juegan nerviosamente a la mancha. En el mástil susurrante de un álamo, dice su dulce y breve estrofa un chingolo. Y allá lejos, sobre la fresca alfombra que tiende la gramilla, sola, hecha un ascua, apasionadamente arde una roja margarita. Patria... sangre... amor...

¿Qué dicen ustedes? ¿Que no se entiende? Ya me lo imaginaba.

EL CAPITAN DE LOS SIETE MARES

(Continuación de la pág. 35)

das las triquiñuelas de tiro que la guerra nos había enseñado; pero siempre sin resultados. Hasta nos dejamos caer al suelo para inducir al contrario a pensar que había vencido y a comprobar la muerte del rival, para tenerlo así a tiro. Pero todo fué inútil. Aquellos momentos fueron realmente trágicos. Dejábamos de respirar por temor a que el otro nos oyera. Creí que mis nervios iban a estallar. Por fin logré esconderme nuevamente detrás del marco de la puerta, desde donde había matado al primer boer. En ese momento un nuevo relámpago iluminó el teatro de aquella pequeña batalla y pude ver claramente a mi rival cerca de la puerta opuesta. Tres veces apreté el gatillo de mi pesado Colt y pude así deshacerme de mi enemigo, quien cayó herido de muerte alcanzado por una de las balas. Por el ruido de la caída y el sonido metálico producido por su máuser, al caer al suelo, comprendí que ya me había librado de mi rival. Sin embargo, antes de acercarme a él prendí un fósforo y me conservé resguardado detrás del

marco de la puerta, con una de mis pistolas listas para repeler cualquier agresión por sorpresa.

En la otra habitación estaban los dos boers muertos. Me acerqué a ellos para cerciorarme de si realmente habían fallecido y comprobé que ambos presentaban una herida de bala a la altura del corazón.

Quité las armas a mis enemigos y me apoderé de los caballos, que se hallaban atados delante de la casa, partiendo en rápido galope, no obstante la tormenta, y poco después llegué al campamento británico. Sólo entonces me sentí completamente aliviado.

Seis semanas habían transcurrido desde la muerte del viejo coronel Howard cuando, con otros cinco exploradores llegamos a la localidad en que residía el rey de los Swazis. Como es natural, nos dispusimos inmediatamente a realizar una visita oficial a su majestad.

Los Swazis son una tribu descendiente de los Zulus, a quienes se considera como la más antigua de las tribus africanas. Son de magnífica complexión física. Sus delgados, pero musculosos cuerpos han hecho de ellos guerreros excelentes.

El rey nos recibió ataviado

con su traje de mayor etiqueta. Llevaba una vieja galera de seda con una cinta dorada y un saco negro y largo bien ceñido al cuerpo. Adelante, de un cinturón, colgaba una bolsa de piel de leopardo. No llevaba pantalones ni botines.

Nos recibí sentado en una silla dorada, de estilo de comedor francés y sostenía en sus manos un cetro de madera tallada, dorado en uno de sus extremos.

Valiéndonos de su intérprete, cambiamos con él varias frases de cumplido. Después el extraño soberano permitió a sus esposas y a sus hijas que vinieran a vernos. Con excepción de tres de ellas, todas las mujeres que fueron desfilaron estaban tan desnudas como el día en que vinieron al mundo. Las tres mujeres que, como dije anteriormente, estaban vestidas, sólo llevaban un cinturón confeccionado con monedas de plata de cinco chelines. Realmente nos costó trabajo conservar la seriedad y sólo cuando nos hallábamos a más de una milla de distancia de aquella original corte, dimos rienda suelta a las carcajadas, prudentemente contenidas durante nuestra visita.

Algún tiempo después tuve otra aventura nocturna más impresionante aún que el due-

lo a obscuras, por más que felizmente no salí herido.

Habíamos tenido un encuentro con un grupo de boers y logramos capturar catorce mil cabezas de ganado, que ellos habían estado guardando. Conjuntamente con algunos otros exploradores fui comisionado para vigilar esa tropa, hasta tanto el ejército británico pudiera hacerse cargo de ella.

Los catorce mil animales estaban en un valle de siete millas de largo por una de ancho cerrado por altas paredes de roca. El suelo estaba cubierto de plantas cuyas espigas herían a los novillos como puñales.

Eramos diez los exploradores que tuvimos que vigilar aquella tropa durante toda una noche tratando de evitar que pudieran asustarse. Por otra parte, los animales se mostraban nerviosos, como consecuencia del tiroteado que momentos antes habíamos sostenido contra sus guardianes boers. Era indudable que contra catorce mil animales enloquecidos no hubiera quedado de nosotros en aquel pequeño valle, ni siquiera un jirón de nuestros uniformes.

Algún tiempo después fui enviado con algunos otros exploradores hacia el sur, a Natal, para acompañar una tropa de unos mil caballos.

(Continuará)

¡Qué Cara Tan Bonita!



Pero esas

Pecas...

Suprimalas

LA "Crema Bella Aurora" de Stillman para las Pecas blanquea su cutis mientras que usted duerme, deja la piel suave y blanca, la tez fresca y transparente, y la cara rejuvenecida con la belleza del color natural. El primer pomo demuestra su poder mágico.

"Crema Bella Aurora"
para las Pecas

Quita las Pecas Blanquea el cutis

De venta en toda buena farmacia
Stillman Co. Fabricantes, Aurora (Ill.), E. U. A.

En venta en todas las farmacias y perfumerías y en la Farmacia FRANCO-INGLESA, la mayor del mundo, Buenos Aires.

EL SECRETO DE MI POPULARIDAD CINEMATOGRAFICA

Por MARY PICKFORD

NUEVA YORK, noviembre de 1929



Mrs. FAIRBANKS, "née" Mary Pickford, que refiere en este artículo algunos episodios de su carrera artística

CUANDO un actor ha consolidado su reputación en la pantalla le resulta cada vez más difícil cambiar el tipo de papel sobre el cual descansa su fama, pues hoy día estamos en la época de los especialistas de la pantalla, como lo estamos en casi todas las cosas de la vida. El hombre de negocios ya no es sólo un organizador, un comprador o un vendedor, según el caso, y lo que gana en conocimiento, especializándose en una rama dada de su comercio, aumenta mucho su valer para la empresa como un todo.

Por lo tanto, la mayor prueba para una estrella cinematográfica es, como lo he expuesto, el hacer desaparecer su propia individualidad en la del personaje que representa, y cambiar, de tiempo en tiempo, ese personaje según sea necesario o cuando se represente nuevas películas. Descubrirá, gradualmente, qué clase de papel le resulta más cómodo y qué partes son las que le agradan más interpretar. El director que conoce su trabajo le ayudará probablemente a elegir los papeles que mejor convengan a su personalidad, y tendrá entonces que concentrarse en ese tipo hasta que haya dominado todas sus fases y los detalles más íntimos relacionados con él.

Sabemos hoy día que en la pantalla esta concentración en un tipo es el resultado lógico del sistema de estrellas, y que una vez elegido un tipo dado—ya sea trágico o cómico, juvenil, maternal o de simple acompañamiento—nosotros los actores estamos prácticamente circunscriptos a él para el resto de nuestra carrera cinematográfica.

Naturalmente, no tenemos ningún deseo de restringir nuestro campo de acción, pero en este gran arte de agradar al público estamos obligados a seguir nuestro camino y marchar adelante sólo cuando él está dispuesto a seguirnos.

Por ejemplo: los temas históricos no son siempre una feliz elección cuando se trata de artistas demasiado conocidos, por la sencilla razón de que al público no le gusta vernos en papeles clásicos, tales como el de Juana de Arco o de Peter Pan. Mr. Lasky me invitó a representar Peter Pan, pero me negué a hacerlo, porque sentía que yo era demasiado familiar para el público. Eligieron a Betty Bronson para ese papel, con el éxito que todo el mundo conoce.

Por la misma razón pensé que era mejor renunciar a un ofrecimiento magnífico para hacer el papel de Juana de Arco en una película dirigida por Max Reinhardt. Supongamos, por ejemplo, que estuviera representando una escena profundamente seria en Juana de Arco y algún movimiento de la cabeza recordara al espectador otro similar en "La pequeña Annie Rooney". La figura his-

tórica se resentiría en la mente del espectador por recuerdos del artista en otros papeles.

En cuanto a mi propia compañía, me parece más prudente suspender por completo mis actividades hasta que me lleguen informes de todas partes del mundo sobre mi última producción. Gracias a esos informes, yo podré saber si agradan al público ciertas innovaciones en mi trabajo, consiguiendo de este modo orientación definitiva para mi próxima película.

Hablando en general, creo que la gente se entretiene más en el teatro cuando la pieza expresa algo que le toca, esto es, cuando aquélla se ve reflejada en el personaje principal de la película.

¿Acaso Carlitos Chaplin, por ejemplo, no expresa algo fundamental en todos nosotros, esto es, el negarse a reconocer la derrota? Abofeteado por el mundo, es el símbolo viviente del clavo redondo al que se quisiera introducir en un agujero cuadrado. Advuértase la absurda pretensión de donaire del andrajoso hombrecillo, su afabilidad mientras vaga por un mundo antipático. Sus codos agujonean sus costillas, y sonríe en vez de protestar. Sorpréndese más bien que se ofende cuando sus buenas intenciones resultan mal comprendidas. Se escapa alegremente a la calle convencido de que algo bueno le espera al dar la vuelta a la esquina. Al seguir adelante acaricia alentadoramente su bigotito, que parece haber gastado toda su energía en aparecer, y hace girar su absurdo bastoncito de bambú, precioso emblema de la respetabilidad.

Una vez, estando Douglas y yo en una comarca salvaje de Arabia, dimos con una rueda de chicos que reían de las bufonías de un pilluelo árabe que imitaba la manera de caminar de Carlitos Chaplin, sus gestos y su sonrisa.

¡Verdaderamente, las películas hablan un idioma universal! Douglas Fairbanks, mi ma-

rido, es el gran favorito de los chicos, a causa de su extraordinario gusto por la vida. Hombres que han pasado hace tiempo la edad escolar también lo quieren, porque siempre está haciendo lo que a ellos les gustaría hacer: saltando cercos, dando volteretas sobre el lomo de los caballos, saboreando en todo momento las aventuras del día. Cuando trepa por las paredes de una casa, como en "El Gaucho", balanceándose de piso en piso por los toldos, hace lo que a todo hombre o muchacho le gustaría hacer. Por lo tanto, Douglas expresa al público el puro amor a la vida, y todos responden a éste si sus pensamientos son sanos y saludables.

Allí está también Harold Lloyd. Para mi manera de ver, él representa el muchacho típico del pueblo, que gana diez y ocho o veinte dólares por semana vendiendo corbatas o pomadas para lustrar botines. Cuando aumente su salario hasta treinta dólares podrá casarse con la joven de su elección, que trabaja probablemente en una tienda por mucho menos de lo que él gana. Creo que yo represento ante el público esta clase de joven, pues ése es el tipo que me agrada más interpretar en la pantalla. La vida es algo muy serio para ella. Gana su vida, y muy a menudo gana también la de otros. Cuando ella es la que mantiene a la familia, el día de su casamiento se hace con frecuencia dolorosamente remoto, y las jóvenes parejas se divierten, a la par que recuperan ánimo al verse representadas en la pantalla ganando por fin su felicidad.

Estas no son conjeturas. Tengo la prueba en los miles de cartas que me llegan todas las semanas, lo mismo que a los otros actores. Estoy convencida de que el secreto de la popularidad en la pantalla depende de nuestra habilidad para hacer la felicidad y renovar la fuerza de ánimo de millones de amigos desconocidos en las obscuras salas de los cinematógrafos.

KEYSERLING Y LOS ESTADOS UNIDOS

(Continuación de la pág. 3)

poráneo, del cual Nietzsche fué el precursor inmediato. Los intereses de la Vida son supremos, pues sin ellos no tendrían razón de ser las supremas energías creadoras que se exteriorizan en el universo. De ahí que, para Keyserling, lo que él llama el Sentido, el "Tao" de Lao-Tzé, corresponda a la Razón Seminal de los Estoicos, a la Inteligencia Creadora que, ya según Heráclito, el primero de los vitalistas, se exterioriza mediante el fluir de la existencia universal.

Lao-Tzé, como el Buda su contemporáneo, hacia consistir en la integración, en el "Tao", la finalidad suprema de la actividad o, mejor dicho, de la no-actividad humana. Confucio, empero, viendo en el "Tao" no la superexistencia, de la cual todo sale y a la cual todo vuelve, sino la energía cósmica que se expresa mediante el universo y las actividades humanas, hacia consistir el objeto de éstas en colaborar conscientemente con el "Tao", sirviéndole de instrumento para la creación de las diferentes culturas mediante las cuales aquella energía se revela en la Historia.

Keyserling es discípulo de Confucio y no de Lao-Tzé. Como buen occidental, como buen germánico que es, desea que cada hombre penetre hasta las raíces espirituales de su ser, para poder vivir más intensamente de acuerdo con las ener-

gías psíquicas que han formado o deben formar su personalidad. Quiere que el hombre penetre hasta el Sentido Cósmico para expresarlo en el mundo empírico, porque si no puede haber una expresión sin sentido, no puede tampoco comprenderse el sentido si carece de expresión. Toda idea requiere forma para volverse inteligible y, en el universo, sentido y expresión, espíritu y materia, se requieren y complementan mutuamente.

Como "vitalista" y, más que todo, como discípulo de Nietzsche, Keyserling ama todas las manifestaciones de la Vida, aun cuando reconozca que ella implica una irremediable tragedia. De ahí que, a pesar de su individualismo, tan reciamente acentuado, la finalidad de la filosofía de Keyserling sea esencialmente social. Igual que Confucio, el filósofo de Darmstadt nutre profundo interés por el desarrollo de todas las culturas que, como todos los fenómenos del devenir universal, nacen, crecen, se desarrollan, degeneran y desaparecen después de haber expresado algún "Sentido", de haber encarnado alguna idea.

Porque Keyserling, igual que Osvaldo Spengler, no cree en el progreso, fatal y continuado, como creyeron todos los grandes pensadores de los siglos XVIII y XIX, desde Turgot y Condorcet hasta Augusto Comte y Herbert Spencer. Según Keyserling, el único progreso posible es el progreso interior; el progreso hacia el "Sentido" que cada hombre está llamado a expresar mediante su vida. Pero, como en todo el sistema de Keyserling, lo que

él llama el Sentido Cósmico no tiene más finalidad que la de expresarse, la imposibilidad de un progreso continuado, la fatalidad de que toda cultura esté llamada a desaparecer, no es óbice para que el filósofo se interese por ese juego más o menos encadenado que la Historia significa.

Por más que no lo confiese, Keyserling, como Nietzsche, tiene un criterio puramente estético para apreciar todas las manifestaciones de la vida universal o, como él prefiere decir, todas las expresiones que reviste el Sentido. Con ese criterio juzga todas las culturas y, naturalmente, todas son legítimas y todas se equivalen. Lo esencial para Keyserling es que cada una revista algún significado. Su misma oposición hace parte del juego universal. Si no hubiera griegos y troyanos, los dioses cantados por Homero no se hubieran divertido.

Pero las culturas no brotan directamente del "Tao". Las culturas son obra de los hombres. Sin el esfuerzo humano no es posible el desarrollo de ninguna cultura y, mucho menos, de ninguna gran cultura. Esta sólo puede brotar de la acción consciente de los hombres que saben lo que representan y, por lo mismo, cuál es su finalidad en la vida. De ahí que el individualismo de Keyserling tienda hacia la acción social. De ahí que, después de haber hecho de la introversión hacia el "Sentido" el objeto supremo de la vida, Keyserling concluya haciendo de la extraversion hacia la política el objeto supremo de aquella introversión.

de sal marina que forman la gran reserva de la industria química; son las formidables energías representadas por la potencia mecánica de sus olas, y la otra, aun más regular, de sus mareas. En una palabra, el mar nos proporciona medios de trabajo únicos en el mundo, y para llegar a la verdadera riqueza vale más el trabajo que el oro.

Y, por lo demás, ¿acaso el trabajo no es el medio más seguro de llegar a la fortuna lealmente adquirida?

nuestro espíritu. No necesito decir que la cuestión del "oro marino" ha tentado a muchos hombres; hace una veintena de años, y especialmente en Gran Bretaña, se formaron poderosas sociedades para extraer el oro encerrado en los mares. Siempre e halló la cantidad indicada por los análisis químicos, pero siempre también los gastos enormes de tal operación sobrepasaban en mucho el valor del metal extraído.

Pero no; los verdaderos tesoros del mar son esas masas

LAS RIQUEZAS DEL MAR

(Continuación de la pág. 8)

trase en una proporción, por lo menos, mil veces menor.

He ahí los tesoros contenidos en el agua de los mares.

Algunos de ellos, como el oro y la plata, pueden deslumbrarnos de pronto con la idea de las riquezas que despiertan en

El mejor regalo



No hay regalo comparable al reloj Omega. Útil, fiel, exacto, lujoso y elegante, fascina a la mujer chic y es indispensable al hombre puntual. Si usted quiere que su regalo se aprecie en todo lo que vale, que sea un reloj Omega.

OMEGA

La hora exacta para toda la vida

BETTY

por C.A.Voight

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

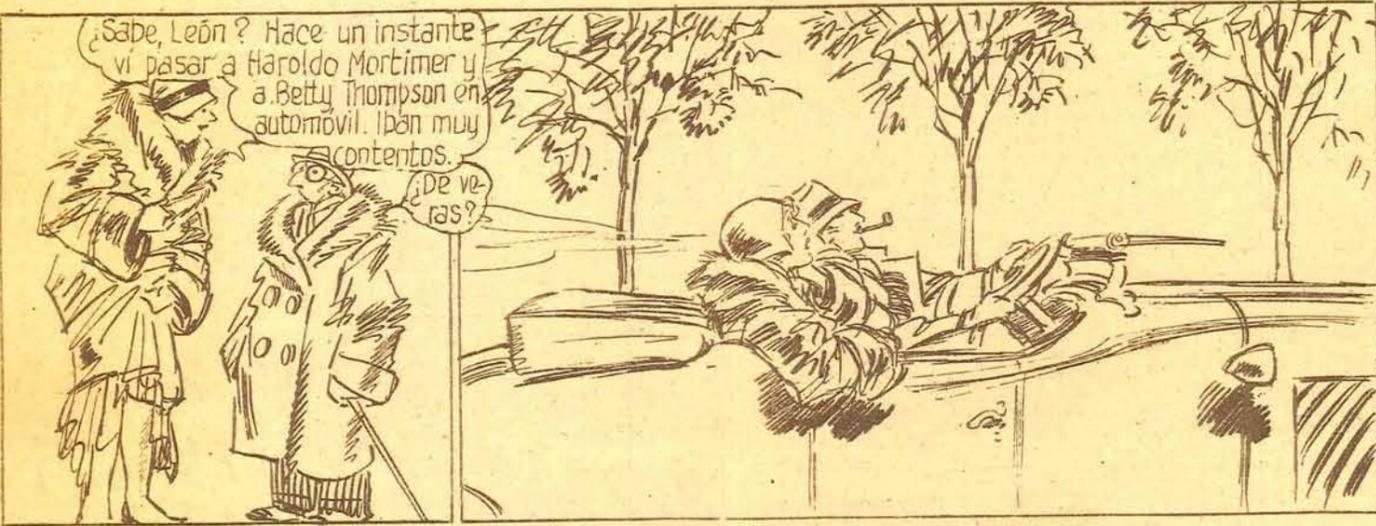
MOSTRO LA HILACHA...

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION" CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA)



Parece que desde hace algún tiempo Haroldo Mortimer le dedica mucha atención a Betty.
Y no puede negarse que hacen una linda pareja.

¿Verdad que esa chica rubia y ese joven tan elegante bailan divinamente, señor De Pester?
Este... sí... Oh, sí!



¿Sabe, León? Hace un instante vi pasar a Haroldo Mortimer y a Betty Thompson en automóvil. Iban muy contentos.
¿De veras?

Bueno. Tarde o temprano esos mozos elegantes muestran la hilacha. Y entonces...



En Palermo vi esta mañana a Betty y a Mortimer, que iban a caballo. Hermosa pareja!

¿Ha visto qué bien cantan a dúo, Sr. De Pester? Son una pareja encantadora!



Betty y Mortimer han vuelto a formar pareja en el bridge.

¡Oh! De modo que Vd. tenía un carreau! ¿Por qué no lo jugó cuando yo indiqué ese palo?

¿Eh? No diga pavadas y fíjese un poco más en el juego! ¿No está viendo las cartas del "muerto"?

¡Ah!

LOS REYES MAGOS



2824.—FINAS MUÑECAS "JUTTA", con peluca, ojos móviles y articulación completa. Alto 96 cms., a \$ 60.—; de 87 cms., a \$ 45.—; de 78 cms., a pesos 35.—, y de 74 cms., a \$ 25.—

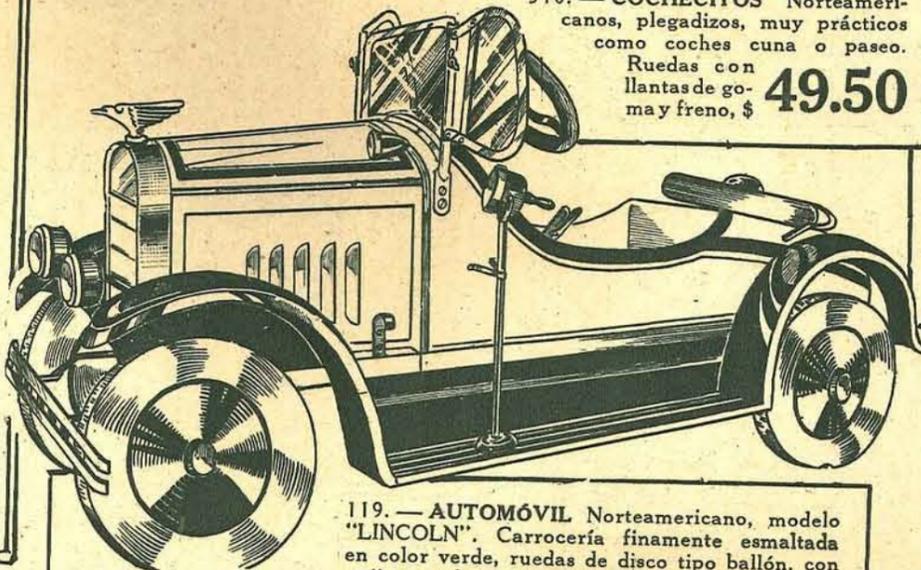
Se proveen de Juguetes en nuestra :: CASA ::



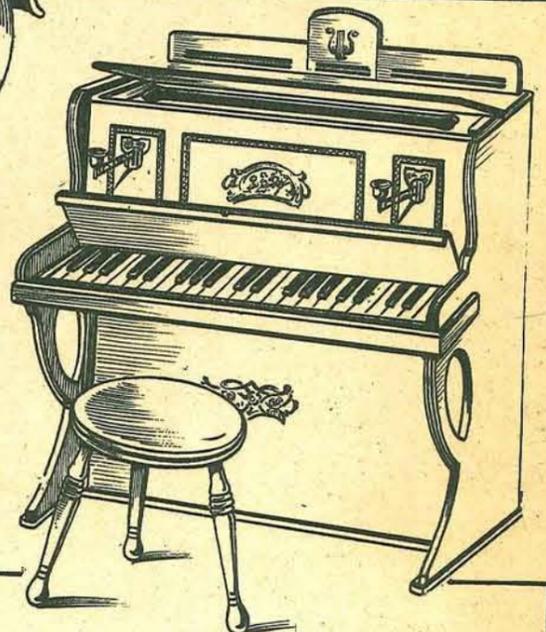
510.—COHECITOS Norteamericanos, plegadizos, muy prácticos como coches cuna o paseo. Ruedas con llantas de goma y freno, \$ 49.50



2118.—FINAS CANASTAS CÓMODAS, con muñeca y ajuar completo, a \$ 69.—, pesos 49.— y..... \$ 29.—



119.—AUTOMÓVIL Norteamericano, modelo "LINCOLN". Carrocería finamente esmaltada en color verde, ruedas de disco tipo balón, con cojinetes de rodillos y llantas de goma. Guardabarros, rueda auxilio y equipo completo. (Largo 150 cm.), a..... \$ 180.—
OTROS MODELOS, también Norteamericanos, a \$ 70.—, \$ 45.— y..... \$ 22.50



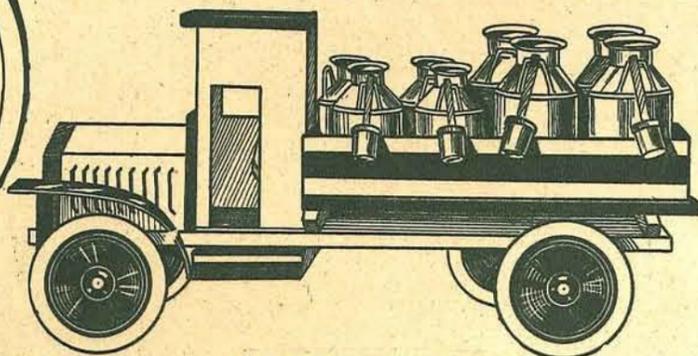
3075.—PIANITOS altos, esmaltados al laqué, con taburete. De 24 teclas y bemoles, a \$ 59.—. De 24 teclas simples, a..... \$ 39.—



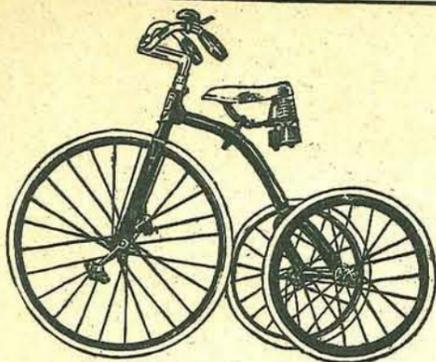
8086.—"MECCANO", el juguete para los futuros ingenieros. N° 7, a \$ 285.—; N° 6, a \$ 87.50; N° 5, a \$ 50.—; N° 4, a \$ 36.50; N° 3, a \$ 19.50; N° 2, a \$ 12.—; N° 1, a \$ 7.50; N° 0, a \$ 3.75, y N° 00, a \$ 2.75

MOTORES a cuerda, Meccano..... \$ 5.50

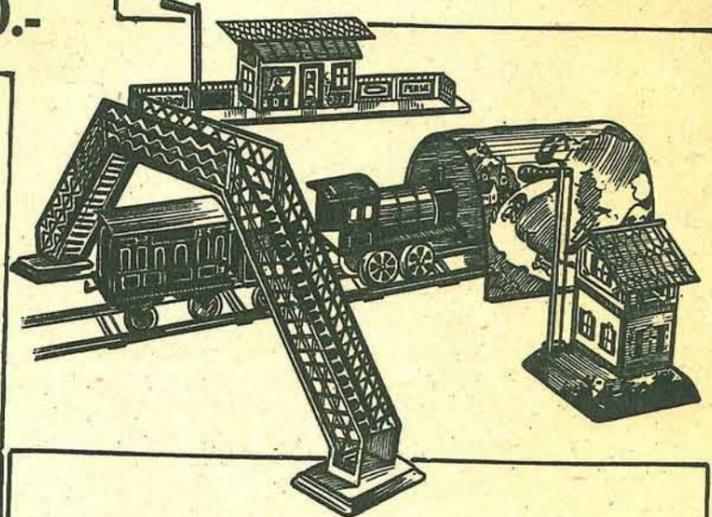
Tenemos todos los números suplementarios de "MECCANO"



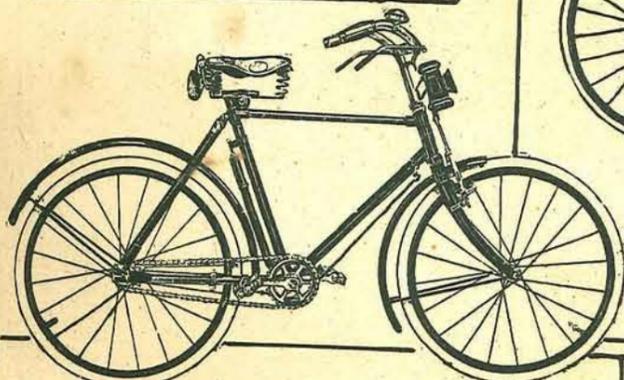
PEDRO BIGNOLI LTDA.
819.—CAMIÓN transporte leche. Con sus tarros y medidas, a.... \$ 20.—



12.—VELOCÍPEDOS Norteamericanos "Brownie", armazón tubular, ruedas con llantas goma de 1 pulgada. Con timbre. Para edad 6 a 8 años, a \$ 32.—; para 4 a 6 años, a \$ 25.90, y para 2 a 4 años, a..... \$ 23.50



3884.—TREN A CUERDA, completo, con estación, túnel, pasarela y señales, a..... \$ 4.90



MODELO PARA VARÓN O NIÑA
255.—BICICLETAS INGLESAS, piñón libre, guardabarros, doble freno y equipo completo. Para edad de 14 a 18 años, a \$ 95.—; para 8 a 14 años, a \$ 85.—, y para 4 a 8 años, a..... \$ 75.—

LA CASA INCOMPETIBLE EN SUS OFERTAS
PEDRO **BIGNOLI** LTDA
BAZAR - PARAGUERIA y MENAJE
Carlos Dellegrani 300 esq. Sarmiento 1002 Bs. Aires

Hágale un regalo a la Señora



Tradicición

En los últimos y primeros días de cada año es tradicional hacerse presente con un obsequio a las personas que uno estima.

Tratándose de Señoras, ningún regalo sustituyé al delicado presente de un estuche que contenga todo lo que ellas emplean en su tocador.

Regáلهle un ESTUCHE-BOUDOIR a la señora - con diez regalos - y ella se lo agradecerá hasta el año próximo.

Perfumería
Dubarry

Cupón de Propaganda

Contenido del ESTUCHE BOUDOIR

- 1 caja Polvo Le Sancy Tricolor
- 1 Esmalte uñas, color de moda
- 1 Crema Biuty para las manos
- 1 Rojo Líjia para las mejillas
- 1 Dentífrico Dubarry Rosa
- 1 Jabón Fino de Tocador Duc
- 1 Shampóo Suzy para el cabello
- 1 Frasco Loción Cende Rojo
- 1 Frasco Colonia Le Sancy Lilas
- 1 Frasco Colonia Duc

10 Artículos Fines de Tocador

Sr. Gerente de la Perfumería Dubarry
Medrano 476 - Bs. As

Acompaño CINCO pesos m/n. (en giro, cheque, orden de pago, etc.) para que remita un ESTUCHE-BOUDOIR a la siguiente dirección:

Nombre.....

Calle..... No.....

Localidad..... F.C.....

Lo entregamos en nuestras Oficinas o lo remitimos por encomienda.
Para evitar extravíos, envíe el importe por certificado.